
THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS

LIGEROS APUNTES

SOBRE

LOS DEBERES DEL HOMBRE

ESTRACTADOS

POR RAMON ESCUDERO

Y SEGUIDOS DE UNA PARTE DE SU COLECCION DE MAXIMAS
Ó PENSAMIENTOS MORALES.



LIMA

IMPRENTA DIRIGIDA POR J. R. MONTEMAYOR
139 CALLE DE MELCHORMALO (HUALLAGA) 139

1865

Los ejemplares que no lleven la firma del autor serán perseguidos como falsificados.

DEDICATORIA.

Chincha-alta.

Señor Don Demetrio O'Higgins.
Hacienda de Montalban—Cañete.

Señor y amigo:

Al leer varios de mis amigos, y otras personas bastante competentes, mi coleccion de *Máximas ó Pensamientos Morales*, me han aconsejado el entregarla al público, con la conciencia de que puede ser útil á todo género de personas: esta idea, si bien me hace temer mi pequeñez, tambien me alienta y me hace lanzarme al teatro donde una juventud estudiosa puede figurar en provecho de sus semejantes.

Pero en mi obra, *Ligeros apuntes sobre los Deberes del Hombre*, como voy á titularla, no quiero que deje de figurar vuestro esclarecido nombre, si es que tengo el derecho de dedicarla á cualquiera persona de mis simpatías, distincion ó aprecio.—Asi, señor y amigo, pido vuestra venia.

Disponed, &. B. V. M.

Ramon Escudero.

Hacienda de Montalban.

Señor Don Ramon Escudero.
Chincha-alta.

Muy apreciable amigo:

He recibido su muy estimable carta, por la que se sirve comunicarme que, teniendo hechos algunos trabajos literarios, se ha consultado con varios de sus amigos, competentes en la materia, y que estos le han aconsejado el entregarlos al públicó, bajo el título de *Ligeros apuntes sobre los Deberes del Hombre:* asimismo, que piensa tambien U. hacerme la honra de dedicarme dicha obra; en cuanto á lo primero, no puedo menos que estimularlo á que lo haga, porque tales trabajos le darán gloria y honor:—y en cuanto á lo segundo, permítame que le diga que, no encontrándome digno de merecer la distincion que U. quiere hacerme, le doy las mas expresivas gracias por tan alta honra con que quiere favorecer á su muy atento amigo y seguro servidor Q. S. M. B.

Demetrio O'Higgins.

ADVERTENCIA.

Dos años de residencia en el pueblo de Chincha-Alta, á donde los vaivenes de la vida me llevaron, puedo decir que los empleé con provecho. Durante este tiempo, si bien vivi consagrado á penosas tareas, no desperdicié, sin embargo, algunos ratos de ócio que siempre me quedaban. Estos ratos los dediqué, pues, á los trabajos literarios de que tánto gusto, llevado de la idea de ilustrarme, como amante del saber; y allí fué donde escribi las "*Máximas ó Pensamientos Morales;*" el tratado de "*La Muger en sus estados sociales,*" las "*Cartas Orientales*" y el drama intitulado "*Una Flor en su Capullo,*" cuyas obras estan en revision.

Pero, al concluir mis "*Pensamientos Morales,*" mis últimos trabajos que queria quedasen en el seno de la familia, no faltaron en ese pueblo inteligencias que, entusiasmadas por el bien de las masas, me aconsejarán les diera publicidad.* Accedi, pues, á ello: mas esta idea me trajo la reflexion de que no era posible que mis "*Pensamientos*" aparecieran al público tan desairadamen-

* Entre ellas, recuerdo la de mi dulce amigo el Dr. D. Narciso E. Charun, cuya memoria conservaré siempre con ternura.

te; pues, si ellos trataban en síntesis de la moralidad de las acciones, tambien era necesario que entonces los precediera un tratado analítico de esas mismas acciones del hombre, ó, mejor dicho, de sus deberes generales y particulares.

Asi lo pensé; pero, falto de erudicion para tratar una obra de por sí tan espinosa, que de suyo exige profundos conocimientos de fisiologia, de metafísica, de moral, de derecho privado y de derecho público, no tuve sino que acogerme á los autores que debian ser mi guia en asunto semejante. Algunas obras francesas, y otras como las del célebre doctor Monlau, absorbieron toda mi atencion; y la mayor parte de sus doctrinas las he consignado sin variarlas, tanto en la parte filosófica como en el tratado de Higiene, pues siempre se debe cuidar de no tocar mucho el tallo de las flores, para no llegar á marchitarlas.

Si esta obra, por el género á que pertenece, tiene como lo espero, alguna aceptacion, esta será la mejor recompensa que me dispense ese público digno de todo respeto.

Lima, Agosto 31 de 1865.

R. E.



LIGEROS APUNTES

SOBRE

LOS DEBERES DEL HOMBRE.

PRELIMINARES.

I.

El universo es la obra de una alta y sublime inteligencia; pero, como esta inteligencia no ha podido producir cosa alguna sin una intencion, sin un fin, es decir, sin una mira de utilidad manifiesta, cada uno de los seres creados tiene por fundamento de su existencia, aparte de su propio bien ó felicidad, la utilidad mas ó menos sensible, pero siempre real y efectiva, que puede prestar á algunos de los demas seres que le rodean, y por consecuencia al conjunto de todos ellos.—Esta intencion ú objeto constituye, pues, lo que nosotros llamamos su *destino*.

II.

La existencia es un hecho simple que solo consiste en *ser ó no ser*. El destino es un hecho complejo; porque hay en él una mision que llenar, y

un fin cuya realizacion es inevitable. El cumplimiento de esta mision es la sucesion de hechos y de circunstancias que cada dia modifican y afectan nuestra existencia. El fin es el fundamento, el motivo de esta existencia misma. El fin es inmutable, y, por el contrario, el cumplimiento del destino es harto variable. Cuando las circunstancias que afectan á un ser se hallan en armonia con el fin de este ser, entonces se realiza en él el *bien;* cuando esta armonia ó conformidad deja de existir, el *mal.* Este hecho, es decir, esta conformidad ú oposicion con el fin, se revela en los seres *animales ó sensibles* por el *placer* y el *dolor*, á diferencia de los otros seres que no tienen el sentimiento de su existencia. El hombre, como dotado de un alma que participa de la inteligencia suprema, es el único que tiene, no tan solo el sentimiento, sino tambien el conocimiento de su existencia y de su destino. Solo el hombre experimenta, pues, el bien y el mal en toda su extension, en toda su plenitud; y como es libre para producir el bien y el mal á su arbitrio, resulta de aqui que, mientras los demas seres cumplen ciegamente su destino sobre la tierra, el hombre tiene el deber de vigilar siempre el cumplimiento del suyo.

III.

Hemos, presentado el *deber* como la consecuencia necesaria del *poder*, porque, de otro modo, pareceria contradictorio que Dios nos hubiese dado el conocimiento del bien y la facultad de producirlo, sin habernos impuesto al mismo tiempo el deber de contribuir á su produccion. Por otra parte, el deber no puede tener mas objeto que el bien. Dios hubiera sido inconsecuen-

te consigo mismo, ó, mejor, no existiria ni *bien* ni *mal*, si nos hubiera hecho indiferentes para uno y otro. Es cierto que ha concedido sobre este punto á nuestra alma una libertad completa para que pueda obrar en el sentido que mejor le parezca; pero, obrando á la vez como buen padre y como ordenador sublime, ha previsto sabiamente los peligros de esta omnímoda libertad, y le ha impuesto como saludable freno la restriccion del deber.

IV.

El deber es la ejecucion de esa gran ley de reciprocidad que une á cada hombre con todos los hombres, y á todos los hombres con el Dios Creador del universo. Una ley de reciprocidad no puede, pues, ser jamas una ley de hostilidad ni aun de indiferencia: tenemos al fin que concluir siempre por amar á aquellos á quienes nos complacemos en ser útiles. Y si los hombres no se aman aun hoy entre sí con entera igualdad, es porque no han comprendido igualmente esa reciprocidad cuyos efectos sienten, sin embargo, todos ellos. Por otra parte, es necesario tener muy en cuenta las tribulaciones y amarguras que, durante el curso de la vida, experimentan los hombres, y que privan al espíritu de la calma necesaria para detenerse á considerar lo que se halla en derredor suyo. Pero, no lo dudemos, llegará un dia venturoso en que la humanidad se tocará por todos sus puntos de contacto, en que la reciprocidad será completa y reconocida por todos, y en que el deber será para los hombres una ley de felicidad y de amor.

V.

En el entretanto, y como nada en el mundo se produce por virtud propia, no debemos dormir-

nos en una ociosa confianza: examinemos, por el contrario, las diversas circunstancias en que está llamado el hombre á ejercer su libertad, el fin á cuya prosecucion debe encaminar constantemente este ejercicio, y el sentido en que debe siempre restringirlo. Veamos, al mismo tiempo, cuál debe ser el límite de esta restriccion, porque la exageracion del deber, lo mismo que la exageracion del derecho, tienen por consecuencia la destruccion de ese constante nivel en que consiste la utilidad recíproca. Tan poco bueno debemos esperar del hombre servil como del déspota caprichoso y tenaz, porque ni en uno ni en otro encontramos una voluntad libre é independiente, toda vez que en ambos casos obra bajo el irresistible impulso de las pasiones.

VI.

Así, estudiemos, sobre todo, los efectos que produce el deber noblemente comprendido y llevado á cabo, para sorprender de esta suerte en su causa primera, en su primitivo estado, las maravillas y prodigios que ha obrado en nuestros dias el amor del prójimo. Y para ello, observaremos primeramente al hombre considerado como individualidad, despues como miembro de una familia particular, y, pasando de aquí á la gran familia ó Estado á que llamamos patria, le consideraremos por último en sus relaciones con la familia universal ó la humanidad.

PRIMERA PARTE

TEORIA DE LOS DEBERES.

SECCION PRIMERA

DEBERES PRIVADOS.

I.

El hombre es un compuesto de dos naturalezas, la naturaleza espiritual y la naturaleza material; distintas, pero no contrarias, la una á la otra, porque el destino de cada una de ellas en particular no puede ser diferente del que está reservado al ser á quien constituye la reunion de ambas naturalezas. Y, si alguna vez las exigencias de la naturaleza material parecen hallarse en oposicion con las de la naturaleza espiritual, ó vice versa, es por consecuencia de un error que hace que se exageren las condiciones del bien para la una, con detrimento de las condiciones del bien para la otra. Las personas que creen hacer mas vigorosa su inteligencia sacrificando enteramente á ella su salud y fuerzas físicas, se engañan, generalmente hablando, tanto, como las que, preocupadas del cuidado de la salud y de las

fuerzas físicas, descuidan completamente su inteligencia. La naturaleza material, ó el cuerpo, no es en realidad otra cosa que el instrumento del espíritu; y, asi como un mal instrumento deja burlada la habilidad del obrero mas experto, asi el mejor instrumento es una cosa que de nada sirve cuando no lo dirige y utiliza la mano del saber y de la inteligencia.

II.

Esta manera de considerar al cuerpo como *instrumento del espíritu* puede no ser igualmente clara para todos, y acaso autorice á algunos para deducir de ella consecuencias favorables al sistema de los materialistas; daremos, pues, sobre este punto, algunas breves explicaciones.

III.

Entendemos por espíritu el conjunto de facultades que nos revelan y por las cuales se manifiesta de un modo sensible la existencia del alma. Y ahora bien ¿qué es el alma?—He aquí un punto sobre el cual el entendimiento de los mas sabios no ha alcanzado á llegar mas allá que el de los ignorantes. Aquellos han adquirido, cuando mucho, un sentimiento mas profundo y mas justo del orígen y del destino de esa parte espiritual y sublime de la existencia que eleva al hombre sobre todos los seres creados y lo acerca á la divinidad, cuya imágen y semejanza es.—Nosotros tenemos la conciencia de la naturaleza inmaterial de nuestra alma y de la inmortalidad con que ha sido dotada: hemos llegado á analizar sus facultades; pero ignoramos hasta ahora su manera de ser, el modo como se nos infunde,

como se halla, obra y se agita en nosotros. Es necesario, pues, someterse á ignorar este secreto; porque no es ménos ridícula la pretension de entenderlo y explicarlo todo, que la fria é indiferente resignacion con que algunos, sin examinar nada por sí mismos, todo lo admiten bajo la fé y el testimonio de los demas.—Por otra parte, el misterio en que yace envuelta la existencia de nuestra alma no puede ser mas desconsolador para nosotros, que lo son otros misterios en igual grado oscuros y difíciles de explicar. Tal es, por ejemplo, la existencia del principio divino que anima los seres organizados, la del principio de transformacion que rige y modifica la materia, la del movimiento impreso á cada planeta al derredor del sol, y al universo entero en derredor de un punto central; misterios que jamás llegarán á descubrir los esfuerzos de nuestro entendimiento ni todos los adelantos de las ciencias. Y no es esta la ocasion de examinar cuál pudo ser la intencion del Creador cuando revistió el alma inmortal é inmaterial de formas materiales y mortales. Bástenos reconocer que asi se verifica: pero tampoco puede haber inconveniente alguno en que pretendamos descubrir la ley que rige esta alianza.

IV.

Toda vez que, segun el consentimiento de todos los hombres, es un hecho cierto é indisputable que el alma, una vez desembarazada de la naturaleza material á que está afecta, comprenderá lo que no puede comprender ni alcanzar en este estado y bajo esta envoltura material; debemos concluir que esta última pone límites al poder del alma, no precisamente alterando el principio,

sino influyendo sobre el modo con que estas facultades se ejercen: pues que el alma no está dentro de nosotros como un diamante dentro de su estuche, sino como la luz dentro de un fanal compuesto de vidrios de diferentes colores; cuya luz es siempre la misma, sin embargo de que no se presenta constantemente del mismo modo.—Debemos añadir tambien que esta luz no tiene la conciencia de los diversos efectos que producen en ella los cuerpos diáfanos que atraviesa, en tanto que el alma conoce sus medios de percepcion, y aun resiste muchas veces á las exigencias de los órganos cuyas funciones ha de utilizar necesaria y forzosamente.

V.

Cuando esta resistencia, pues, tiene por objeto el contestar la existencia de aquello que parece ser tal cual se representa, constituye lo que llamamos *la duda*.—Cuando por el contrario, el alma sostiene como existente lo que parece *no ser ó ser de otra manera* distinta de la que representan los órganos materiales, esta resistencia constituye *la fé*.—Esto en cuanto á los objetos que solo nos son perceptibles por medio de los sentidos; pues la teoria de la duda y de la fé es igualmente aplicable á los que percibimos por sola la inteligencia.

VI.

Bien lejos, pues, de favorecer con tal disertacion el error de los materialistas, es, en concepto nuestro, despojarles de su mas especioso argumento considerar á la materia representando el papel de órgano mas ó menos imperfecto, pero siem-

pre suceptible de perfeccion, del alma que encierra, y que en sus manifestaciones solamente, mas no en cuanto á su esencia, experimenta de un modo pasagero la influencia de la naturaleza material á que está afecta. ¿Qué ilusion fisiológica pudiera destruir ó hacer vacilar la confianza del hombre sincero cuando haya llegado á comprender que el estado de demencia ó el de sana razon no son, en último análisis, sino el resultado de los diferentes estados de salud en que pueden hallarse los órganos encargados de servir á la manifestacion del alma, la cual en todo caso permanece siempre como testigo misterioso, pero no indiferente, del órden ó desórden que se produce en derredor suyo?—El éter que aspira el desgraciado paciente no llega nunca á su alma: esta, haciendo abstraccion de sus manifestaciones exteriores, no tiene nada de comun con la materia. En vano se procura extinguir una parte determinada de la sensibilidad física; en vano se afectará tal ó cual facultad, resultado de esta sensibilidad misma: mientras que el hombre subsista, el alma se conservará en él siempre poderosa y siempre pronta á manifestarse del modo que lo permita la naturaleza de sus órganos.

VII.

La cuestion que se acaba de proponer es en extremo grave y delicada, y no pretendemos por cierto haberle encontrado una solucion evidente, por mas que la hayamos expuesto con una conviccion profunda. Y puesto que el hombre reune en sí las dos naturalezas de que antes hemos hablado, cada una de las cuales tiene su destino particular, y puesto tambien que tiene el deber de procurar que solo se produzca el bien pa-

ra una y para otra, examinaremos lo que debe hacer el hombre con este doble objeto, principiándo por nuestra naturaleza física, porque es la que primero se manifiesta.

VIII.

La salud es el bien físico del hombre: por consiguiente nuestro deber, en cuanto á nuestra existencia física, no es otro que la conservacion y cuidado de nuestra salud.—Pero la salud no consiste en lo que ordinariamente significa esta palabra, es decir, en la ausencia de los padecimientos y de las dolencias físicas: la salud es mucho mas todavia: es aquel estado en que cada uno de los órganos reunidos funciona con bastante poder y regularidad para expresar de una manera completa las manifestaciones de nuestra alma, y para no llevar á la inteligencia sino el menor número posible de causas de perturbacion y de error. No todos los órganos están formados para desempeñar los mismos oficios; y aunque todos sirven particularmente á la existencia física, hay algunos que se consagran mas especialmente y en mas vasta esfera al servicio de la existencia moral; pero todos, concurren, sin embargo, á un solo hecho, es decir, á la vida; y las modificaciones en el estado de salud de esta influyen á la vez sobre la perfeccion de nuestra existencia física y sobre la de nuestra existencia moral.

IX.

Detengámonos ahora un momento á estudiar el instinto, ese pálido resplandor, tan diferente de la inteligencia y con la cual se le confunde, sin embargo, á todas horas y con una facilidad asombrosa.

X.

Cuanto mas observamos y examinamos la obra de Dios, mayor inmensidad encontramos en ella; mas penetrados quedamos de admiracion, y mas se fortifica en nosotros la confianza en el sublime Autor de todo lo creado. Por todas partes vemos impreso en esta grande obra el sello de un solo pensamiento, en cuya vasta extension abarcó la omnipotente sabiduria cuanto existe y puede existir. La ciencia no acierta á descubrir en ella cosa alguna que no sea la consecuencia necesaria de lo que habia anteriormente descubierto. La combinacion de la mas insignificante de nuestras máquinas nos obliga á ensayar inutilmente un sin número de ruedas; y en tanto el universo entero se mueve, y sus innumerables partes se atraen, se repulsan, se contienen unas á otras, se modifican cada una en sí misma, y todas ellas en sus varias é infinitas relaciones, sin que el menor de los átomos que las componen se aparte de esta combinacion de leyes universales, ni descubra la menor imperfeccion de parte del sublime ordenador de todas las cosas.

XI.

Mas no terminó aqui la accion del Creador: Dios, despues de haber formado el universo y puesto cada cosa en su lugar y despues en movimiento, ha confiado á cada una de las partes de su obra el secreto de la ley de órden que rige á todo su conjunto: ha proporcionado, sin embargo, la extension de esta confianza á la necesidad que tiene cada parte del auxilio de las otras, y á la importancia del papel que debia representar en

aquella grande obra. ¡Qué piadosa, qué grande, qué poética, es la idea de prestar una intencion, casi un pensamiento, á la flor que se despierta con la alborada y se duerme con los últimos resplandores del dia! Esto se parece al instinto: acaso existe la misma distancia entre el hombre y el animal, que entre el animal y la planta. Oh! y, ¿quién se atreveria á decir, hablando de Dios: "El no pudo hacer eso?" Solo lo absurdo es imposible para Dios, porque lo absurdo es la negacion del órden y del bien; mas no podemos calificar de absurdo todo lo que no comprendemos, todo lo que no alcanza nuestra inteligencia.

XII.

Pero, como quiera que sea, es innegable que, cuando ménos, los animales están dotados de cierta facultad de sentir y de obrar, mas ó menos desarrollada segun las condiciones anteriormente indicadas. En esto conviene todo el mundo y nos lo demuestra la simple observacion. A esta facultad que no tiene como la inteligencia la conciencia de sí misma, y á la que el animal obedece siempre sin contradiccion alguna, sintiendo el bien y el mal físico, pero sin darse cuenta de sus actos, es á lo que se ha dado el nombre de *instinto*.

XIII.

Sin embargo, bueno será confesarlo de cuando en cuando, aunque no sea mas que por modestia y humildad; en nosotros no predomina tan completamente el espíritu, que no tengamos tambien mucho de materia, y que, al lado de los grandes prodigios de nuestra inteligencia, no se

abran lugar las terrestres incitaciones del instinto. Precisamente en medio de esta constante lucha de ambos principios, de los cuales el uno aspira á lo infinito y el otro se encierra y arrastra en lo finito, es en donde hallamos mas frecuente ocasion de ejercitar el precioso don de la libertad. Solo el tiempo y la propia experiencia vienen á hacernos conocer á nosotros mismos, y á hacer que nuestra inteligencia distinga sus juicios propios de las sugestiones del instinto. Nuestra libertad, con efecto, se ejercita con respecto á él, de la propia manera que con respecto á nuestra inteligencia, para dominarlo y dirigirlo. Escogemos entre satisfacerlo ó no y entre los objetos que lo satisfacen, cuyo dominio pertenece al instinto, como entre el bien y el mal moral, cuyo dominio pertenece á la inteligencia: podemos engañarnos tanto en una eleccion como en la otra, y debemos procurar constantemente que esta equivocacion no tenga lugar sino el menor número de veces posible. Y lo repetimos, pues; el deber de procurar cuanto conviene á nuestra naturaleza material no tiene únicamente por objeto la consecucion de un bienestar tambien material, sino el de proporcionar á nuestra naturaleza espiritual los medios de disponer de unos instrumentos mas útiles y seguros.

XIV.

Preséntase aquí, bajo la forma de una objecion á este deber, una opinion que, aunque tan antigua como el mundo, no deja de ser por eso el mas peligroso y el mas trascendental de los errores. De todos los misterios en cuyas sombras se pierde para nuestros débiles ojos el principio y la causa de todas las cosas, el que mas vivamente ha preo-

cupado la curiosidad del hombre, aquel que ha aceptado fácilmente cuando se trata de los sufrimientos de otro y desconocido siempre cuando se trata de las propias dolencias, el que nos ha hecho blasfemar de Dios con mas frecuencia, y negar la existencia de una ley de órden y de justicia, es el estado de evidente inferioridad en que se encuentra el alma en cuanto á sus medios de manifestacion, ya desde el instante de su nacimiento, ya de improviso durante el curso de la vida, en individuos que no han hecho abuso alguno de su libertad, que no han cometido mal alguno, y que no se han hecho merecedores de castigo. Asi se vé que una madre bendecia y daba gracias á Dios por la encantadora sonrisa de su hijo, pero mientras el niño creció, su sonrisa se conservaba siempre la misma, su pensamiento permaneció estacionario, de suerte que era siempre el mismo para todo el mundo y para todas las sensaciones, excepto las dolorosas. Entonces la desventurada madre dejó de bendecir á Dios; bien pronto se apoderó de ella un desfallecimiento completo; dejó de orar, y sucediendo á este estado el de la desesperacion acusaba á Dios de injusto. Y en efecto ¿por qué este niño, objeto de tantas esperanzas, por qué esta inocente criatura que merecia tambien del amor y de las virtudes de sus padres, habia sido condenada á morir idiota, despues de una existencia inútil para sí misma, y que solo servia de carga para los otros? ¿Por qué el fuego sagrado de la inspiracion divina se habia extinguido en él antes de haber brillado? ¿Por qué su alma luchaba en vano para manifestar sus impresiones y afectos?.... Y tambien ese otro hombre cuya alta y sublime inteligencia era el orgullo de sus conciudadanos ¿por qué, despues de haberse dormido ayer en el pleno y

tranquilo goce de sus facultades morales, despierta á la mañana con su razon trastornada y en estado de locura?—¿Por qué aquel otro, dotado de una voluntad firme y de una robusta inteligencia, yace inerte en cuanto á sus facultades físicas, sin poder dirigir los movimientos de su cuerpo, ni hacer que sus órganos materiales le presten los servicios mas regulares y sencillos?—¿Por qué en fin, ocultaba este otro un gérmen de prematura destruccion y aniquilamiento, gérmen misterioso que, desarrollándose de un modo repentino, ha inutilizado todos los esfuerzos empleados para neutralizarlo y para conseguir que este individuo recobrase el ejercicio de sus facultades físicas y morales?—¡Ah! estas cuestiones se han multiplicado hasta lo infinito, y sin embargo, la solucion que se dá de todas ellas es casi siempre la misma: el sabio las resuelve con esta gran palabra: *¡misterio!* El hombre vulgar con esta otra: *¡fatalidad!*

XV.

La explicacion por medio de la fatalidad es uno de esos rídiculos extremos de despecho con que nos es imposible conformarnos. Ante la fatalidad desaparece toda idea del deber, porque, no pudiendo obrar el hombre en manera alguna, ni sobre sí mismo, ni sobre los seres que le rodean, no hay para él ni otro bien ni otro mal que el que existe para los seres inanimados, dado que se suponga al bien y al mal como perceptibles para esta clase de seres. Pero veamos si se puede dar otra explicacion á las desgracias que afectan á la humanidad, por imprevistas, por inmerecidas, por dolorosas y aflictivas que puedan parecernos. Veamos si la insuficiencia de nuestro

entendimiento para subir con paso firme de causa en causa, puede ser un motivo bastante para que neguemos y desconozcamos en Dios, como causa suprema, el órden y la justicia que de él emana y que distribuye admirablemente entre todas las criaturas. Pero, como esta vá á ser casi una discusion en regla, preciso es que nos sentemos siquiera por un momento en los bancos del aula, para poder discutir asi por medio de una argumentacion en forma.

XVI.

—¿Admitís, si ó nó, que todas las almas provienen de un mismo orígen?

—Lo admitimos sin duda alguna.

—¿Por qué?

—Porque si asi no fuese, el universo no podria ser uno solo: debieramos suponer al menos dos creadores, idea tan ridícula y absurda, que ha sido la primera desechada entre todos los antiguos errores.

—Teniendo todas las almas un mismo orígen ¿no deben ser tambien iguales entre sí?

—Ciertamente.

—Y ¿por qué?

—Porque todos los hijos de un mismo padre son iguales unos á otros.

—Y si todas las almas son iguales entre sí ¿no és consecuencia lógica que tengan un derecho igual á manifestarse con el mismo poder y las mismas facultades?

—Sin duda alguna.

—¿No vémos, sin embargo, que hay almas condenadas á servirse de órganos materiales mas imperfectos que los de las otras, ó, mejor dicho, que algunos hombres nacen con la dura obliga-

cion de hacer mas esfuerzos que otros para conocer el bien y practicarlo?

—Es verdad que asi sucede, y esto es precisamente lo que atribuimos nosotros á la fatalidad.

—En este supuesto ¿la fatalidad es un destino determinado con anterioridad, y tan inmutable en su cumplimiento como en su fin?

—Nosotros la definimos con diversas palabras, pero que significan poco mas ó ménos lo mismo que queda dicho.

—Segun eso, un hombre que haya nacido con escasa inteligencia, en vano procurará aumentarla y extenderla, porque no lo logrará nunca. Un hombre que haya nacido con grande inteligencia, puede abusar de ella hasta el extremo que guste, porque no logrará disminuirla nunca.

—Nunca.

—Asi, pues, ¿el hombre que nació desgraciado, como vulgarmente se dice, jamas conseguirá que la suerte le sea propicia?

—Jamas.

—Y ¿el hombre que nació malvado, no llegará nunca á ser bueno?

—A lo menos no será nunca bueno.

—Vayamos poco á poco, porque observo que perdeis terreno desde que no considerais la fatalidad como absoluta. Habeis de admitir ó desechar de un modo terminante que el hombre puede ser fatalmente bueno ó malvado.

—Lo admitimos, pues.

—Y ¿por qué, si asi es, os aplicais tan cuidadosamente á la educacion de vuestros hijos, y á vuestra propia instruccion?

—Porque no conocemos desde luego cual es la extension de nuestra inteligencia y la de nuestros hijos, y conviene por lo tanto hacerla recorrer toda esa extension cualquiera que sea.

—Bien respondido. Os haré observar, no obstante, que haceis muy mal en hostigar á los perezosos. Acaso la fatalidad quiere que su inteligencia llegue á tener inútilmente una vasta extension. Pero la desgracia ó la felicidad en las empresas se ve á un solo golpe de vista: ¿por qué, pues, recomendar la perseverancia al hombre que ya ha decaido, ó la prudencia á aquel que ha llegado al término de su mision?

—Porque la fatalidad puede consistir en decaer en una parte y tener buen éxito en la otra, á pesar de todo lo que anteriormente haya ocurrido.

—Esta respuesta me satisface mucho menos que la anterior, porque no veo con que derecho podeis juzgar asi á la fatalidad; la mas aceptable en este punto es esperar lo que suceda con un abandono y una conformidad completa. Y en verdad que deseo saber por que os tomais la libertad de recompensar á los buenos y de castigar á los malos, como si aquellos pudiesen ser menos buenos, y como si estos á su vez pudieran ser mejores.

—Es que al fin y al cabo la fatalidad no es una cosa tan absoluta como os habeis empeñado en considerarla hace poco: la fatalidad solo afecta á ciertas cosas principales, pero no á todas.

—El respeto del honor, de la vida y de la propiedad de nuestros semejantes se cuentan indudablemente entre las cosas principales. Deberémos, pues, admitir como un principio incontestable que un hombre puede ser calumniador, asesino ó ladron por fatalidad, es decir, inocentemente y sin culpa alguna de su parte, mientras que un charlatan ó un atolondrado son seres culpables y que merecen un severo castigo.

—Seria menester entrar en largas explicacio-

nes para daros una idea completa de nuestro modo de pensar en este punto, que os empeñais en interpretar de una manera rídicula.

—Mucho mas tendria yo aun que deciros para demostraros que á cada paso buscais un efugio para huir de una dificultad invencible.

—Y, en una palabra ¿creis que nosotros no reconocemos en la sociedad el derecho de no admitir oficialmente un dogma ó un principio que pudiera serle pernicioso?

—Acabariamos de una vez! ¿Con que la sociedad, ademas de su razon, tiene el derecho de no admitir un principio que pudiera serle pernicioso, y sin embargo os atreveriais á asegurar que Dios, que ha hecho la sociedad y que le ha dado la poca razon que posee, hubiera sido tan inconsecuente consigo mismo, que estableciese un principio subversivo de esta sociedad misma? ¡Solemne disparate!

—Y ¿quién os ha dicho que el principio de la fatalidad es subversivo? ¿Os vanagloriais acaso de conocer y de penetrar los inescrustables juicios de Dios?

—¡Oh! yo me guardaré siempre, y muy bien, de abrigar una presuncion tan loca. Por eso, al ver los hechos, en apariencia injustos é ilógicos, de que antes hemos hablado, acuso á mi inteligencia, no á la justicia ni á la sabiduria de Dios, y me digo á mí mismo:—Esta desigualdad en el poder y en las facultades concedidas á las almas para expresar sus sentimientos, afectos é ideas lejos de ser, como pretenden los fatalistas, un principio ó una causa á que atribuyen ciertos efectos, no es otra cosa que la consecuencia de ciertas disposiciones, desconocidas para nosotros, de la ley de órden que rige el universo; ley demasiado vasta para poder ser comprendida en todos sus

detalles por nuéstra débil y limitada inteligencia. Y, rechazando bajo otro aspecto esa pretendida fatalidad, añado todavia:—Todos nacemos con facultades desiguales, es cierto, pero tenemos para remediar esta desigualdad el progreso ó resultado de la aplicacion de nuestra voluntad en busca del bien. Y, si para sostener todavia aquellos principios invocais en vuestro auxilio á los desgraciados que sufren males no merecidos á su juicio, ó á que realmente no se han hecho acreedores segun las ideas que nosotros tenemos de la justicia, á esto responderé humildemente: —¡Hermanos, este misterio es igual al que nos oculta nuestro nacimiento, con la única diferencia de que ha despertado mas tarde nuestra curiosa atencion!

XVII.

Esta argumentacion tan sencilla, tan al alcance de todas las inteligencias, puede suministrarnos otras respuestas mucho mas concluyentes y sabias contra los argumentos que se aducen en apoyo de la fatalidad, que es la creencia favorita de los que niegan la libertad porque no quieren consagrarse al bien; el falso consuelo de los afligidos que, en vez de elevar sus ojos hácia el cielo para implorar su clemencia, prefieren fijarlos con orgullo sobre la tierra, donde se consideran con suficiente importancia para que Dios se haya entretenido en ofrecer al mundo en sus personas un ejemplo de aberracion de su alta y sublime sabiduria. ¡Fuera, fuera la fatalidad! Con ella no son compatibles los deberes, sin los deberes no hay reciprocidad ni amor entre los hombres, y sin amor desaparece ya ese foco comun de la existencia, ese lazo que une la humanidad entera.

XVIII.

No tratemos, pues, de sustraernos á la obligacion de velar incesantemente por nosotros mismos y por nuestra naturaleza material, fundados en que nuestros afanes no conseguirán acaso un resultado igualmente favorable y útil. El mas grave de los desórdenes físicos puede ser un accidente pasagero, si con oportunidad se le aplica el remedio; asi como el desórden moral mas leve é insignificante en la apariencia puede producir un mal incurable, si no se procura atacarlo y combatirlo desde el primer instante en que principien á manifestarse sus efectos.

XIX.

En fin, sin exagerar aquí las bellezas corporales, sin tomar por base esas mismas formas para la apreciacion moral de los individuos, como lo hacian los antiguos, y sin atribuir exclusivamente al estado de salud de los órganos una influencia que, como veremos mas adelante, proviene tambien de nuestras fuerzas intelectuales, recordaremos en este lugar, como una verdad bien trivial y conocida, que la forma exterior es lo primero que en nosotros se nota, y á medida que esta forma produce un efecto mas ó menos agradable, es mas ó menos favorable la disposicion de los ánimos respecto de nosotros mismos. Importa, pues, asi por este como por otros motivos, el que esta forma no se deteriore por falta de cuidado de nuestra parte.

XX.

El deber de los padres de familia con respecto á sus hijos es en este punto el mas alto y el mas general posible, porque consiste en armonizar completamente el desarrollo de las facultades físicas con las exigencias de la moral y la perfeccion de las facultades intelectuales.—Desde el momento en que nace un hijo, debe su padre llamar toda la atencion del médico sobre su conformacion física, del mismo modo que mas tarde llamará la atencion del preceptor sobre sus inclinaciones morales.—Cuando el niño haya salvado la edad primera, cuando su entendimiento haya principiado á elevarse de las cosas puramente materiales al terreno de lo espiritual, cuando su conciencia le revele las primeras ideas del bien y del mal moral, el padre no debe dejarse llevar de un orgullo inmoderado, constituyéndose en guia de una inteligencia que cree emanada de la suya, é imitando al pedagogo vulgar que descuida siempre la parte material, es decir, los órganos de esta misma inteligencia. Expie cuidadosamente sus instintos para dirigirlos, porque el bien y el mal físico dirigidos por la inteligencia pueden producir el bien y el mal moral. Haga que los medios ágiles y vigorosos en cuanto lo permita su conformacion particular, practiquen sin inconveniente alguno todas aquellas funciones regulares y ordinarias de que son suceptibles; y, fortificado por el asíduo estudio de sus verdaderas exigencias, no olvide su propio temperamento ó disposiciones corporales. El niño, por su parte, una vez llegado á la adolescencia, jóven despues, y mas tarde hombre hecho, debe cuidar mucho de esa salud, cuyo valor no se

conoce hasta que se la ha perdido. Para conseguirlo, deberá no usar de nada con exceso, evitando al mismo tiempo el extremo opuesto, que consiste en una exagerada prudencia. Un buen tratado de higiene nos ilustrará siempre acerca de lo que debemos hacer en provecho de nuestra salud física; porque no hay peor enfermedad que esos ridículos empeños que tomamos en no tener frio ni calor sino cuando lo queremos, haciendo variar las presiones atmosféricas del termómetro, y tambien la de vivir con la aprehension de un malestar imaginario, y no permitirse tampoco un momento de alegría sino cuando el médico la receta como un remedio extraordinario. Y no quisiéramos que estas sencillas amonestaciones excitáran en algunos la risa del desprecio: nada, pues, se debe desatender ni descuidar, siempre que mas ó menos directamente pueda facilitar al hombre el cumplimiento de sus destinos providenciales.

XXI.

Lo dicho no tiene mas objeto que el de indicar la importancia de ciertos detalles que se consideran de ordinario como extraños á los deberes. La vanidad, y esto no debiera perderse nunca de vista, aisla al hombre moral del hombre físico, de suerte que ella no vé la menor relacion entre unas manos asquerosamente sucias y una inteligencia mal ordenada. La buena razon no incurre nunca en semejantes errores. Sabe que el hombre es una sola unidad en todos sus detalles; que no realiza la mas insignificante de sus acciones sin que su entendimiento y su razon tengan intervencion en él; y que, si bien no encuentra dificultad alguna en deducir consecuencias de principios claros y sencillos, su espíritu se ofus-

cará necesariamente cuando haya de elevarse al exámen de principios mas abstractos, cuyas consecuencias son menos claras y conocidas.

XXII.

Nos ocupariamos aqui, de muy buen grado, del primero y principal entre todos los deberes que nos impone nuestra existencia en cuanto hombres, que es el de conservar nuestro cuerpo, esa envoltura material de nuestra alma, no tan solo en el mejor estado de salud posible, sino aun en el estado de vida; pero, como son cuestiones que estan encomendadas á la higiene, nos remitimos á ese hermoso arte de vivir bien: porque seria sobradamente prolijo, ademas, el exponer aqui esa gran ley de la naturaleza, segun la cual los seres creados se toman mútuamente aquello que les es necesario para su propia conservacion.

XXIII.

Asi, solo nos limitaremos á observar que, mientras mas elevados son los seres en el órden de la creacion, exige mayor actividad de parte suya la ejecucion de esta ley de conservacion. La ostra, pegada á su roca bajo las aguas del mar, no necesita para mantenerse sino abrir sus groseras escamas: mientras que el hombre, que reasume en sí los atributos de todos los seres creados, necesita mayores cuidados para con ellos que cada uno de los demas en particular. Esta actividad y estos cuidados constituyen el trabajo que mas adelante encontraremos como condicion moral del hombre, despues de haberlo considerado ya como condicion de su existencia física, y que consideraremos tambien bajo el doble aspecto de

derecho y de deber social, despues de haberlo examinado bajo el punto de vista de un siemple deber privado.

XXIV.

Reasumiendo cuanto hemos expuesto sobre los deberes del hombre con relacion á su naturaleza física, no deberemos deducir de las doctrinas emitidas, aun concediendo su exactitud en cuanto dejamos dicho sobre los órganos, sobre el alma y sobre los instintos, que atribuimos una importancia principal y absoluta al estado de salud de los órganos, considerados en sus relaciones con el ejêrcicio de las facultades morales. Si ellos influyen, con efecto, en las manifestaciones de nuestra alma, el alma ejerce á su vez sobre ellos una accion, tanto mas poderosa, cuanto que dispone de las ideas ó puntos de comparacion que no concibe por mediacion suya, acaso porque Dios se las ha concedido enteramente formuladas al enviarla á este mundo, ó porque la haya dotado de capacidad suficiente para formularlas por medio de la reflexion y el estudio, lo cual nos parece mas probable. Sabido es que la fisonomia, los hábitos corporales y la actividad de los sentidos se modifican y alteran en una misma persona segun la mayor ó menor elevacion de las ideas que ocupan habitualmente su espíritu.

XXV.

Es verdad que, no habiêndo sido formados todos los órganos para desempeñar un mismo oficio, no todos parecen igualmente sometidos á la accion del alma; pero esta accion no es por eso menos real y conocida, y estamos seguros de que, excep-

tuando algunos pocos casos, sujetos á la discusion y al exámen, nadie se atreverá á negar que la parte moral del hombre domina á la parte física, y aumenta ó disminuye el poder y las facultades de esta. Por lo tanto, estudiemos, pues, al hombre en su naturaleza espiritual, y de este modo acabaremos de conocer su naturaleza material. Imitemos en esta parte á los médicos hábiles, en quienes reside el íntimo convencimiento de que lo que practican es mas que un arte, es la mas importante de todas las ciencias filosóficas.

XXVI.

Ya hemos dicho que la salud constituye el bien físico, del mismo modo que la felicidad constituye el bien moral. Con efecto: si la salud, tal como razonablemente se la entiende, admite la coexistencia de algunos trastornos materiales y de alteraciones pasageras, tambien la felicidad admite la coexistencia de algunas perturbaciones y sufrimientos que la anublan, siempre que estas perturbaciones no entristezcan nuestra alma hasta el punto de impedirle que saboree las emociones y consuelos que produce el convencimiento íntimo de haber llenado completamente sus deberes.

XXVII.

En cuanto á la definicion de la felicidad, es mucha la discordancia de pareceres.—La felicidad, dirá alguno envidiando á su vecino, vedla allí: salud, fortuna y gloria, cuanto se há menester. Otros opinaran, por el contrario, que—la felicidad es el momento en que nuestras pasiones se ven completamente satisfechas.—Y, sin embargo, la

felicidad no es desconocida ni sobre el lecho del paralítico, ni bajo los harapos de la miseria, en tanto que la gloria ha sido mil veces infortunada, á pesar del estrépito que resonaba en derredor de ella. Por lo que respecta á las pasiones, no debemos olvidar que muchas de ellas sin carácter alguno de nobleza, son aturdimientos pasageros, que muy pocas, logren ó no una satisfaccion completa, se extinguen sin dejar en pos de sí sinsabores y amarguras: y que ninguna concede al hombre, mientras está poseido de ellas, la tranquilidad y la calma necesaria para ser sensible á los dulces encantos del bien, ora haciéndolo, ora recibiéndolo.

XXVIII.

No, no: Dios no ha podido asentar sus leyes sobre bases tan inseguras y tan efímeras; y pues que quiere que todos podamos aspirar igualmente á la dicha y disfrutar de ella, es preciso que nuestra conciencia sola sea bastante á procurarnosla.—La felicidad, que no debe confundirse con el placer, consiste en la conciencia íntima del cumplimiento de nuestros deberes. Así, véase, pues, como el deber no es una ley tan severa y tan fria como han querido representarla los que no se han tomado la molestia de descubrir el verdadero sentido de esta palabra.

XXIX.

El bien moral no se produce jamas sin que haya voluntad de nuestra parte. Sobre esta voluntad influyen principalmente dos cosas: el *carácter* y la *razon*. Con la existencia traemos todos al mundo cierta disposicion particular para sen-

tir y para juzgar de las cosas que nos rodean: unos se afectan vivamente por todo, mientras otros apenas se impresionan en igualdad de circunstancias: los hay mas sensibles al placer moral que al físico, y al contrario: y no falta quien sea notablemente frio é indiferente para todo.—Estas varias disposiciones, y muchas otras que no nos detendremos á enumerar, constituyen lo que se llama el carácter de los individuos.—La razon nos preserva de los errores en que pudiéramos incurrir obedeciendo al impulso ciego del carácter. Por esta caúsa nos importa mucho estudiar el fuerte y el flaco de cada carácter, para juzgar en que sentido nos conviene corregir ó enmendar el nuestro, y á este fin debemos aplicar cuidadosamente toda la fuerza de nuestra inteligencia.

XXX.

Pueden determinarse con bastante precision los principales puntos de semejanza entre los varios caracteres de que se hallan dotados los hombres. Como la voluntad y la inteligencia son las facultades que ha concedido Dios al hombre para ejercitar su libertad, son al mismo tiempo los atributo principales de su alma: solo tomándolas por base y estudiando sus diferentes aplicaciones á los actos de nuestra individualidad, podremos llegar á una clasificacion algo lógica de los caracteres.—Podemos, pues, dividir estos últimos en dos grandes clases; la de los caracteres llamados de *concesion* y la de los caracteres de *resistencia*. Los caracteres de concesion, cuando participan algun tanto de las cualidades propias á los de resistencia, son en extremo agradables: los caracteres de resistencia, un

tanto templados por el espíritu de concesion, son menos agradables, pero muy seguros: por otra parte, solo ellos pueden aspirar á la elevacion y á la grandeza. Los primeros pueden subdividirse en *temerosos, débiles é irresolutos;* los segundos en *firmes, voluntariosos* y *obstinados.* Cada uno de ellos puede manifestar una predisposicion particular al bien ó al mal, y considerar todas las cosas bajo el aspecto triste ó alegre, con otras varias modificaciones, que no pueden constituir nunca un carácter de un valor verdadero y marcado. En todos ellos puede desenvolverse la sensibilidad hasta el mismo punto; pero en los *temerosos*, en los *débiles* y en los *irresolutos* parece esta sensibilidad mas delicada, al paso que se manifiesta mas profunda en los *firmes, voluntariosos y obstinados.* Su mismo exceso la hace degenerar, para los unos en misticísmo, para los otros en un sombrio sentimentalismo. Como el fanatismo es la conviccion exagerada de una opinion, y la conviccion mas exagerada todavia del derecho de propalar y sostener esta opinion, viene á ser generalmente el escollo de los fuertes y de los débiles; pero mas todavia de estos últimos, porque es de observar que, cuanto menos poder alcanza un individuo, tanto mayor es su afan y su anhelo de ejercerlo: no parece sino que cada individuo ha recibido una dósis igual de amor propio, y que necesita emplearla de una ó de otra manera. Los sentimientos fuertes ó las pasiones son comunes á todos los caracteres; pero su manifestacion varia segun la naturaleza de ellos; asi un hombre débil podrá amar en ciertos momentos con tanta vehemencia como un hombre fuerte, pero este amor no durará tanto tiempo. Los movimientos repentinos é impetuosos del alma, como la bravura, el espanto, el horror, &, se hallan

de la misma manera en todos los individuos; pero tienen, segun el carácter de cada uno, consecuencias mas ó menos trascendentales, efectos mas ó menos duraderos.

XXXI.

Estas distinciones y clasificaciones, por incompletas que sean, bastan para ponernos en el camino de un estudio sério y profundo, y para indicar á cada uno la manera como debe modificar su propio carácter, á fin de extraviarse lo menos que le sea posible del terreno de la verdad y de la razon.—Esta interesante parte de la educacion moral se halla generalmente muy descuidada. En las escuelas se cree haber hecho lo bastante cuando se formulan sobre este punto unos cuantos preceptos generales.

XXXII.

No hay empresa tan difícil en el mundo como la reforma de carácter; no es, sin embargo, imposible: solo el tentarla y el perseverar en esta tentativa, aun cuando no se obtenga un éxito completo, produce ya tan excelentes resultados, que deberia uno aplicarse á este trabajo, siquiera por egoismo. ¿No es cierto que cuando tenemos á un hombre por colérico ó desconfiado, apreciamos extraordinariamente la violencia que hace á su carácter en favor nuestro, ó la confianza que se decide á depositar en nosotros? Y al mismo tiempo ¿no és cierto que, entre todas las excusas que oímos y recibimos, la menos aceptable y satisfactoria para nosotros es la que se funda en la naturaleza del carácter?—De las dos dificultades principales que nos ofrece la reforma de carácter, la primera se encuentra en las personas que nos ro-

dean y toman á su cargo el dirigirnos, la segunda en nosotros mismos.

XXXIII.

Nuestros preceptores (porque sobre este punto los tenemos todos, y desde el momento en que se reunen dos hombres, pretenden darse lecciones uno á otro), nuestros preceptores, repetimos, quieren, por regla general, corregir nuestro carácter haciéndonos pasar violentamente de un extremo á otro, porque cuando no se trata de sí mismos desconocen de todo punto el gran arte de las transiciones: asi es que se empeñan en que demos de un solo golpe la vuelta entera. A nosotros nos sucede precisamente lo contrario: muy rara vez conseguimos aislarnos y abstraernos de aquello que nos rodea, de modo que podamos observarnos con imparcialidad completa y estudiar con detencion si nuestra manera de ser es la que conviene á los demas y no la que satisface exclusivamente nuestro egoismo.

XXXIV.

Tras estas vienen en seguida otras dificultades, nacidas de la edad, del sexo ó de la posicion particular del individuo, sin hacer mencion de otras muchas que proceden de causas psicológicas, en las cuales no fijan su atencion muchos pensadores, constantemente preocupados por una vanidad filosófica. Un niño juzga de todo por el sentimiento, y este sentimiento no es otra cosa que la sensibilidad delicada de sus primeros años, expuesta siempre á los peligros del error. Un anciano, por el contrario, cree que ha adquirido en todo profundas convicciones, cuando no suele ha-

ber contraido mas que ridículas preocupaciones á las cuales ajusta su raciocinio. La mujer se enardece y apasiona, mientras el hombre se enorgullece y se hace cada vez mas rígido; y lo que para el pobre es una simple desconfianza, se convierte en inquietud y recelo para el rico. La cólera y la timidez son tan naturales al débil, como la paciencia y la firme osadia al hombre que se encuentra en estado de salud y robustez.—Como estas varias disposiciones, diversamente combinadas, modifican hasta lo infinito las especies de caracteres que hemos derivado de los dos principios de *concesion* y de *resistencia*, importa mucho estudiarlas, cuando trabajemos en la reforma de nuestro carácter, so pena de que en otro caso no tengan nuestros esfuerzos otro resultado que el de una inutilidad completa.

XXXV.

Es un hermoso papel, sin duda, el que representa entre nosotros un preceptor de moral; pero no se debe exagerar su importancia, porque no es tan complicada y difícil. Lo que es verdaderamente difícil, verdaderamente hermoso, lo que lleva impreso el sello de la mas completa magnificencia, lo que ofrece el espectáculo mas sublime, mas digno de presentarse como un gran modelo á la admiracion del hombre, y constituye el mayor homenage que puede tributar la libertad humana á la omnipotencia divina, es el hombre analizándose á sí mismo, examinando lo que en él haya de bueno y de menos bueno, perfeccionando aquello, corrigiendo esto y no cometiendo el mal, si acaso lo comete, sino por inadvertencia y como una especie de involuntario tributo pagado á la debilidad de su naturaleza.

XXXVI.

Pues bien: aun sin elevarnos á tanta altura, comprendamos de una vez que nuestra felicidad de todos los dias estriba principalmente en la direccion que demos á nuestro carácter. Cuanto mas adelanta el hombre en su carrera de la vida, tanto mejor conoce al fin, con harto arrepentimiento suyo, que, por haber faltado al deber de observarse á sí mismo y de arreglar los actos de su vida, ha convertido las fuentes del placer y de la alegria en manantiales perennes de tristeza, la amistad en indiferencia, y el reposo en una lucha incesante. Esto se hará todavia mas sensible cuando tratemos de los deberes sociales.

XXXVII.

Antes de continuar la breve labor que hemos comenzado, sobre un campo cuya superficie apenas está movida, á pesar de que hace mucho tiempo que el arado, por decirlo asi, lo cruza en todas direcciones, detengámonos un momento para tratar de dos cosas que se disputan entre los hombres el papel principal en los destinos de la humanidad: el corazon y la cabeza.—Si la idea que despierta nuestra atencion nos conmueve y agita dulcemente, si el pensamiento que esta trae en pos de sí es tierno y generoso, se le hace al corazon el honor de haberse impresionado por esta idea y obedecido este pensamiento. Si, por el contrario, aquella idea nos hace reflexionar sin conmovernos, y parece abrir á nuestra inteligencia una nueva cifra de poder; si el pensamiento que de ella resulta, menos tierno, pero mas vivo y mas profundo que el primero, tiene la pretension de

atender mas bien á la realidad positiva que al vuelo acalorado de la fantasia, entonces se atribuye su orígen, no al corazon, sino á la cabeza. La cabeza y el corazon son los dos puntos sobre que ha habido mas frecuentes disputas: los positivistas han abogado siempre por la primera: los pensativos y meditabundos han defendido constantemente al segundo.

XXXVIII.

La solucion de:—"la cabeza piensa y raciocina: el corazon siente é inspira:" es una antigua fórmula que no tiene una exactitud rigorosa, pero detalla con cierta precision las funciones de cada uno.—Raciocinar es pesar el mérito de las cosas: sentir no es otra cosa que recibir una impresion ó impulso determinado. Raciocinar es el atributo de la inteligencia, sentir (la confesion es terrible pero forzosa, aun cuando la espera del sentimiento sea mas ó menos vasta segun la naturaleza del sujeto) puede ser un atributo del instinto, lo mismo que del alma racional. Por consiguiente, un hombre de cabeza es mejor que un hombre de corazon; pero el hombre no es completo sino cuando siente á la vez la influencia del corazon y de la cabeza.—Asi, debemos tener muy presente la advertencia que antes hicimos cuando tocamos una cuestion, que en último resultado no tiene mas objeto que el preferir una de dos cosas igualmente buenas en sí mismas. Acaso nos inclinariamos á preferir aqui el corazon, por ser el que inspira las determinaciones, si no recordasemos que los argumentos en que pudiera apoyarse esta preferencia se han discutido al exponer las dos grandes divisiones de concesion y de resistencia, en que hemos clasificado los caracteres.

XXXIX.

No sin motivo hemos presentado el carácter como el elemento que mas influye en el valor de los actos de la voluntad, no concediendo en esta parte al raciocinio sino el segundo papel. Se ve, se siente, de cierta manera particular: este es el carácter: despues se juzga sobre este modo de ver y de sentir: he aqui el raciocinio. Importa, pues, mucho no confundir la razon con el raciocinio: este no es mas que el instrumento de aquella, instrumento delicado y que falsea muchas veces una voluntad mal dirigida, produciendo por medio de él resultados muy fatales. Asi, la *razon* dice á todos los hombres que su inteligencia es de un órden mas elevado que la de los demas seres; y sin embargo, el *raciocinio* ha llevado á algunos entendimientos hasta el extremo de poner en duda esta superioridad. Luego, no hay mas que un medio de prevenirse contra estos errores, y este medio es la instruccion: cuanto mas sabemos, mayor es el número de puntos de comparacion con qué podemos contar para establecer y afirmar un juicio, y entonces estamos mas seguros de acercarnos á la verdad.

XL.

Culpable y ridícula paradoja es la que han asentado algunos ignorantones ó estrafalarios cuando han dicho que valemos menos para los demas y para nosotros mismos, á proporcion que raciocinamos mas y procuramos conocer y estudiar nuestras acciones y el móvil de nuestras determinaciones. ¿Por qué, pues, si la instruccion es una cosa tan funesta, ha puesto Dios en nosotros ese

ardiente é inextinguible deseo de aprender? ¿Por qué nos ha dotado de una inteligencia que no se desarrolla sino á medida que se aumenta la suma de nuestros conocimientos? ¿Por qué no se revela en toda su sublimidad sino al hombre infatigable que estudia y penetra en los secretos de la creacion? ¿Acaso el entendimiento humano, tan poderoso hoy, como que ha sido vivificado por abundantes raudales de luz, nos hace lamentar aquellos tiempos en que apenas deletreaba las primeras palabras de todas las ciencias? ¿Acaso en esos antiguos tiempos, cuando el hambre ó la lepra despoblaban á porfia paises enteros, en que grandes y pequeños, pobres y ricos, yacian sumidos en la mas completa ignorancia, se vieron aparecer mayores virtudes que hoy dia, en que la instruccion, mas generalmente difundida, ha multiplicado los recursos, ha elevado los entendimientos, ha creado el verdadero bien, ha dulcificado las costumbres, y ha conjurado todos los males vivificando la caridad, haciendo adorar á Dios, y acercándolo mas y mas á esa humanidad tan engrandecida, tan fuerte, tan unida por los vínculos de la fraternidad? No, ciertamente: por el contrario, cuanto mas se sabe, mejor se aprecian las cosas de la tierra, mas profundo y mas vivo es el sentimiento de religioso amor que cada uno profesa á sus semejántes y á Dios como padre comun de todos, y mas respeta cada cual en sí mismo su dignidad de hombre. No es cierto que Dios prefiera el homenage del ignorante al del hombre instruido: uno y otro le son igualmente aceptables cuando la ignorancia es involuntaria; pero cuando es voluntaria, Dios rechaza un homenage que no es mas que una falsa hipocresía, con la cual se pretende disimular una loca rebelion contra la ley del trabajo, san-

cion de la ley de reciprocidad que une á todos los seres.

XLI.

Aunque el trabajo es una condicion igualmente necesaria para la existéncia material y para la conservacion de la salud de los órganos: ya indicamos anteriormente que nos reservábamos tratar este punto cuando hubieramos de presentarlo como uno de los deberes del hombre con relacion á su existencia moral. Es verdad que la parte moral se halla tan íntimamente enlazada con la parte física, y ambas tan en igual grado sometidas á la accion de la voluntad que escoge del mismo modo para una y para otra entre el bien y el mal moral, que casi no era necesaria aquella reserva. Debemos observar, sin embargo, que el trabajo necesario para la existencia física es obra del instinto mas bien que del raciocinio: los animales, propiamente dichos, estan obligados, del mismo modo que el hombre, á ejercitar su voluntad para procurarse los medios de subsistencia y atender á otras necesidades propias de su organizacion; pero, como ninguno de ellos está dotado de inteligencia, no conocen la necesidad de cultivarla y de procurarle, lo mismo que al cuerpo, nuevos y contínuos alimentos. Por eso nos parece mas acertado considerar al trabajo tal como debe ser bajo el punto de vista de la existencia moral.

XLII.

Sucede con el alimento del espíritu, como con el del cuerpo, que es necesario procurárselo para tenerlo, como antes hemos dicho; pero hay entre ambos la notable diferencia de que, mientras

este último no puede tomarse sino en cierta cantidad, el primero no es nunca excesivamente abundante: cuanto mas sabemos, mas conocemos lo mucho que ignoramos: cuanto mas nos instruimos, mas ardemos en el deseo de ensanchar esta instruccion. El trabajo no debe, pues, considerarse como un deber limitado á ciertas circunstancias: es, por el contrario, un deber de todas las circunstancias y de todos los instantes: es, para decirlo en una sola palabra, la actividad misma: porque, á la manera que los órganos sin actividad estan muertos, la inteligencia sin actividad carece completamente de vida. Los ociosos no son por lo general personas que no se dedican á ninguna clase de trabajo, sino personas que se consagran á un trabajo que no tiene ningun objeto útil. Los perezosos mismos, á pesar del cuidado que ponen en huir del trabajo, trabajan á veces no poco; y si aquel trabajo es infecundo, mas infecundo todavia que el de los ociosos, consiste en que en lugar de tener un objeto positivo, aunque mal entendido, como el de estos últimos, ó en vez de proponerse un fin de utilidad manifiesta, como el del trabajador verdadero y el del hombre inteligente y activo, tiende constantemente hácia un fin negativo. En la gran máquina del universo todo trabaja sin que se encuentre el reposo en ninguna parte; mas, para hacer llevadero el cansancio de esta incesante actividad, ha puesto Dios en el trabajo un atractivo irresistible.

XLIII.

Pero en estas dos palabras reunidas, *atractivo* y *trabajo*, nadie crea que participamos de la opinion de los que, aplicando á lo particular lo que no puede decirse sino de lo general, pretenden

que ese atractivo no se halla precisamente en el trabajo, sino que existe para cada individuo en tal ó cual especie de trabajo con exclusion de las demas; de manera que, considerando este sistema bajo el aspecto sério y llevándolo hasta sus últimas consecuencias, podriamos suponer una reunion de hombres sucumbiendo bajo el peso de su misma impotencia, muriendo de laxitud y de inanicion, despues de haberse cansado en ensayar, cada uno por su parte, qué clase de trabajo tenia para él un atractivo decidido. El atractivo de que acabamos de hablar consiste en esa curiosidad que, apenas satisfecha de una cosa, pasa á otra, no distinta de la primera, sino que sea una continuacion, una consecuencia lógica de esta.

XLIV.

Trabajemos, pues, y procuremos instruirnos: jamas haremos y sabremos lo bastante, porque á medida que el trabajo dilata el horizonte de nuestra inteligencia, la idea de Dios se engrandece en nosotros y nos engrandece con ella. Pero, como aqui y en todas las cosas del mundo andan mezclados el bien y el mal, y la eleccion se halla enteramente á nuestro arbitrio, debemos observar una prudencia, si no en el número, al menos en la clase de instruccion que debemos procurarnos.—El agricultor entendido consulta la posicion y calidad de los terrenos para emplearlos en la clase de cultivo que le parece mas á propósito segun ellos: nunca planta en la cima de las montañas, lejos de las fuentes y bajo la influencia de un sol abrazador, los arbustos delicados que aman la sombra y la frescura de las aguas; siembra en terreno arenoso el cáñamo y el lino que necesitna

una tierra sustanciosa y beneficiada: hagamos, pues, respecto de nuestra inteligencia, lo que vemos hacer respecto de los productos materiales. —Se cree vulgarmente que en estudiar una, dos ó mas ciencias, consiste toda la instruccion, y que esta ha llegado á su colmo cuando se ha adelantado lo posible en el estudio de las que se han emprendido. Todo esto, sin embargo, no es nada en la realidad. Quizás se sabe mucho despues de haber hecho este estudio; pero ¿se conoce por ventura lo que conviene á la posicion particular en que constituyen á cada uno en el mundo mil antecedentes personales y de familia que le obligan á caminar en un sentido cuando pensaba dirigir sus pasos en otro muy diferente? He aquí, sin embargo, lo mas interesante de todo.

XLV.

Extender el horizonte de su inteligencia ó instruirse, es averiguar las causas de aquellos efectos que obran inmediatamente sobre nosotros, y reflexionar detenidamente sobre estas causas y efectos: es ademas inquirir los métodos mas sencillos y útiles para la ejecucion de los trabajos que tenemos á nuestro cargo: es asimismo saber juzgar de los instrumentos que en ellos se emplean, y emplearlos de modo que saquemos de ellos el mejor partido, porque ya sean nuestros trabajos intelectuales ó materiales, ya sea que empleemos en ellos los libros ó el martillo, el resultado es el mismo en su fondo, sin mas diferencia que en el primer caso, la instruccion proporcionada á las necesidades no inspira sino una legítima confianza, y nunca aquella ridícula y desgraciada vanidad, que es el tormento de algunos hombres imprudentemente iniciados en ciertos

secretos que solo debe conocer una pequeña parte de ellos.

XLVI.

No hace mucho tiempo que una opinion, presentada con habilidad á falta de elocuencia, opinion que no puede nunca afectar las pretensiones de un sistema filosófico completo, procuraba hacerse lugar y amenazaba nada menos que destruir la economia de la obra de Dios. Esta opinion era una consecuencia de cierto sistema metafísico nacido mas allá del Rhin, segun el cual el universo todo entero y el mismo Dios estan contenidos, no por partes y extractos, sino en resúmen, en la mas mínima de las partículas de los seres del universo, y por consecuencia de la cual puede afirmarse que todo se encuentra en todo. Desaparece, pues, la desigualdad de la inteligencia, y, adelantando un pasó mas, no existen el bien, el mal, la libertad, ni ninguno de los grandes móviles de las determinaciones de nuestra alma. El ridículo hizo prontamente justicia á tan extravagante exageracion.

XLVII.

Esto no era en efecto sino una exageracion, como lo son generalmente los sistemas metafísicos mas extraordinarios, los que se encuentran en oposicion mas abierta con la comun experiencia filosófica, es decir con el buen sentido. Todos parten de una idea verdadera en sí misma, pero que elevan á la altura de principio fundamental, cuando en realidad solo puede tener el carácter de consecuencia aislada y separada de su principio, otras consecuencias que se alejan mas y mas

de la verdad. Es lo mismo que sucede en un cálculo matemático, en el cual una fraccion omitida ó mal reducida puede conducirnos á resultados cuya falsedad salta á la vista del aritmético mas estúpido, pero que, sin embargo, es invisible para el sábio, fascinado por el error de su cálculo.— Es muy cierto que hay en *todo* algo de *todo*, algo que lo recuerda *todo*, qne hace del *todo* una sola unidad en último análisis.—Y en efecto: siendo imposible dejar de conocer que el universo es obra de una inteligencia, que esta inteligencia no ha obrado sino en virtud de un gran pensamiento, y que este pensamiento no podria ser contradictorio en sí mismo, es necesario que cada una de las partes del universo tenga en sí un punto que las enlace con las demas. Podemos, pues, decir que en *todo* se encuentra de *todo*, lo cual es muy distinto de afirmar que *todo* se comprende en *todo*.

XLVIII.

Lo anteriormente dicho nos ha separado de nuestro asunto, pero tambien se enlaza íntimamente con él.—Deciamos que la instruccion que debe adquirirse no consiste en las mismas porciones de ciencia para cada uno, y de aqui deduciremos naturalmente que no es acertado el que todos los padres empleen sus fortunas en hacer á sus hijos abogados, médicos, literatos, por mas que la práctica de las letras tenga algo que se asemeje á un estado. Y bien pudiera decirse que esto se halla en contradiccion con lo que precede, donde hemos dicho que el hombre no sabe nunca lo bastante; y por eso nos importa hacer ver cómo, estando todas las cosas enlazadas unas con otras, no es necesario que los entendimientos

se dediquen con igual ardor al estudio de todas las ciencias para que todos puedan aprovecharse del resultado de sus progresos. La ciencia, la verdadera y buena ciencia, la que realmente hace progresar á la humanidad, es como la luz: el que la hace brillar no puede impedir que se difunda inmediatamente en derredor suyo.

XLIX.

El mal de no escoger aquella instruccion que nos es mas adecuada y conveniente, no tiene por único resultado la inutilidad de todos nuestros esfuerzos: es ademas una de las causas mas activas de nuestras desgracias y sufrimientos. Si la ciencia es infinita, el entendimiento del hombre no lo es, y, por mucho que se exalte, no aumentará jamas su poder y su comprension mas allá de los límites que Dios le ha prescrito: cuando el hombre equivooa el objeto de sus especulaciones, cuando no puede llegar en las ciencias al punto en que divise el camino que sus esfuerzos le permiten recorrer, y la inmensidad del terreno que aun le resta descubrir, el desfallecimiento se apodera de su espíritu, y, tras él, viene la desesperacion, que convierte en venenoso el amargo cáliz de la vida. Esta última palabra—la vida—despierta en nosotros las mas sérias y profundas meditaciones.—La vida! No entendemos por esta palabra ese algo indefinible que conserva las diferentes porciones de nuestro ser en esa entidad que llamamos *individuo;* no esa parte que cada uno de nosotros ocupa en la duracion del tiempo, sino el papel que cada uno se apropia, bien ó mal, y representa mientras permanece sobre la tierra: la vida, ese enigma inexplicable para el materialista, esa transicion de un lugar ignorado, por estar olvi-

dado enteramente, á otro lugar conocido á fuerza de ser deseado por el que cree en Dios y en la inmortalidad del alma: la vida, y sus infinitas faces y circunstancias, es lo que nos importa preever y poner en órden, si queremos hallarnos en disposicion de hacer el bien con la frecuencia posible, y ser, por consiguiente, felices.

L.

Mucho se tiene adelantado para conseguir este fin con saber dominar las tendencias del corazon que forman el carácter, de manera que solo se reciban del contacto de las cosas exteriores impresiones exactas y verdaderas. Necesario es tambien el haberse instruido lo bastante para poder raciocinar sobre las impresiones recibidas, y deducir de ellas legítimas consecuencias. Pero no todo consiste en esto: porque nuestro destino no es únicamente el de recibir impresiones, sino tambien el de obrar segun ellas. Nuestra vida no se halla consagrada á una ociosa contemplacion: y, asi como, para que tenga una significacion en el mundo, debe tener un objeto fuera de ella misma; asi tambien, para tener su moralidad y su utilidad constante, debe tener un fin en sí misma, un fin general, del cual nacen otros tantos fines secundarios para cada uno de sus actos.

LI.

El hombre que está penetrado de la sublimidad de su orígen, se propone el bien en vista de la eternidad que debe seguir á esta vida; y, por tanto, mira en derredor suyo para conocer el camino que debe escoger, á fin de llegar con mas seguridad á aquel término de sus afanes: á me-

dida que adelanta en él, vá señalando á menores distancias los puntos que habrá de atravesar. Y he aqui sencillamente explicado lo que se entiende por sistema ó método de conducta. Pero no negamos que la gran dificultad de este método, consiste en reconocer bien aquel camino, y determinar, en él, los puntos intermedios.

LII.

En la juventud, se vive sin conocerlo y sin tener tiempo de percibirlo. El pasado no existe todavia; el presente está todo en el porvenir, y el porvenir no és mas que un paisaje, que muda de aspecto segun los caprichos de la imaginacion.—En la edad madura existe ya el pasado, pero generalmente no nos manifiesta sino los escollos en que hemos naufragado durante nuestras primeras correrías.—El presente nos absorve, y el porvenir se acorta y se reconcentra por la impaciencia de la ambicion.—La ancianidad se refugia en el presente para mirar á lo pasado: el porvenir no es mas que un recuerdo que se presenta bajo las formas de la esperanza. Y asi se muere sin haber vivido, por no haber sabido usar del presente, para esperar en el porvenir un punto cuya direccion estaba indicada en lo pasado.

LIII.

Ninguna de estas desgracias es inevitable, pero el evitarlas depende de los padres, única y exclusivamente. Sean estos mas prudentes, respecto de sus hijos, de lo que no han sido quizá respecto de sí mismos. Cuando estos sean padres imitaran, á su vez, la conducta de los suyos; y, asi, cada uno habrá sido el principio de una série de ge-

neraciones felices, que se trasmitiran de una á otra, con su recuerdo, el culto de su bondad y de su sabiduria.

LIV.

Nuestros hijos son depósitos sagrados que Dios nos confía. Debemos educarlos teniendo presente su interes para el porvenir, y no el nuestro. Ellos nos deben su gratitud por haberles dado el ser, por los cuidados que les hemos prestado en sus primeros años, y, sobre todo, por el esmero con que hemos cultivado su inteligencia. Ellos se forman mas bien á ejemplo nuestro, que por nuestras lecciones. Lo que se quiere que ellos no vean, lo que se cree que no han comprendido, es precisamente lo que mejor han visto y lo que mejor comprenden. Su vida es una vida de observacion, y en esta edad ejercitan la memoria, mucho mas que el raciocinio. En el niño se encuentran todas las inclinaciones, todos los gérmenes de pasion que han de caracterizar mas tarde al hombre maduro. Ninguna de estas inclinaciones, ninguna de estas pasiones está aun determinada al mal; porque, si bien es cierto que el hombre no viene al mundo positivamente bueno ni malo, sino enteramente libre, tambien lo es que trae al mundo todos los elementos para el bien. Así, lo único que importa es vigilar y dirigir estas tendencias, y este trabajo exige mas habilidad, que rigor: malo es engañarse con un niño, y mas malo es todavía dejarle entrever una debilidad peligrosa; pero lo peor de todo es dar ocasion á que pueda argüirnos fundadamente de injusticia.

LV.

Las breves nociones que se acaban de exponer, reasumen los mas importantes de los deberes pa-

ternales; de esos deberes tán grandes, tán santos, que exigirian, para su completa exposicion, mayor suma de conocimientos y, sobre todo, mas experiencia, que la que puede reunir un solo hombre. Y, á esta última reflección, que no ha sido dictada por la humildad, se añade otra, que todo moralista ha hecho veinte veces, aunque muy pocos hayan pensado en escribirla: "los padres no tienen tiempo de leer tratados de moral:" mezclados en las luchas ardientes de la sociedad, consagrados sin descanso á poner sus recursos en armonia con sus necesidades, la mayor parte de ellos solo tiene tiempo para dar ejemplo, y no para combinar sistemas y discutir preceptos. Sin embargo ¿quién pudiera instruirnos en las realidades de la vida, mejor que nuestro padre? ¿No nos lo há dado el Cielo para que dirija nuestra razon, àsi como ha confiado á nuestra madre el cuidado de dirigir nuestro corazon y de comunicarle el fuego que arde en el suyo? No consientan nunca los padres que den sus hijos un solo paso sin haber tanteado el terreno delante de ellos: enséñenles, sobre todo, á verificar por sí mismos este tanteo, para lo cual bastará con dos palabras; y bien pronto los veran á la vez fuertes y reconocidos, elevarse sobre la multitud, y rendirles, con amor y con respeto, el homenaje que les será debido cuando aquella los ensalce por los méritos de sus propias obras.

LVI.

Una de las mayores dificultades de esta prudente operacion es la que precisamente rehuimos desde el principio; sin proponernos jamas vencerla en los primeros ensayos. Nuestra imaginacion, arrastrada por la impaciencia de nues-

tros deseos, nos engaña aun mucho mas que nuestros sentidos, y, á cada paso que damos en la vida, abandonamos una ilusion para correr trás otra nueva. ¿Qué jóven en el curso de sus primeros años, allá en el estrecho recinto de un colegio, en medio de sus elucubraciones, cuando á la conclusion de cada año escolar presenta sus exámenes de las ciencias que acaba de cursar, no piensa que, concluida su carrera, le prepara su país natal una brillante ovacion? ¿Qué mujer en los albores de su vida no se promete ser hermosa, amada, admirada por las dotes que naturaleza le diera? ¿Qué hombre no imagina ser un dia apreciado en el valor que se atribuye? ¿Qué anciano no cree haberlo conocido todo, juzgado todo, examinado todo, solo porque delante de él han desfilado, durante su vida, muchos sucesos que apenas ha visto? Jóvenes ó ancianos, hombres ó mujeres ¿quién de nosotros podrá mantenerse constantemente en guardia contra todas estas cosas, que nada son ó que son malas, y que, sin embargo, á veces se parecen tanto á la verdad, y, á veces, por desgracia, se parecen tambien á la virtud?—Y no obstante, conviene guardarse muy bien de matar estas ilusiones. Eso seria matar la esperanza, secar el corazon, debilitar las facultades de nuestra alma. Vengan, pues, las ilusiones, pero tratémoslas siempre como tales: dejémonos, en hora buena, arrullar por ellas, pero no adormecernos; concedámoslas que engalanen de flores el camino por el que nuestra incesante actividad nos lleva al fin que nos proponemos en la vida; pero que no sean las ilusiones este fin. A falta de poder para salvar de un solo empuje la inmensidad del espacio, multipliquemos los puntos de estacion en ese largo camino, pero plantémoslos siempre en el campo de la realidad; y marchando despues

por él á paso firme, avancemos poco á poco, teniendo asido de una mano el punto pasado, y tocando con la otra el inmediato: de esta manera llegarémos al término de nuestro afan, no en aparato de conquistadores, ni como esos hombres osados, de los cuales la fortuna suele protejer á uno entre mil, sino de una manera sólida, sin haber causado heridas y sin haberlas recibido.

LVII.

La mayor parte de los hombres se engañan, ó fracasan en su propósito, por no haber observado esta regla de conducta. Unos, no saben dar á su actividad la direccion conveniente; y asi vemos á un cojo que se empeña en bailar, y á un enano que quiere convertirse en gigante batallador: otros, buscan la gloria y procuran grangearse la popularidad: otros, en fin, no inquietándose por nada, ni proponiéndose objeto alguno, van dejando pasar la vida, envidiando á todas horas á los que son mas sábios y mas hábiles que ellos. Sea cualquiera nuestra posicion en el mundo, pobres ó ricos, no debemos exagerarnos las dificultades; pero tampoco debemos negarlas, y contentos con alcanzar lo poco ó lo mucho que podamos, arreglemos nuestra vida en armonia con nuestras facultades, y no de conformidad á nuestros deseos, en los cuales vá envuelta las mas veces una gran dósis de vanidad personal.

LVIII.

En conformidad de las precedentes doctrinas, emitirémos algunas otras ideas, que ocurren generalmente cuando se trata de esta materia:

—Metodizar y arreglar la vida, es señalarse

en el mundo un lugar, desde el cual pueda cada uno ser mas útil á los demas y tener ménos necesidad de sus servicios.

—El mundo, que, por otro nombre, llamamos la sociedad, no está dispuesto como las ceremonias de aparato; en donde todo se halla previsto y determinado con anticipacion; en donde tal ó cual movimiento de uno de los concurrentes debe producir tal ó cual otro de parte de los demas, ó de una parte de ellos. Los accidentes se encuentran, en él, tan vária é infinitamente multiplicados, que su enlace lógico se oculta muchas veces á las miradas mas escudriñadoras. Importa mucho conocer esto, y fortificar nuestro corazon con el conocimiento de los principios sólidos y fundamentales, que, bien aprendidos y grabados en el alma, la ponen en disposicion de correr sin peligro alguno la mas deshecha tormenta.

—No es un hecho cierto y reconocido el que hayamos venido al mundo para ser completamente felices; pero es, á lo menos, muy cierto que debemos trabajar lo posible para conseguirlo.

—Un oficio, un estado, ó una profesion cualquiera, es una especie de servicio, en cambio del cual la sociedad ofrece al que lo ejerce un medio de vivir, ó quizá de hacerse rico.

—No hay oficio, estado, ni profesion, que haga al hombre necesariamente feliz.

—La felicidad, bajo este respecto, depende del carácter, de la instruccion, y, sobre todo, del sistema ó método de conducta.

—Todos los oficios, todos los estados y todas las profesiones permiten que el hombre sea honrado en su desempeño; pero no todas son igualmente útiles y respetables.

—Ese dicho vulgar, que hasta en estos tiempos de progreso se oye repetir por desgracia: *no hay*

oficio que no sea vil y despreciable, es un arranque de la mas exagerada vanidad: hay oficios muy bajos y viles, pero no los han inventado personas sábias y entendidas. Mas acertado seria decir: *no hay mas oficios viles, que los de las personas que los envilecen;* y esto seria una verdad de todos modos.

—La clase de servicio que se ofrece á la sociedad es *útil*, cuando tiene por objeto satisfacer alguna de las primeras necesidades: es *respetable*, cuando esta necesidad pertenece á la clase de las necesidades morales: es *honorosa*, cuando esta necesidad exige para poder satisfacerse una instruccion muy profunda, y, en general, dotes raras y sacrificios necesarios.

—Un hombre tiene derecho á la estimacion de los demas, y la obtiene, en efecto, desde el momento en que desempeña con probidad é inteligencia el oficio á qué está dedicado. Tiene asimismo derecho á la consideracion pública, y la obtiene, cuando, por su manera de obrar y de conducirse, presta mayores servicios, que los que se esperaba recibir de él.

—Elegir un oficio, un estado, una profesion, con la mira de la gran utilidad que puede prestar al público, es un pensamiento noble: elegir una profesion en alto grado respetable, es un pensamiento que corresponde á una inteligencia adornada de rectitud y sabiduria: elegir la profesion mas honrosa posible, es propio de un entendimiente elevado; pero emprender mas de lo que se puede realizar, es una imprudencia, es una falta culpable, por poco que la vanidad haya intervenido en este hecho. En este caso, jamas se obtiene resultado alguno. Si la inteligencia sola pudiera hacer á un hombre apto para el ejército de tal ó cual profesion ó estado, bastaria entonces consultar á la inteligencia, medirla, si asi

nos es lícito explicarnos; y esto, aunque díficil, no seria enteramente imposible. Pero no consiste todo en la inteligencia: hay en nosotros otra cosa, que no depende exclusivamente de la fuerza de la voluntad ni de la accion del pensamiento, sino que, en todo caso, necesita ciertos materiales accesorios para manifestarse y desarrollarse: en otros términos, el obrero necesita un aprendizaje, el artista útiles é instrumentos, y el sábio una larga enseñanza, y, ademas, muchos medios para ejercitar su ciencia y emplear sus trabajos. Por otra parte, antes que todo, necesitamos el pan, el vestido y un abrigo contra la intemperie. Es, pues, indispensablemente necesario que, para la eleccion de un oficio, se cōnsulten á la vez la inteligencia y la fortuna. Hay ademas una tercera condicion, que es preciso tener en cuenta, y que, en efecto, se tiene presente sin pensar en ello; y cuando esto no se hace, es por culpa de la vanidad, el mas sutil y caviloso de todos los ergotistas. Esta tercera condicion consiste en apoyarse cada uno, al tiempo de emprender su vuelo, en el terreno en que se encuentra, y no contar para esto con otro terreno mas elevado, al que se aspira entonces llegar. Asi ¿por qué algunos hijos desdeñan de seguir la profesion de sus padres? ¿Por qué?—porque dicen que son demasiado instruidos, y han recibido una educacion sobradamente esmerada para dedicarse á trabajos manuales. Pero sean, pues, mil veces mas instruidos, mil veces mejor educados; asi seran trabajadores mas hábiles. Nunca se sabe demasiado, nunca se posee demasiada inteligencia, por modesta que sea la profesion que se tiene ó se ejerce. Y si no ¿por qué ciertas profesiones que, antes, en los tiempos de atraso, cuando las ideas no estaban tan difundidas como hoy, se miraban como poco nobles,

se hallan hoy rodeadas de una justa consideracion?—Porque la instruccion se ha hecho de necesidad para ellas, y, con la instruccion, han venido la regularidad de las costumbres, la finura y urbanidad en las maneras; en una palabra, la elevacion de los sentimientos.

—Los casos de vocacion decidida son muy raros. Por otra parte, es de notar que la vocacion accidental no impone jamas una séria contravencion á las preceptas de la prudencia ordinaria. Por regla general, la vocacion, ya sea decidida, ya accidental, no es otra cosa que un deseo ardiente de abrazar esta ó la otra carrera. No sucede lo mismo con la aptitud; pero, como siempre se supone que existe, nunca se nota su falta, y no nos inquietamos generalmente por ella.

—El hombre prudente no elegirá jamas por sí y ante sí su oficio, estado ó profesion; ni, una vez elegido, lo abandonará repentinamente por otro. Sus esfuerzos deben siempre dirigirse á pasar, por grados, desde la posicion mas humilde á la mas elevada; y, como este trabajo es obra de la inteligencia, y en el último resultado, la inteligencia viene á parar de todas partes al mismo punto, todos podran llegar á la misma altura. El artesano se hará obrero, el obrero artista, el artista sábio, y el sábio será lo que quiera.

—Un padre debe estudiar discretamente la aptitud de su hijo, examinar las probabilidades de éxito que, segun esta aptitud, presenta para tales ó cuales profesiones, y cuando en el secreto de su conocimiento haya hecho una eleccion acertada, debe dirigir hácia aquel punto las inclinaciones de su hijo, á fin de que este solicite como un favor, lo que, siguiendo otro sistema, hubiera aceptado como una forzosa é indeclinable necesidad. Pues, muchas de las desgracias de los hijos, na-

cen frecuentemente del abandono ó de la ambicion de sus padres. Del abandono, cuando creen haber llenado todos sus deberes con aprovechar una ocasion para proporcionar á sus hijos algun aprendizaje con el menor desembolso posible , ó para darles una educacion gratuita en algun establecimiento del Gobierno. De la ambicion, cuando se suele mirar mas alto de lo que se puede, sin reflexionar que tal estado ó tal profesion exigen de antemano médios pecunarios, sólidamente asegurados. Los padres deben preveerlo todo: en sus manos está la buena direccion del hijo: á este nunca se le hará parar en la mitad del camino que se le ha indicado, porque ese retroceso brusco, lastimará la vanidad del jóven y lo inhabilitará para adaptarse gustoso á esotra modesta profesion, que se busca nuevamente por falta de un buen cálculo. Este mal es de todo punto grave, y se agrava mucho mas, si, para evitar este inconveniente, quiere el padre luchar con las dificultades que hubiera debido preveer: porque entónces el jóven se exhibe de una manera incompleta, en cierto estado de contradiccion y repugnancia, y pasa su vida en procurarse por medio materiales una inteligencia que debia estar toda consagrada á su profesion.

Hay otras causas, no menos poderosas, que comprometen el porvenir de los hijos. La madre tambien no quiere, á veces, que siga una carrera que lo separa de ella; el padre (doloroso es decirlo) tampoco no deja, en otras, de especular sobre tal ó cual aptitud pasagera, que explota en provecho suyo, sin curarse de los resultados que dará mas tarde este cálculo impio. Por último, el padre y la madre se dejan arrastrar por infundadas preocupaciones; y el jóven, que hubiera sido un excelente agricultor ó un eminente artis-

ta, vegeta ocupando un lugar entre los hombres de la mediania, ó entre los funcionarios públicos de baja esfera.

¡Madres! ¿es amar verdaderamente á vuestros hijos el amarlos por el placer egoista que os inspiran! Pensad bien en ello: llegará un dia en que ellos notaran el mal que les ha ocasionado vuestra ciega ternura; y entonces, por mas que procuren reflexionar y buscar excusas para justificar vuestra conducta, seran realmente desgraciados por vuestra causa, y os amaran menos. ¡Padres! vuestros hijos no os pertenecen: Dios os los ha confiado, le debeis estrecha cuenta de los esfuerzos que hagais para su felicidad, y os haceis culpables, no solo para con ellos, sino para con la sociedad entera, si obrais como depositarios infieles. ¡Padres y madres! sabed que en todas las profesiones y en todos los estados se puede adquirir una posicion honrosa. No hay otra base de distincion que la inteligencia. No hay otra línea de demarcacion entre los hombres, que la que señala la educacion. y no precisamente la educacion que consiste en el saber, sino la educacion moral, la educacion social, si asi podemos explicarnos. Si os parece que los individuos que se dedican á ciertas profesiones dejan algo que desear respecto á su moralidad, este decrédito no debe servir de obstáculo á vuestro propósito: la virtud sabe hacerse lugar en todas partes: sembrad la buena semilla en ese suelo que está deseando recibirla: otros imitaran vuestro ejemplo, y habreis merecido bien de Dios y de los hombres.

—Es necesario no retroceder, una vez emprendido un camino: es necesario caminar mirando siempre á lo alto, nunca á lo bajo. Una caida de esas que son tan frecuentes en el mundo, y en que la probidad no puede ser acusada, es una

desgracia, una catástrofe quizá, pero nunca un deshonor; y mientras se cuenta con la estimacion de los demas y con el testimonio de la conciencia, se está siempre á tiempo de levantarse. Nadie ha venido al mundo para hacer fortuna, todos estamos en él para hacernos bien, y, como dicen las gentes honradas: con la satisfaccion y la alegria no se echan de menos las riquezas.

—Arreglar y metodizar la vida, es el trabajo incesante de toda ella.

—El método de conducta es la lógica de la razon interrogando á los hechos que se preparan y suceden. Admítase una interrupcion en esta lógica, y véase si no es preciso reconstruir de nuevo el edificio, á costa de inmensos gastos.

—Las necesidades son siempre lo que se quiera que sean. El número de aquellas á que el individuo no puede sustraerse es tan limitado, que, para la mayor parte de los hombres, pasa desapercibido, entre la infinita multitud de necesidades humanas.

—Los recursos son mas bien grandes por el uso que se hace de ellos, que por su importancia como medio de accion, considerados aisladamente. El sistema, ó espíritu de conducta, debe aplicarse muy especialmente á contener las necesidades dentro de los límites del poder.

—Si no hay oficio, estado, ni profesion, que haga al hombre necesariamente dichoso, no hay ninguno que lo haga necesariamente desgraciado: asi es que depende de cada uno de nosotros el procurarnos toda la suma de felicidad á que podemos aspirar sobre la tierra. Para esto es preciso, sin embargo, respetar y hacer, por consiguiente, respetable y honrosa la posicion en que nos hallamos: bien porque hayamos tenido la ventaja de escogerla, ó bien porque, en fuerza de circuns-

tancias á que no hemos podido sobreponernos, nos haya sido forzosamente impuesta.

—Es una gran locura querer preveerlo todo, y mas grande todavia creer que todo se ha previsto: esto es olvidar que los demas tienen, como nosotros, una libertad que ejercitar, y que esta libertad puede determinarse, con la misma facilidad, hácia el bien, que hácia el mal. Si desafiamos de cualquier modo á esta libertad, habremos de presumir de una inteligencia tan vasta, tan segura, que seria casi igual á la de Dios. Esto es, pues, una locura, y no será menor, si tampoco contamos con lo imprevisto para salir adelante de un mal paso.—Sin jugar aqui con las palabras y argumentos, á la manera de los antiguos lógicos, que dicen que lo imprevisto, que es esperado y buscado—como por ejemplo, aquel á que se deben todos los grandes descubrimientos de la física y la química—no es el verdadero imprevisto: haremos notar que, admitido una sola vez lo imprevisto en el órden de la vida, se niega la posibilidad de este órden; y como este órden no consiste en otra cosa que en buscar el bien por medio del bien, se niega este, y por consiguiente el mal; se destruye la libertad, y el universo entero queda entregado á ese contrasentido, á ese absurdo, que se llama el *acaso*.—Indudablemente es fácil preveer que el bien produce el bien, que el mal produce el mal, que el bien puede ser turbado por el mal, y que el mal puede ser reemplazado por el bien; tambien es fácil preveer la consecuencia, ó subir á la causa inmediata de un acto; pero empeñarse en ir mas allá y creer que podemos adivinarlo todo, es incurrir en un error funesto y lamentable. En este caso, caemos en un exceso, y todos los excesos son igualmente perniciosos. El exceso de la prevision es la timidez, que

trae consigo la indecision y, despues, la inaccion. Usemos del presente sin comprometer el porvenir. Para no comprometer el porvenir, es necesario no prescindir ni quitar cosa alguna de aquello que debemos considerar como seguro, y no contar nunca con lo que recelamos que pueda suceder en caso imprevisto. Es indudable que lo imprevisto existe, puesto que no podemos preveerlo todo; pero, como no sabemos lo que traeran consigo los sucesos imprevistos, debemos estar preparados para aprovecharnos del bien y remediar el mal, sin confiar demasiado en el primero, ni temer con exceso el segundo. Y no terminaremos estas ideas acerca de lo imprevisto, sin hacer notar que esta ilusion se combate con tanto calor como se ha rechazado con justicia la creencia en la fatalidad; porque es el mismo error, presentado bajo otro nombre y bajo un órden de hechos enteramente diverso.

—Puede considerarse la presuncion como contraria á la confianza en lo imprevisto; pues, en el último caso, el individuo se anonada completamente para entregarse á una especie de fatalidad, y, en el primero, se fia en su propio valor para dominar los sucesos. Cualquiera que sea el papel que uno se reserve en el mundo, importa no olvidar nunca que todos los demas pueden representarlo tan bien, y acaso mejor, que nosotros. Por lo demas, el número de estos papeles es bastante limitado, y es muy fácil que otro nos adelante en su desempeño, por poco que descuidemos el nuestro.

—Por último, podemos señalar, como la tercera causa del mal éxito de nuestras empresas, la siguiente: Se hace una amalgama de dos ideas falsas entre las anteriormente indicadas, y se las modifica para aplicarlas una á otra, caminando

luego á la ventura, es decir, contando en parte con lo imprevisto y apoyado en parte en una presuncion exagerada. Se toman, por ejemplo, algunas raras aunque muy brillantes excepciones; y lanzándose con pobrísimos medios á un porvenir que solo está abierto á las grandes fortunas, se cuenta desde luego como segura la posesion de los millones que se han soñado en el delirio. Estos grandes señores sin tierra ni pergaminos, pero, por lo mismo, mas presuntuosos y altaneros, creen que la fortuna se deja arrastrar por ese aire de conquista, cuando no hay mujer mas positiva, matrona mas gazmoña y afectada, ni dama de mostrador mas minuciosa y mas hábil para llevar sus cuentas. Acaso sucedia de otra manera en los antiguos tiempos; pero basta mirar hoy dia las personas á quienes ella ha sonreido, para convencerse de que sus favores solo se alcanzan á fuerza de perseverancia y de grandes y señaladas dotes.

LIX.

Pudiéramos haber añadido á las anteriores algunas otras observaciones; en efecto, nada hemos dicho de las buenas cualidades, ni de las virtudes, que conducen á nuestra felicidad, mas que ninguna otra cosa. Pero las buenas cualidades y las virtudes no son, en realidad, sino el resultado de la lucha que nos vemos precisados á sostener contra nuestros defectos y nuestras malas inclinaciones, siempre que nuestros intereses se hallan en contradiccion con los intereses de los otros. Por consiguiente, reservaremos este punto para cuando hayamos de tratar de los deberes sociales. Tampoco pasaremos adelante sin recordar que el espíritu de conducta no basta para hacer-

nos felices, y que, para apreciar las ventajas que proporciona, es preciso que no nos falte otra cualidad que llamariamos espíritu de condicion. Todos los dias se ven personas que se figuran, y á quienes lo oimos decir con la mayor seriedad, que la profesion que han abrazado es precisamente aquella para que eran menos á propósito. Esto puede suceder muy bien algunas veces, pero es inexacto en las mas de ellas; y si, al que se queja, le obligáran á que cambiase su profesion por la que desearía tener, mil veces hallaria que se engañó de medio á medio cuando se juzgó mas á propósito para esta última. Generalmente exageramos las dificultades, los trabajos, los sufrimientos inherentes á la posicion en que nos hallamos, y vemos las demas á través de este prisma doloroso, que falsamente nos hace resaltar la conveniencia de aquellas. En seguida, el amor propio, siempre mas grande que nuestro mérito, se encarga de aumentar esta ilusion. Tambien es preciso convenir en que, de cuando en cuando, atraviesan nuestro entendimiento ciertas ráfagas de sorprendente luz, que iluminan algunos puntos desconocidos, é ignorados para nosotros hasta entonces; estos resplandores, una vez extinguidos, dejan en pos de sí la melancolía y la tristeza, y nos hacen suspirar dolorosamente por una gloria que no hemos alcanzado. Sí, y en verdad que la gloria no es una palabra vacía de sentido, y que es muy duro ver lastimado el amor propio, que no siempre nos engaña. Pero ¿es acaso prudente ni acertado entregarnos á la amargura de esos estériles recuerdos, ó aventurarnos á emprender nuevas direcciones bajo el impulso de cada uno de los movimientos de nuestra imaginacion? Tardemos mucho en escoger y en decidirnos; pero, una vez tomada nuestra determinacion, no nos recon-

vengamos inútilmente, ni nos hagamos víctimas de nuestro despecho:

LX.

Muy superior al espíritu que llamamos de condicion, hay un tercer espíritu, el mas raro de todos, precisamente en las circunstáncias en que nos pudiera ser mas útil. ¡Hay tan pocas personas que consiéntan en tener el espíritu propio de su edad! Nótese, pues, bien que todas estas disposiciones habituales del ánimo que hemos puntualizado, espíritu de conducta, de condicion y de edad, no son en realidad sino una misma cosa, considerada bajo tres aspectos diferentes; no son mas que la razon bajo tres puntos de vista distintos. En efecto, los tres entran de diverso modo á componerla, y, faltando uno de ellos, es imposible que suplan su falta los dos restantes. Veamos, sin embargo, lo que se quiere decir cuando se felicita á una persona por tener el espíritu propio de su edad.

LXI.

Desde luego se comprende que no pretendemos hallar este espíritu en los primeros dias de la vida. Un niño en los brazos de la nodriza no puede tener esos cuidados y esos deseos, que solo produce del desarrollo del entendimiento. Pero cuanto mas se estúdia el hombre y la vida, mas profunda encontramos aquella hermosa expresion de Molière: "¡El mundo, querida Inés, es una cosa extraña!" Generalmente creemos, pues, haberlo adivinado todo, y tener asida la punta que ha de desenredar la madeja embrollada á la que

antes dábamos vueltas sin poder conseguir cosa alguna. Nos preparamos á rehacer la obra de Dios—porque el moralista parte ordinariamente de este principio: todo se ha vuelto malo y es preciso trabajar para que todo se vuelva bueno—entonces se tira del hilo, y sin reparar que se enreda y se empelotona, se sigue tirando, solo porque sigue saliendo, hasta que, en medio de nuestro trabajo, el hilo se rompe. ¡Trabajo perdido! No era esta la punta que se necesitaba, y es necesario volver á comenzar la obra destruida. Nunca se contenta el hombre con ser lo que es, ó, á lo menos, con parecerlo. Si tratais al niño como niño, al jóven como jóven, y al anciano como anciano, contrariais manifiéstamente, si es que no ofendeis, al niño, al jóven y al anciano. Solo hay un punto de estacion en la vida que todos aceptamos, y en el que todos quisiéramos estar siempre: aquel en que se supone que la vida se encuentra en toda su actividad y la fuerza en todo su desarrollo.

LXII.

Despues de lo que acabamos de decir, pudiera creerse que el dicho de Molière no tiene una completa exactitud, y que el hombre no es una cosa tan extraña, tan difícil de comprender y de explicar como lo han dicho una porcion de moralistas; pero esto nada quita á la verdad, á la profundidad del dicho de Molière. Molière no pensaba en el hombre, sino en los hombres, en la sociedad, y, sobre todo, en cierta porcion de la sociedad, en la cual la lucha de las pasiones es tan terrible, tan encarnizada, tan revuelta, que el hombre pensador no puede menos de hallar en ella cosas bien extrañas.

LXIII.

Hemos dicho, muy poco há, que no hay cosa tan difícil como tener el espíritu propio de la edad en que se vive; y sin embargo, ¡que contradiccion tan extraña! no hay cosa mas sencilla, ni que se encuentre mas en el órden lógico y natural de las cosas. Acaso lo que vamos á decir parezca un juego de palabras, pero lo diremos sin embargo: tener el espíritu propio de la edad no es otra cosa que tener el espíritu, los deseos, las intenciones correspondientes á aquella edad. Y esta felicidad, como realmente debe llamarse, depende principalmente de nuestros padres. Nosotros no hacemos mas que continuar durante la vida el camino que principiamos á andar bajo las indicaciones y la ayuda de la robusta mano de nuestros padres.—Muchos de estos se encantan, ciertamente, al oir decir de sus chiquillos.—"Es tan grave y tan sério como un hombre; tiene todo el aplomo y la habladuría de una mujer:" ¡tontos! ¡tontos! permitásenos la expresion: creen sin duda que esta gravedad, este aplomo, son los indicios de una razon precóz, y se olvidan, en el delirio de ese cariño mal entendido, de que una fruta precóz jamás vale tanto como el fruto en su sazon, y de que los niños que parecen un prodigio de sabiduria á los diez años de edad, son regularmente unos idiotas á los veinticinco. Cuando esta seriedad es natural, cuando el niño es realmente observador, meditabundo, inteligente, no por eso deja de jugar, aunque juegue con seriedad; y si raciocinia mas que los otros, sus razonamientos, sus ideas, su lenguage, son siempre los de un niño. Dejarles entrever algo mas allá, persuadirlos de que pueden conocer mas y animarlos á

ello, es falsear su juicio, porque se les separa de ver como ven, y de sentir como sienten. A los veinte años querran ya dirigir á la espécie humana, á los treinta estaran henchidos de orgullo y de altanero desden; y cuando llegue aquella edad en que el hombre solo vale por su inteligencia, por sus cualidades morales, por su habilidad en no presentarse á la vista de los demas, sino bajo el aspecto agradable y bajo la favorable impresion de sus buenas cualidades, estaran ya cansados de aburrimientos y envejeceran en una cólera perpétua.

LXIV.

Gustamos mucho de hallar á los niños ingénuos, francos, vivos, petulantes, revelándose á veces contra el reposo físico y aun (sea dicho para los papás) contra la obligacion del trabajo intelectual, que debe imponérsele con cierto sistema. Despues nos gusta tambien ver á la alegre juventud tomar á sus anchas posesion de la vida, contar los dias perdidos como dias de placer, gastar inútilmente una sensibilidad tanto mas profunda, cuanto es mas expansiva, y dejar que se evapore libremente ese calor propio de una sangre rica y de una sávia vigorosa. Dejad, decimos nosotros, dejad entonar esa fresca poesía de los veinte años, himno de amor y de fé que eleva el corazon á todo lo que es bueno, á todo lo que es bello, es decir á la naturaleza entera; pero todo es bueno, todo es bello, cuando la esperanza está aun en flor. El placer es el corazon en medio del festin: el corazon no se agita sino por el bien y para el bien: el bien no está en el recogimiento y en la tristeza. Sin duda alguna es necesario saber imponerse y sufrir una y otra de estas dos

cosas; pero no debemos hacer de ellas el objeto exclusivo de nuestra vida.

LXV.

Es verdad que la infáncia y la juventud muy pocas veces toman el disfraz de la edad madura, cuando la vejez adopta muy frecuentemente el de esta última, si no el de la juventud lozana. Esto sucede, porque, cuando hay que ejercitar ėl derecho de eleccion entre dos riquezas, es mucho mas fácil abstenerse de ejercerlo, que cuando podemos escoger entre una riqueza y lo que se considera como una miséria. El jóven, que posee en su juventud una riqueza, se abstiene de utilizar su derecho de eleccion sobre esa ótra riqueza, que es la edad madura; pero la vejez se considera una pobreza con respecto á la juventud, y asi, envejecer, es para algunas personas una desgracia que, á falta de médios para evitarla, la niegan á lo menos con obstinacion decidida. No sin intencion hemos reunido aquí las palabras vejez y envejecer, que ciertamente no significan una misma cosa. Para las mujeres, por ejemplo, la vejez nada significa; pero el envejecer es un estado de transicion, que jamas aceptan.—La vejez es una posicion marcada y decidida: cuando se ha desarrollado completamente y es una cosa manifiesta y clara, se resigna la mujer á esta posicion, acepta el nuevo papel adecuado á este carácter, y no pocas veces lo desempeña con buenos resultados. Pero ese estado á que se llama envejecer, en que se pierde cada dia alguna ventaja; en que un pliegue accidental en el rostro puede ya interpretarse como una arruga; en que un descuido en el peinado puede descubrir algunos cabellos blancos; en que no se tiene ya el derecho de

ser jóven, sin verse todavia en el estado de ser vieja; en que se vive entre un recuerdo y una lágrima, he aquí el mas cruel de los suplicios á que puede verse condenada una mujer. Las mujeres, pues, y con ellas un gran número de hombres, que son mas mujeres que ellas, pasan su vida, no en conjurar la vejez que pretenden esperar á pié firme, sino en hacer toda clase de esfuerzos para no envejecer.

LXVI.

¿Qué es, pues, la vejez? ¿Qué es envejecer? ¿Se puede llegar á aquel estado sin haber pasado antes por este? ¿Estas cosas son tan distintas en la realidad como acabamos de suponerlo? ¿No existe mas consuelo para ellas que la resignacion á la ley de la naturaleza? Es indudable que el alma viene al hombre tal como ha de permanecer en él eternamente; pero el alma no vive, porque la vida es una sucesion de actos que parten de un punto ó de un hecho para llegar á otro: el alma existe. Por el contrario, el cuerpo que es su envoltura material, vive y tiene, como todas las cosas materiales, una formacion, un desarrollo ó crecimiento, una época de decadencia y un fin. Mientras el cuerpo está en el período de desarrollo, es jóven; envejece despues que entra en el período de decadencia; y es viejo cuando se halla ya muy adelantado este período. Muchas causas pueden hacer que, en el mismo individuo, sea este período, llamado de decadencia, una época de mas fuerza y vigor que el período del desarrollo; asi como otras muchas causas pueden hacer que el fin de la vida venga en cualquier momento del primero ó del segundo período: en todas las edades se muere, pero esto

no altera nada el fondo de las cosas. El decáimiento lleva consigo la alteracion de la fuerza. El que haya personas que disfruten en este período mejor salud que en los anteriores, no contradice este principio. Los órganos funcionan mejor que lo hacian antes; pero no tienen las cualidades que hubieran tenido, si algunas causas excepcionales no hubieran estorbado su accion durante la juventud, ó impedido su desarrollo.

LXVII.

El alma, inmutable en su naturaleza, no puede perder fuerza alguna durante la vejez del cuerpo, á la manera que tampoco puede aumentarla durante la juventud; sin embargo, como manifiesta su accion y su existencia por medio de los órganos, sus manifestaciones se modifican necesariamente, segun el estado en que los órganos se encuentran. Estos, sin embargo, y segun la distincion que antes hicimos, no representan todos el mismo papel, y es, por lo tanto, indispensable que los que sirven á la existencia moral, no solo no experimenten, por consecuencia de la edad, las mismas alteraciones, que los que sirven particularmente á la existencia física, sino que contraen una clase de experiencia que los hace mas seguros en su oficio, hasta que, sometidos, como todos los demas, á la ley que rige toda la materia, se embotan poco á poco, ejecutan con mas dificultad sus funciones y decaen al fin completamente. Asi, pues, del mismo modo que, en la juventud, se puede observar la desigualdad en el desarrollo de las dos naturalezas espiritual y material, puede notarse en la vejez el decáimiento desigual de estas dos naturalezas. Un anciano es ya débil de cuerpo, cuando su naturaleza

moral está todavia vigorosa, y este vigor, que no es, sin embargo, el de la juventud, que nó se lanza ya en el porvenir, sino que se consagra á examinar y juzgar lo pasado, sacando de él una provechosa enseñanza, persiste por lo regular hasta que llega el último instante de la vida. El envejecimiento físico es, pues, mas rápido y visible, que el moral; y puesto que la existencia moral es la que, en realidad, nos proporciona la felicidad ó la desgracia, es evidente que del cuidado que pongamos en esta última, cuando sus fuerzas vitales estan aun en todo su vigor, depende enteramente el buen ó mal estado en que nos encuentre la vejez.

LXVIII.

He aqui en pocas palabras lo que se entiende por envejecer y lo que es la vejez; pero esto no nos dice si es posible no envejecer ó disimular que se envejece, ó bien si no existe otro remedio para este mal, que la conformidad á la ley de la naturaleza.—Preguntar si es posible no envejecer, es hacer una pregunta ociosa y ridícula, porque no se puede pasar repentinamente de la juventud á la ancianidad. Preguntar si puede disimularse el envejecimiento, tampoco es mas prudente ni sensato. Ni el hombre ni la mujer, en la decadencia de la vida, pueden dar á su entendimiento y á su imaginacion la fuerza que imprime una curiosidad que cuenta con un largo porvenir para satisfacerse. Aun cuando pudieran conseguir que mintiera su rostro, les haria traicion su apariencia exterior, que descubre siempre la manera de sentir, porque se modifica segun la vária expresion de los sentimientos. Por otra parte, es imponerse una penosa carga

y procurarse constantes motivos de afliccion y de pena, el empeñarse en sostener una mentira que uno mismo ha de descubrir á cada paso, y sin poderlo evitar.—Pero ¿cómo nos consolaremos, al menos, de esta dura necesidad de envejecer? Si esperamos para ello á que llegue el momento, no nos consolaremos nunca; por el contrario, si nos vamos preparando á este suceso durante toda la vida, el momento llega, y aun pasa sin percibirlo.' ¡Y qué! ¿hemos de tener delante toda la vida la lúgubre perspectiva de esta aterida ancianidad, en la cual no vemos otro mundo que el que existió en otro tiempo para nosotros? Sí: debemos tenerla delante toda la vida, usando bien de esta, y preparándonos á recibir una muerte santa y pacífica.

LXIX.

¡Morir! qué palabra, Dios mio! ¿Acaso es tambien un deber el morir? No: morir no es un deber, es una necesidad; pero el deber consiste en prepararnos á morir bien, es decir, á preveer la eternidad que espera á nuestra alma, y á alcanzar la dicha de esa eternidad, que encierra un castigo para el culpable y una recompensa para el virtuoso. Asi, no nos engañemos, pues, en esto: acaso no hay asunto de meditacion mas dulce y consolador que el de la muerte; pero es necesario, para que lo sea, tener fé en la inmortalidad del alma y en un Dios remunerador. La muerte, tal como la entienden los materialistas (únicos que nos podrán increpar de . . . . al hablar sobre este asunto), no es un consuelo, porque es un completo anonadamiento, y lo que se anonada no puede sufrir consuelos ni tormentos.

LXX.

Dícese que muchos de los ancianos de la antigüedad pagana evitaban pronunciar la palabra *muerte* en sus conversaciones familiares. Esta palabra les recordaba una idea triste y desagradable—la idea de una destruccion completa. La creencia de la inmortalidad del alma se hallaba entonces menos generalizada que lo está en el dia. Los tratados de filosofía no tenian sino un corto número de lectores, y los dogmas religiosos que envolvian aquella creencia, ocultos bajo formas alegóricas, no tenian la claridad y la precision necesarias para que pudieran comprenderlos las masas del pueblo. Difundido el cristianismo, el hombre mas ignorante sabe que hay en él una alma inmortal, emanacion del Criador supremo: la palabra muerte no despierta en él la idea de destruccion ni de anonadamiento, sino la de remuneracion, porque ¿qué significaria la inmortalidad del alma, qué significaria la libertad de opcion que nos ha quedado entre el bien y el mal moral, si, de cualquier manera que obrásemos, hubieran de resultar para nosotros las mismas consecuencias? Reflecciónenlo bien todos aquellos á quienes asusta la idea de la muerte: ó no creen en la inmortalidad del alma, y entonces, echan por tierra toda la economía de la creacion; ó, si creen en esta inmortalidad, se acusan de un miedo que hace dudar mucho de su valor moral.

LXXI.

Las nociones del bien y del mal, el sentimiento de la libertad del alma, la conviccion íntima de la ley del deber, el conocimiento de todos los

deberes que impone al hombre su naturaleza física y moral, el cuidado de la salud de los órganos, el esmero en procurarse la felicidad, el espíritu de conducta, de condicion y de edad, todo esto no es nada, no conduce á nada, no es mas que un tema dogmático, friamente aprendido y destinado á no tener aplicacion alguna, si no hay otra cosa que venga á fecundizarlo y darle calor, animacion y vida. ¿Qué es, en efecto, el hombre sin el sentimiento religioso? ¡Oh! este sentimiento sin el cual todo permaneceria frio y muerto, sin el cual el universo no seria mas que una pobre y usada máquina cumpliendo á ciegas su ignorado destino! Despertad, pues, este sentimiento en el niño que le alimenta, en el jóven á quien consuela y en el anciano para quien es su esperanza....

LXXII.

El entendimiento del hombre no es tan vasto como se le quiere hacer creer para lisonjear su vanidad. En él mismo reside una conviccion tan íntima de su limitado poder, que, no bien se apodera de una idea, cuando ya la ha fijado con un nombre, le ha buscado un emblema, ó le ha ajustado una envoltura, bajo la cual puede hallarla en caso necesario y examinarla de nuevo. La filosofía misma, penetrada del mas profundo respeto, hácia las ideas grandes y saludables; la filosofía, á quien se debe la exacta apreciacion de estas ideas; la filosofía, aun cuando dócil y creyente, se inclina ante la obra moral de Dios, del mismo modo que ante la obra material; no está exenta de injustas sospechas; y sin embargo, cuanto mas avanza, tanto mas hace brillar á la religion en la grande y santa acepcion de esta pa-

labra. Por ella han pasado, para llegar hasta Dios, los homenages mas profundos y nacidos del mas íntimo convencimiento: sus errores mismos tan frecuentes á la humanidad en el descubrimiento de todas las verdades, han confirmado á esta misma humanidad, que entonces ha elevado su ferviente oracion á Dios, para que no se oculte á la fé escudriñadora, y ha estrechado mas y mas los vínculos del amor entre los miembros que la componen. Es cierto que la filosofía no ha dado un nombre particular á Dios; pero Dios es para ella *Lo que Es*, la sublime esencia de todas las cosas, y trémula y confundida ante la inmensidad de esta idea, no sabe mas que creer, adorar y alabar al Ser Supremo.

LXXIII.

Desgraciado del hombre que no ve nada mas allá de esta vida, que se hace sordo á la voz interior que le revela la existencia de un Dios creador y remunerador. Mientras que todo en su derredor se dispone y se ordena bajo la inspiracion de esta idea, protectora á la vez de los dichosos y desgraciados, él lucha en vano consigo mismo para mantenerse ageno á ese movimiento que lo arrastra; y, no conociendo el verdadero bien ni el verdadero mal, flota á merced del viento, estrellándose contra todas las rocas, abandonado á su propio impulso y á su propia desgracia, sin encontrar en sí un consuelo, que no piensa pedir ni recibir de sus hermanos. Tener religion es el primero, el mas imperioso de nuestros deberes, y esto nos manifiesta de un modo bien claro y terminante que el deber es una ley de amor, una fuente de toda felicidad.

LXXIV.

Tener religion no se reduce únicamente á profesar tal ó cual creencia sobre el alma y sobre esta ó la otra vida: consiste ademas en tener la mas alta idea posible de esta alma, y comprender, por consiguiente, que la inteligencia no puede proceder sino de otra inteligencia, que esta no puede acabar nunca, ni existe sino bajo la condicion de ejercer cierta libertad; que el ejercicio de esta libertad induce necesariamente á la idea de un bien que preferir y un mal que rechazar; y en fin, que esta libertad no tendria objeto ni intencion alguna, si sus determinaciones hubiesen de producir constantemente el mismo resultado, ora se manifestasen en sentido del bien, ora en sentido del mal. Miremos, pues, en derredor nuestro, y veamos cuántas personas, que se tienen por muy religiosas, y que en efecto hacen esfuerzo para ello, ignoran el modo de hacer amar el bien que ellas creen, sin embargo, practicar. Veamos tambien (porque el mundo nos ofrece ejemplos de toda clase) lo que quieren, lo que pueden y lo que hacen otras personas que no se toman los cuidados que las primeras, y se atienen á la letra muerta de las prácticas exteriores. Se ha dicho, hablando de un hombre verdaderamente religioso.—"El ha experimentado todas las alegrias y sufrido todos los tormentos por que puede pasar el corazon del hombre, y no se ha dejado embriagar por las unas ni abatir por las otras. Ha conocido la opulencia y la miseria, y ni la primera lo ha enorgullecido, ni la segunda lo ha humillado. Hijo, hermano, esposo y padre, feliz, ha perdido á su padre, á su hermano, á su mujer, á sus hijos, y ca-

da vez que se ha desprendido de él uno de esos pedazos de su corazon, el último adios que de ellos recibia le daba nueva esperanza y nueva vida. Ha tenido muchos que se han llamado sus amigos; pocos le han sido fieles despues de verlo abatido; pero él jamas ha acusado á ninguno de ingratitud: ha sentido su pérdida, porque algunos le dejaban cuando él podia serles útil; y respecto de otros, aun no habia tenido bastante tiempo para serlo; de todos, en fin, porque los amaba tiernamente. Mezclado en los negocios públicos de su país en una época en que era peligroso poner á prueba las convicciones, no ha habido que echarle en cara un solo acto de vacilacion ó de tibieza, una sola muestra de parcialidad en detrimento de sus adversarios; y cuando, ya anciano y pobre, ha vuelto á entrar en su ingrato país, bajo una condicion simple y oscura, nadie ha manifestado una sola queja, y ha muerto al fin como habia vivido, con la sonrisa en los labios, la esperanza en el corazon y el alma elevada hácia el cielo. ¿Era acaso la razon sola la que daba tanto valor, tanta sabiduria? No en verdad: este hombre era religioso. La inteligencia humana, y en su lenta, pero incesante y progresiva marcha, la humanidad con su grandeza y sus debilidades eran para él otros tántos misterios, que adoraba en la sencillez de su corazon."

LXXV.

Sin religion no puede haber sentimiento alguno de dignidad humana. Nadie trepida, sin embargo, en colocar este deber en el número de los mas santos. Acúsense estos pensamientos de orgullosos en buena hora: dígase que no son otra cosa que un arranque de vanidad: no por eso de-

jaremos de repetirlos con voz mas fuerte, con acento de conviccion mas profunda. El tiempo de la humillacion extrema ha pasado ya; y todo hombre debe de tener hoy el mas profundo sentimiento de su propia dignidad. No hay mas que algunos puntos diseminados sobre la superficie del globo donde la opresion sea sistemática, y se vea obligada la Religion á arredrar á los opresores con la idea de su efímero poder, y á animar y sostener á los oprimidos con una prudente y meritoria resignacion.

LXXVI.

Todo se engrandece al rededor de nosotros en el mundo de la inteligencia, y todo en el mundo material concurre á ensanchar este poder. Un nuevo órden moral se establece por todas partes sobre las ruinas del antiguo, reconocido hoy como incompleto: el hombre no es ya lo que era en otro tiempo, ni como miembro de la gran familia humana, ni como hijo de su patria: tampoco lo es á sus propios ojos. No es un ser aislado que procura aumentar sus fuerzas materiales por una asociacion con otras fuerzas materiales: es una inteligencia que se comprende al fin, y se une á otras inteligencias, para encaminarse todas al mismo objeto, que es el de su mayor grandeza, y, con ella, la felicidad de todos en general y de cada uno en particular. Un filósofo, traduciendo la vaga inquietud que produce en algunos y las inefables esperanzas que inspira á otros esta transformacion, ha dicho: "Algo, que nosotros no conocemos, se agita y conmueve en el mundo: en esta obra hay sin duda alguna el trabajo de un Dios."—Este algo, es, pues, la caridad; no ya esta virtud ejerciéndose particularmente entre los in-

dividuos, no ese sentimiento basado en la piedad y en la conmiseracion, sino ese amor que enciende á la humanidad entera, esa pasion que halla su principal fuerza en la conciencia de la alta dignidad del hombre, en la conciencia del derecho del hombre á su propio respeto, y en la de los deberes imprescindibles y absolutos que le imponen la necesidad de conservar esa dignidad y de merecer ese respeto.

LXXVII.

Puede ser que ahora se nos comprenda mejor, si volvemos á decir: sin la religion no existe el sentimiento de la dignidad personal, ni del deber, ni las altas cualidades, ni las virtudes: no hay mas que pasiones, y, por consiguiente, no puede haber libertad en la razon. Al animal le importa muy poco la dignidad de su raza ó la de su especie, porque no existe sino como individuo aislado. La misma ley que lleva al átomo en alas del viento á fecundizar el vegetal inmóvil, hace buscar al animal, no una sociedad, sino un contacto pasagero. Por otra parte, el animal no puede tener sentimiento de dignidad, no conociendo su orígen, ni su destino. Y ¿cómo podria abrigar el sentimiento del deber moral el hombre que estuviese reducido á las mismas condiciones? ¿para qué, si ignoraba lo que es el bien, procuraria adquirir algunas cualidades morales? ¿cómo tendria este hombre virtudes, es decir, un amor ardiente y decidido por el bien? El conoceria los deseos inmoderados; pero estos deseos no tendrian por objeto sino lo que hay en nosotros de menos noble, la materia: solo los instintos se desenvolverian en él fuertes y poderosos. ¿Qué seria, pues, de su pobre razon, si tratára de entrar en lucha con tan temibles enemigos?

LXXVIII.

Y téngase esto bien en cuenta: la idea religiosa no se refiere tan solo á las cosas santas, á las cosas de Dios y á la autoridad, sino á todas las cosas que son consecuencia del sentimiento que tiene el alma de su propia conciencia y de su propia dignidad. Por eso, cuanto mas instruido es un hombre, es á la vez mas religioso; y cuanto mas religioso, mas moral y mas sábio; es apreciador de sus derechos y de sus deberes, hasta el punto de no separar nunca los unos de los otros.

LXXIX.

Es una especie de moda decir mucho mal del tiempo en que vivimos. No parece sino que nuestros abuelos fueron ángeles de candor y modelos de virtud. Si las injurias que prodigamos á los tiempos presentes pudieran ser conducentes á mejorarlos, entonces se comprenderian, aunque deplorándolas siempre, esas monstruosas falsedades históricas; pero sucede precisamente lo contrario. ¿Quiénes son los que maldicen del presente y lo calumnian? Los mismos autores de los males que se producen, esas gentes para quienes son inútiles las grandes y sublimes lecciones de fraternidad y de respeto á todos los derechos que ofrece nuestra sociedad, la mas verdadera y sinceramente religiosa de todas las sociedades.

LXXX.

El hombre es tan poca cosa considerado en sí mismo, que se hace imposible aislarlo de sus se-

mejantes desde el momento en que se estudia su parte mas noble, que es la inteligencia. Hemos dicho ya, á propósito de los deberes del hombre con relacion á su naturaleza física, que completatariamos este primer capítulo observando cuales son los deberes del hombre respecto á su naturaleza moral; y he aquí que, para examinar el nuevo tema, se necesita considerar al hombre en sus relaciones con los demas. ¿No parece, desde luego, que esta obligacion es la mas elocuente de las pruebas de esa reciprocidad constante que hemos indicado al comenzar este trabajo, puesto que el deber, aun cuando aparece mas personal y mas egoista imponiéndonos nuestra conservacion personal, no tiene sentido ni valor alguno sino por la reciprocidad del bien que existe entre nuestros hermanos y nosotros? Examinemos, pues, al hombre en sus relaciones con los demas hombres, es decir, tratemos de clasificar y de definir los deberes sociales y los deberes públicos.

LXXXI.

Pero séanos permitido detenernos un instante en este lugar, y reconcentrar un instante nuestro pensamiento.—Todo lo que hemos olvidado se presenta en tropel á nuestra memoria. Todo lo que hemos dicho quisiéramos repetirlo de nuevo. Es verdad que seria para dar siempre los mismos consejos, para hacer las mismas advertencias; pero quizá bajo una forma mas palpable, apoyados en argumentos mas sólidos, y que hiriesen con mas fuerza las cuestiones propuestas. Entonces hallariamos quizá un lugar mas á propósito que este, para recordar un consejo que han dado siempre todos los sábios, para recordar que el secreto del cumplimiento de todos los deberes estriba en

el *estudio de sí mismo.*—Y ¿de dónde procede, en efecto, que tantas personas, profundamente instruidas en moral, llevan sin embargo una vida tan poco conforme con sus saludables preceptos? —¿De donde procede que tantas personas, muy sensibles al bien que se les indica, y dispuestas por otra parte á reconocer la seguridad de las reglas que se les traza, dejan de hacer este bien, y parece que no tienen nunca presente esas reglas cuando se trata de aplicarlas?—De que estas personas jamas se han estudiado á sí mismas. Debemos, pues, pensar seriamente sobre esto. Rara vez nos hacemos duras reconvenciones, ó nos trasportamos fuera de nosotros mismos para examinar con detencion nuestras ideas y nuestros sentimientos, para desarraigar nuestras preocupaciones, y para procurar los medios de modificar nuestra opinion y nuestro carácter, á fin de hacernos verdaderamente dignos de servir de ejemplo á esa sociedad, cuyos destinos pretendemos dirigir desde la altura á que nos eleva nuestra exagerada vanidad.



SECCION SEGUNDA

DEBERES SOCIALES.

I.

IDEAS GENERALES.

I.

Despues de haber considerado al hombre en sí mismo y haber examinado sus facultades físicas y morales, vamos ahora á estudiarlo como miembro de la sociedad y en sus relaciones con sus semejantes. Esta segunda seccion de nuestro tratado no será, pues, para nosotros tan trabajosa como la primera, en la que, á cada paso, nos hemos visto precisados á aislar al hombre de la sociedad, y á presentarlo obrando siempre sobre sí mismo, sin mas objeto que el de su propia individualidad, sin realizar, por consiguiente, mas que la mitad de su destino. Mucho mas fácil y sencillo se nos ofrece su estudio, considerándolo en la aplicacion de su actividad á la felicidad de todos los que le rodean y á la suya propia, en el entero y cabal cumplimiento de su destino sobre la tierra. Por esta causa no presentaremos en adelante al deber como freno de la libertad individual; pero brillará en todo su esplendor, como la ley de reciprocidad, base fundamental de todo derecho, principio de ese amor que Dios ha puesto en

nuestros corazones, para que forme el sagrado vínculo de la humanidad y sea el móvil de las acciones virtuosas y santas.

II.

Lo dicho anteriormente nos dispensa de explicar ahora por qué el hombre, la criatura inteligente por excelencia, es al mismo tiempo la criatura sociable por excelencia. Baste observar que la segunda cualidad es en él de tal modo inherente á la primera, que esta se debilita á medida que aquella cuenta con menos facultades para su cabal ejercicio. Este fenómeno se observa cada dia en aquellos desgraciados á quienes, la severidad de la justicia ó las vicisitudes humanas, separan de toda comunicacion con sus semejantes. Cuando la inteligencia carece del contacto que la despierta y fecundiza, cede poco á poco su lugar al instinto, que obra con tanta mayor actividad, cuânto mas desfallecida se encuentra aquella facultad en el hombre: este olvida entonces su orígen, su mision, su porvenir; y desciende, sin conocerlo él mismo, á la categoria de los simples animales, que no tienen sino apetitos groseros, destinados á satisfacer las necesidades de una existencia puramente material.

III.

Pudiéramos hacer una exacta aplicacion de estos principios al estado de inferioridad en que se encuentran, respecto de las demas, algunas naciones y familias. A medida que los individuos que las componen asocian su poder y sus facultades intelectuales; á medida que se abaten y destruyen las barreras que levantaron algunas de estas

naciones, creyendo hallar en su aislamiento la seguridad de sus intereses; á medida que cada una de ellas se comunica con las demas y todas entre sí, se desarrolla su actividad moral, se arregla de una manera conveniente su actividad física, se obtienen mayores y mas provechosos resultados con menores fuerzas; el mundo de la inteligencia, mas accesible para estas naciones, les descubre los secretos del mundo material; el juicio se rectifica, se mejoran las costumbres, se desarrollan las artes, se purifica el gusto, adelantan las ciencias, y la humanidad, elevándose de dia en dia á aquella region sublime donde el espíritu de Dios le comunica de cerca sus celestiales inspiraciones, forma una idea mas alta de su destino, y se respeta mas en sí misma y en cada uno de los miembros que la componen.

IV.

Increible parece que algunos escritores, á quienes por otra parte no negaremos la buena fé y una ilustracion completa, hayan podido calumniar la civilizacion, es decir, aquel estado en que la sociedad se toca por todos sus puntos de contacto. Esto no es mas que sacrificar á la vana satisfaccion de hacer valer un capricho, brillante quizá, pero siempre peligroso, la verdad de todos los raciocinios, desfigurados generalmente con la idea de inducirnos á variar nuestras costumbres. Con efecto: ¿á qué viene fatigarnos tanto para alcanzar el bien, si esto nos es imposible mientras que continuemos obedeciendo á la ley de la naturaleza, mientras permanezcamos en el estado de sociedad? ¿No valdria mas dejar que se arruinasen nuestras ciudades, que se inutilizasen las carreteras, que se encenagasen los canales, y dis-

persarnos en seguida por los campos, en el estado de salvaje libertad, olvidando nuestro pasado, nuestras artes, nuestras ciencias, nuestras leyes, y destruyendo asi, de un solo golpe, la obra lenta y trabajosa que han levantado las generaciones precedentes? En estas locuras piensan tranquilamente algunos idealistas, por mas que parezca ridículo soñar en una empresa siempre temeraria y absurda, aun cuando pudiera realizarse. En efecto, no bien hubiéramos logrado llevarla á cabo, cuando nuestros hijos, maldiciendo nuestra fiebre de barbárie, se llamarian unos á otros, se reunirían para reedificar sobre las ruinas que les habriamos dejado, nos exhumarian quizá para interrogarnos acerca la causa y el remedio del delirio que se habia apoderado de nosotros; y despues de haber restaurado con sus esfuerzos nuestra malhadada patria, la animarían otra vez al calor de esa civilizacion mal apagada y oculta bajo nuestras impías cenizas.

V.

Las costumbres, contra las cuales se ha declamado tánto y con tánta razon las mas veces, no son una consecuencia del estado social, sino del partido que nosotros sacamos de ese estado. Este no basta por sí solo para hacer buenos á los hombres, aunque tampoco empeora su natural condicion. El estado social es tal como quieren hacerlo los hombres: recibe lo que estos traen á él, y devuelve lo que le dan á guardar; hay en él, como en todas las cosas grandes ó pequeñas de este mundo, sus condiciones de existencia que, segun se llenan con mas ó menos exactitud, hacen de él una fuente de continuos goces ó un principio de eternos sufrimientos. Examinar estas con-

diciones, para cumplir con ellas; discernir el bien, para hacerlo constantemente; traer á la gran asociacion que forma la humanidad, la mayor suma de utilidad posible; tales son los deberes á que damos el nombre de sociales, no para designarlos como diferentes de los que hemos llamado deberes privados, sino para indicar que se refieren á un órden de cosas y de hechos mas complicado.

VI.

Considerándolos bajo el punto de vista mas extenso, los deberes sociales tienen por objeto la humanidad entera, sin distincion de razas, de naciones, ni de familia. Sin embargo, como ese ser abstracto que se llama humanidad es demasiado complicado para que los espíritus puedan abarcar y tener presentes á la vez sus diversas exigencias, conviene clasificarlo en distintas porciones, para que el hombre pueda conocer el cabal contacto en que se halla con cada una de ellas. Y á la manera que la familia acoje al hombre antes de conocerlo su patria, y no tiene este conciencia de la humanidad sino despues de haber apreciado los beneficios de las dos primeras clases de asociaciones, asi el órden de exposicion que seguimos en este asunto tiene su punto de partida en la familia, y su último término en la humanidad. Ciertamente, seria de desear que pudiera procederse de otro modo, y llegará un dia, á no dudarlo, en que, hallándose mas generalizados los principios sociales, el hombre comprenderá que es, ante todas cosas, un ciudadano del universo, y no será necesario recomendarle que debe trabajar por la felicidad de sus hermanos y de sus amigos.

VII.

Por otra parte, es imposible que, el que es buen hijo y buen hermano, no sea al propio tiempo buen ciudadano, un miembro útil á la humanidad entera. Califican algunos de mezquino y reducido el espíritu de familia, el de ciudadania y aun el de nacionalidad misma; pero esto es enteramente inexacto: solo hay mezquindad y pequeñez en el pensamiento que tiene por único objeto el bien material del que lo concibe, y ese pensamiento recibe siempre su castigo. Un padre de familia podrá buscar el bien de sus hijos y de sus parientes en aquello que pudiera perjudicar á su patria; pero no pasará una generacion sin que esa familia expíe duramente su falta. Un soberano, el mandatario de una nacion, podrá atentar á los derechos de los demas pueblos, en utilidad de aquel á quien gobierna; mas no conseguirá por esto resultado alguno: él vivirá todavia mas que su obra, si es que al desplomarse esta no lo deja envuelto y sepultado entre sus ruinas.

VIII.

Debemos observar, pues, si queremos formar una idea exacta de los deberes sociales, que nuestro modo de obrar respecto de los demas, es enteramente distinto de la manera como obramos sobre nosotros mismos. En el primer caso, la accion es sencilla, al paso que es doble en el segundo: porque, si bien somos activos para la sociedad, influyendo sobre ella con nuestra manera de ser, somos tambien pasivos respecto de ella, experimentando los efectos de su influencia.

II.

DE LA FAMILIA.

La patria y la humanidad son siempre para nosotros seres colectivos. Cada uno de nuestros compatriotas tiene sobre nosotros algunos derechos, que resultan de esa posicion particular; cada miembro de la humanidad se presenta á nosotros revestido de ciertos derechos, que no podemos menos de recomendarle; pero esta distincion entre el ser individual y el ser colectivo no es aquí tan marcada, sino en cuanto concierne á la familia: esta nos toca mas de cerca, y cada uno de sus miembros nos impone aun otros deberes distintos, segun el lugar que ocupa en ella; de suerte que no tenemos iguales deberes respecto á un hijo, que respecto á nuestro padre. Conviene, por lo tanto, dividir los deberes respecto á la familia en generales y particulares. Llamamos deberes generales á los que resultan del estado de familia, haciendo abstraccion de las individualidades que la componen, y deberes particulares á los que tenemos que llenar respecto á cada uno de sus individuos.

III.

DEBERES GENERALES.

I.

Para formar una idéa exacta de los deberes que reclama el estado de familia y de los derechos que nos asegura, en cambio de esos deberes, es necesario tener antes una idea de lo que cons-

tituye la familia, de los elementos que la componen, del principio que la rige, y del fin á que ha sido destinada por el Creador Supremo.

II.

Una familia es la reunion de algunos individuos que, siendo el uno respecto de los otros padre, madre, hijo, hermano, hermana, son en cierto modo la multiplicacion de una misma existencia: pues la del padre y la de la madre no son otra cosa que la mitad de la que se halla reproducida en cada hijo. Los lazos que unen á estos seres que han dado la existencia, con aquellos que la han recibido, y á estos últimos entre sí mismos, como partícipes de una existencia dividida entre todos, hacen nacer ese sentimiento que en verdad no expresa debidamente la palabra *afeccion*. La afeccion se encuentra, si bien lo miramos, fuera de la familia; puede aumentarse, disminuirse, y aun apagarse de tal modo, que apenas nos queda de ella mas que un insignificante recuerdo: y el sentimiento que une entre sí al padre, á la madre, al hijo y al hermano, es, por el contrario, indeleble y profundo, siendo de observar en él que, aun cuando parece haber perdido su primitiva vivacidad, basta cualquiera circunstancia, cualquier accidente inesperado, para hacerlo renacer en toda su fuerza. Este sentimiento es algo mas que una simple afeccion; es un compuesto de esa inefable ternura con que aman los padres á sus hijos, de ese cariño respetuoso que profesan los hijos á sus padres, y de ese amor tierno y sencillo con que se quieren siempre los hermanos; fortalecidos todos estos sentimientos con la íntima conviccion que todos abrigan de la profunda moralidad que en ellos se

encierra, ademas de los dulcísimos consuelos que derraman sobre los corazones de aquellos que los profesan sincera y verdaderamente. La familia, como hemos dicho antes, es ese dulcísimo nido siempre abierto para todos, cuya blandura convida á disfrutar en él las alegrias de la vida, y cuyo calor nos depara un consuelo y un abrigo en los dias de deshecha tormenta. ¡Oh! Bienaventurados aquellos para quienes la palabra de padre, madre, hijo y hermano, significan algo mas que la fria enunciacion de un grado de parentezco, ó de un lugar en la escala genealógica. Dulce es sin duda alguna la amistad; pero la familia es una cosa aun mas dulce todavia. Ella nos adopta en cierto modo antes de nuestro nacimiento, y, si el hombre no se confunde en el seno de ella como en el seno de la amistad—dado que encuentre alguna vez esa amistad, que en vano busca constantemente sobre la tierra—en cambio, la familia nos confunde en sí misma con tan sincera efusion, nos dá tan generosamente una parte del nombre y de la estimacion que ha conquistado en el mundo, nos asocia con tánto agrado á sus alegrias y á sus consuelos, que, francamente, no nos atrevemos á preferir la pasion de la amistad al tierno sentimiento de la familia.

III.

La familia seria muy débil y de duracion muy corta, si solo comprendiese en ella á los padres y á los hijos. Estos últimos, cuando llegan al estado de padres, no por eso deben olvidar que han sido hermanos, y las familias que fundan no deben ser extrañas unas y á otras. Los nietos, los tios, los sobrinos, los primos, ramas to-

das de un mismo tronco y en las cuales circula, por consiguiente, la misma sangre, extienden considerablemente las ramificaciones de la familia. La diversidad de intereses y de aptitudes que en ella se confunden, y que se aumentan de dia en dia, hacen de ella una asociacion poderosa, que centuplica las fuerzas cuyo aislamiento hubiera producido su decadencia, ante las dificultades que presenta el mundo intelectual y el material. A estos se unen todavia otros elementos de la mayor importancia. La historia de los tiempos antiguos se ha referido ya tantas veces, que todo el mundo sabe de memoria los hechos mas notables de ella: por eso no nos detendremos á exponer ahora cómo la mujer, despues de haber sufrido por largo tiempo en el estado á que la condenó la degradacion de su dignidad, llegó por fin al rango que Dios la habia designado, como igual y no como inferior al hombre, siendo este su protector y no su amo, y constituyéndose en ella el parentezco que enlaza las familias de los casados: ni diremos tampoco cómo, declarándose los hombres la guerra, se sigue á ella la esclavitud, modificándose por consecuencia la reparticion del trabajo, y naciendo de aqui la servidumbre doméstica. Solo recordaremos un hecho bien reconocido de todo el mundo, á saber: el de esa misma servidumbre doméstica, admitida hace mucho tiempo, y aun hoy dia, en algunas casas patriarcales, á constituir una parte de la familia. Los romanos añadian aun á estos elementos, bastante poderosos por sí solos, sus amigos, y esa numerosa porcion de protegidos ú obligados, á quienes designaban con el nombre genérico de clientes. Asi, en los bellos tiempos de su civilizacion, ofender á una familia ó adquirir derechos á su reconocimiento, era hacerse á la vez amigo ó enemigo casi de la nacion entera.

IV.

Las mismas necesidades que han desarrollado en el individuo la idea de la asociacion, y han dado orígen al establecimiento de la familia, han hecho que esta se asocie á su vez con otras familias y formen lo que llamamos un pueblo, ó una nacion, pero que designaremos aqui bajo el nombre de *sociédad política*, para marcar con mas precision nuestro pensamiento. Seguramente, no nos atreveriamos á dar el nombre de nacion á una asociacion compuesta de tres ó cuatro familias: y sin embargo, esta asociacion seria igual en su manera de existir á otra formada por algunos millones de familias. Se ha confundido con harta frecuencia la familia con la sociedad política, porque á ambas sirve de base el mismo principio; y no se ha tenido en cuenta que estas dos sociedades solo tienen de comun el fin de su existencia, siendo completamente diversos sus medios de accion. El papel que representa la familia en la sociedad política es el mismo que representa el individuo en la familia: y, á la manera que este se ve precisado á hacer, en muchos casos, entera abstraccion de su individualidad, en provecho de la familia, del mismo modo sacrifica esta sus intereses á la sociedad política, porque una nacion no puede abdicar jamas sus derechos en utilidad de una familia; pesan, pues, sobre la familia algunos deberes que no tiene la nacion, al paso que esta ejerce algunos derechos de que está aquella destituida; y no puede haber identidad entre dos asociaciones que no tienen los mismos derechos, ni los mismos deberes respectivos. Aun aparece mas marcada la diferencia entre la familia y la sociedad política cuando se estudia la

organizacion de una y otra. Y ¿cómo podrá decirse que el poder monárquico no es mas que el desarrollo puro y sencillo del poder paternal, ó que una república, ya aristocrática, ya democrática, es el desenvolvimiento de los principios que rigen en el interior de una familia? ¡Ah! ¡Singular mandatario seria aquel que, constituido en la posicion de un padre de familia, hubiera de atender con solo sus recursos á las necesidades de unos súbditos que, en un momento, pueden emanciparse de su autoridad, y constituirse en otros mandatarios iguales á él! ¡Extraña república aquella en la que el elemento aristocrático debe ser elegido entre los hermanos y hermanas, y en la cual el espíritu democrático debia desconocer, aniquilar enteramente la autoridad providencial del padre de familia! No: no confundamos dos cosas tan esencialmente distintas: la sociedad política obra sobre el individuo por medio de las masas: la familia, por el contrario, obra sobre las masas por medio del individuo: el principio que sirve de base á la primera es la justicia; el de la segunda es el amor.

V.

No se necesita explicar el fin providencial de esa sublime y santa institucion á que llamamos familia. Compréndese, desde luego, que ella constituye la primera de todas las asociaciones, la que viene á sacar al hombre de su aislamiento y le enseña á unirse para todo con sus semejantes, la que tiende á fomentar, á desenvolver, á propagar ese sublime sentimiento de la caridad mútua, que, despues de haber vivificado la sociedad política, se apodera de la humanidad en masa, la purifica, la engrandece, y la acerca á Dios, hasta

el punto en que la naturaleza altísima de Dios puede permitirlo.

VI.

La santidad de la familia es una cosa tan profundamente conocida de todos, en especial despues que las sociedades políticas aprecian mas y mejor las condiciones de su poder, que, cuando cada generacion nueva pasa por uno de esos movimientos sociales que afectan los intereses de todos, las pone siempre en alarma el peligro que puede amenazar á la familia. Hoy, es superior á toda descripcion el terror que excita esta idea.

VII.

Asi que, en ninguna época se ha oido á mayor número de personas exclamar con voz mas triste y dolorida:—¡Ay de nosotros! ¡La familia desaparece de la tierra! Bien proto no conoceremos sino por tradicion esa institucion fuerte y poderosa, que estamos ahogando bajo las miserias de nuestro tenaz y fanático individualismo.—Tranquilicémonos, sin embargo: esta desgracia no ha sucedido todavia, y ahora, menos que nunca, hay motivo para temerla. El individualismo, que debe condenarse en buena hora á la indignacion de los hombres sábios y entendidos, es una críse, pero no un mal incurable. Y ¿cómo podria sucsder esto cuando la caridad pública es tan previsora, tan activa? ¿Por ventura un padre, una madre, los hijos, los hermanos y los parientes, dejaran de ser nunca las personas próximamente allegadas en el mundo! Es indudable que la creacion de nuevos intereses y el establecimiento de nuevos usos y costumbres, á consecuen-

cia de la difusion de principios enteramente distintos de los que servian de base á las sociedades antiguas, tienden en cierto modo á modificar la familia; pero ¿deberemos concluir que está próxima á disolverse? ¿Deberemos inferir que nuestros padres se llevaron al morir el instrumento de la perfectibilidad humana? ¡Guardémonos bien de dar acogida á tan infundado pensamiento!

VIII.

Malísimo sistema es pintar el presente con colores horribles, que son, entre otros defectos, de una impropiedad reconocida. Lo es asimismo el de condenar el porvenir á la esterilidad y á la nada, porque no vemos en él los mismos medios de accion de que pudo disponer el pasado. Procuremos establecer la familia sobre las nuevas bases en que descansa la sociedad política moderna, y el porvenir la encontrará tan admirable y sublime como nosotros la imaginamos en sus tiempos primitivos.

IX.

Guardémonos, sobre todo, de abrigar esa funesta impaciencia, cuyos resultados acarrean generalmente tan trascendentales perjuícios. Por que una idea nueva llegue á estudiarse lo bastante en su esencia y en sus efectos para formar con ella una teoria, no debemos trasformarlo todo y arreglarlo todo en conformidad á este nuevo principio, aun cuando su exactitud parezca evidente y su aplicacion fecunda en útiles y ventajosos resultados. Este principio tiene que sostener con el órden de ideas establecido una lucha, tanto mas ardiente, cuanto que este recla-

ma en su favor la anterioridad, título de preferencia que todos se prestan á reconocer fácilmente, los unos por pereza, y el mayor número por ignorancia ó egoismo, cuando no por ambas cosas.

X.

La humanidad es muy jóven, si se considera cuán pocos siglos comprenden sus anales, en cuántos países se halla todavia en la infancia, y cuán recientes son sus adelantos en aquellos otros en que la civilizacion ha hecho mayores progresos. Es, por el contrario, muy vieja, si se calcula la duracion de su vida por el número de obstáculos que su inteligencia ha tenido que sobrepujar, antes de abrirse el anchuroso espacio donde ejerce hoy sus facultades físicas y morales. Cuarenta siglos le han sido necesarios para saber que, teniendo todos los hombres el mismo orígen y el mismo destino, son todos iguales entre sí, y para comprender que la asociacion es nada sin la fraternidad, que sirve de vínculo á los asociados. Otros diez y ocho ha necesitado despues para madurar este principio y aplicarlo á la sociedad política, no en todos, sino en ciertos y determinados puntos del globo, no pacífica y tranquilamente, sino de combate en combate, y señalando cada uno de sus pasos con la sangre de numerosos mártires. Pero, gracias á Dios, no debemos temer hoy tan terribles luchas, ni preveer que trascurrirá tan largo tiempo para armonizar la familia con la sociedad política moderna. Basta para ello tener buena voluntad, un poco de paciencia, y una prudente confianza en nuestras propias fuerzas, cuando nos dedicamos á practicar el bien.

XI.

Si nuestro verdadero interes, el interes mas positivo y mas urgente de todos, consiste en arreglarlo todo en derredor nuestro, de manera que, caminando todo en la misma direcccion y á un mismo paso, no tarde en realizarse en un punto la mejora verificada en otro, nuestro mismo interes no responde de la buena voluntad y de la paciencia para llevarlo á cabo. Pero no sucede lo mismo con la confianza en la fuerza de nuestros semejantes: el exceso de la que tenemos en nosotros hace que no depositemos ninguna en los demas; y quizá por esta causa se ha hecho tan de moda desconocer el bien que no practicamos nosotros mismos, y oscurecer el mérito de las acciones agenas, atribuyéndolas á motivos interesados y viles.

XII.

Yerran grandemente esos espíritus turbulentos y descontentadizos, esos espíritus superficiales que están siempre dispuestos á maldecir de lo presente, sin conocerlo como realmente es en sí, y sin tener en cuenta, al juzgarlo, sino algunas apariencias y algunas excepciones desventajosas. Y estos desgraciados no observan que se privan del mas grato entre todos los goces, y del mas dulce entre todos los consuelos, al mismo tiempo que sus doctrinas causan un mal, mucho mayor que el de los malvados á quienes públicamente se reconoce por tales. Negar constantemente el bien es de mas peligrosas consecuencias, que cometer algunas veces el mal, porque los malvados no siempre lo cometen. Por otra parte, el

horror que nos causa un malvado nos preserva de su contacto; pero ¿cómo hemos de evitar el de un hombre que parece hablar siempre en provecho y utilidad nuestra, y calumnia, en tanto, infamemente á la humanidad entera? La humanidad tiene sus vicios, sus debilidades y sus flaquezas: este es su carácter de ahora y su carácter de siempre; pero, séanos lícito preguntar á sus detractores: ¿estos vicios son mayores hoy que en otro tiempo? He aqui lo que seria necesario examinar para hacer justicia á los tiempos presentes. ¿Podria imprimírseles una direccion tal, que se disminuyan de dia en dia estos defectos? He aqui lo que no pudieramos negar sin una manifiesta injusticia. Amemos la virtud y creamos en ella: esto solo bastará para producirla. La virtud necesita estímulo y animacion, por mas que digan los estóicos. Asi, pues, y sin que nos sobrecoja y espante cuanto se dice sobre la próxima ruina de la familia, démonos todos las manos, hijos, hermanos, parientes y amigos; y fortalecidos en nuestro mútuo apoyo, marchemos unidos en busca de un porvenir mejor que el presente; el cual es, á su vez, infinitamente superior al pasado.

XIII.

En la sociedad política moderna tiene cada hombre su valor, determinado y calculado con arreglo á su utilidad relativa, tomando por base de esta utilidad el uso que hace de su inteligencia. El nacimiento, que daba, en otro tiempo, al hombre una posicion marcada y reconocida, no es hoy otra cosa que una ventaja, cuando es elevado, y una desventaja, cuando es bajo y oscuro. El mérito personal, que, de vez en cuando, ha

dado la ley á la posicion del nacimiento, desempeña hoy, por regla general, ese papel que en otro tiempo representó tan solo por una excepcion del órden establecido. No es, pues, en la familia en la que debemos buscar la fuerza de ascension, sino en nosotros mismos; no basta ya hacer de aquella una especie de ciudadela, bajo cuyos baluartes, fabricados con el trabajo de los pobres, se defienden lo mismo los cobardes que los valientes: tenemos que contar con nosotros mismos, con nuestra inteligencia, con nuestro trabajo, para conquistar esos puestos honrosos, que todos tienen un derecho á disputarnos. La familia no es otra cosa que ese recinto pacífico y amoroso, donde, gozando la tregua de los combates que hemos de sostener cuerpo á cuerpo y á cara descubierta, llegamos á tomar un momento de descanso y de sosiego.

XIV.

Habiendo expuesto lo que entendemos por familia, en la alta y sublime acepcion de esta palabra; explicada su mision en la sociedad política y en la humanidad; probado que no puede desaparecer de entre los hombres, é indicada la causa principal del estado de abatimiento en que hoy parece hallarse, hemos detallado casi todos los deberes generales que nos impone, y los derechos que resultan del cumplimiento de estos deberes. Podemos reducir ahora esta grave materia á los principios fundamentales siguientes:—1.° creer en la familia:—2.° respetarla en sí mismo y en cada uno de los individuos que entran á componerla:—3.° trabajar en aumentar su poder, elevándose cada vez mas en la estimacion y el aprecio público:—4.° no pretender, como jefe

de ella, el derecho de disfrutar de la misma consideracion y autoridad para con todas las familias que se formen ó salgan de la primera, ni exigir de ellas otra cosa, que la confianza, captándose de esta manera su cariño, cuyo resultado es una entera y completa obediencia, y— 5.º no perder nunca de vista que los deberes de familia se hallan en tercer órden, respecto de los que imponen al hombre su carácter de miembro de la sociedad: de suerte que el hombre pertenece ante todo á la humanidad, despues á la patria, y por último á la familia. El exámen de cada uno de estos deberes hará mas evidentes todavia los principios expuestos en el anterior resúmen.

IV.

DEBERES PARTICULARES.

I.

No todos han considerado del mismo modo los deberes generales. Y, en efecto, se necesita cierto hábito de refleccion, para distinguir entre la multitud de cualidades que convienen á cada uno de los diferentes detalles, comprendidos en un vasto conjunto, los que convienen á tal ó cual de esos detalles, los que convienen á un gran número de ellos, ó los que á todos convienen sin distincion alguna. Pero, gracias á Dios, no se necesita ser gran pensador para ser buen padre y buen ciudadano: puede muy bien ignorarse cómo un beneficio, hecho á una sola persona, ha podido redundar en bien de toda una familia, ó de todo un país; y no por eso será menor el

mérito de este beneficio, ni menos digno de amor y de admiracion el corazon bondadoso que lo ha dispensado y derramado asi por todas partes

II.

Cualquiera que sea sobre este punto la opinion de nuestros mayores, creemos, desde luego, que es mas necesario predicarles á ellos, que dirigir tan continuas predicaciones á los niños. Generalmente aprendemos mucho mas con la vista, que con los oidos: los varios y multiplicados acontecimientos que se suceden en derredor del hogar paterno, tienen todos una moralidad particular, que el niño deduce de ellos por sí mismo, casi sin advertirlo, y que produce en él una impresion mucho mas viva y mas fuerte, que la emocion que pueda causarle en los bancos de la escuela la palabra fria y severa de un maestro. Este es un hecho, depurado hasta el último extremo: durante toda nuestra vida, nos dejamos llevar siempre de la imitacion: los mas hábiles, los mas fuertes, si en algo esquivan esta ley, es en escoger mejor sus modelos, en reflexionar y meditar mas su imitacion, y en hacer que de esta suerte su razon adelante un paso mas en este camino. Cuando el escolar vuelve á la casa paterna y ve practicar en ella una cosa muy distinta á la que los profesores le han enseñado durante el dia ¿á cuál de los dos modelos creemos que arreglará sus acciones? Sin duda alguna al que se presenta á sus ojos con un carácter de mayor franqueza, de mayor desinteres, y aun todavia de mayor autoridad. En el seno de la familia es donde se desarrollan nuestras primeras ideas; en ella es donde adquirimos un carácter que mas tarde

modificaremos quizá, pero que no alteraremos sustancialmente: allí es donde formamos las opiniones que, mas tarde, varian acaso en sus accidentes, pero no en su esencia; allí, en fin, es en donde contraemos ciertas preocupaciones, que morirán con nosotros. Por esta causa nunca se trabajará demasiado para moralizar la familia. Aquella institucion, de la cual las jóvenes virtuosas recibian en otro tiempo el premio de una dote, al contraer matrimonio (*), tiene indudablemente grandísimo mérito; generalizada, como deberia estarlo, produciría muy buenos efectos, no solo sobre las mismas jóvenes, sino tambien sobre los padres y las madres, que reconocerian la necesidad de ilustrarlos con sus buenos ejemplos, y sobre los hermanos, á quienes aprovecharía, de paso, el buen ejemplo dado á sus hermanos. Pero pudiera fundarse todavia una institucion mas poderosa que aquella: la que constituyese responsables á los padres de la moralidad de sus hijos, hasta que llegase la edad en que, mezclados estos por sí mismos en la lucha de la sociedad, deben ser ellos los únicos que respondan de sus acciones. No se trata aqui de añadir nuevos artículos á los códigos penales, ni de aplicar á esta cuestion el sistema de las primas y los seguros; pero creemos firmemente que, si alguna condecoracion pudiera brillar con honra y gloria sobre el pecho de un hombre, seria la que se concediese á aquel padre cuyo hijo, educado hasta los diez y ocho años en el hogar paterno, fuese públicamente reconocido como el mas virtuoso de los jóvenes de su barrio, ó de su pueblo:

(*) La institucion *des rosieres*, que se llamaba asi, por que, ademas de la dote, recibian en premio de su virtud una corona de rosas.

esto seria, como fácilmente puede observarse, la moralizacion de la familia por medio de sus hijos. Bien conocemos que este problema se roza con las mas altas cuestiones sociales; pero, cuando el principio es realmente bueno, se encuentra fácilmente el medio de resolver cuantas dificultades ocurrán. La organizacion social ha estado fundada largo tiempo sobre el mas exclusivo egoismo.—Me haces daño, me estorbas; pues yo te castigo: haces el bien, aunque no directamente para mí; pues te dejo saborearte con las dulces emociones de la conciencia.—Hoy, gracias á la voz elocuente de algunos escritores, empezamos á hacer algo mas; esperemos del tiempo un adelanto que nos lleve mas allá todavia. Entonces se constituirá la familia sobre bases sólidas é indestructibles, y la moralidad enlazará en uno á todos sus miembros, salvo la independencia de cada cual en sus actos individuales: entonces los unirá un lazo mas fuerte, que el de la riqueza ó el de la importancia atribuida á la ciudad y á la nacion; todos tenderan á conocerse, y se conoceran tanto mejor, cuanto que todos tendran un derecho igual á adquirir el mismo poder por medios que estaran al alcance de todos, sin distincion de clases ni dignidades.

III.

No faltaran lectores que se rian de la doctrina que acabamos de emitir, como de una utopía. No lo extrañamos. Difícil es conocer toda la verdad que encierra una idea, un pensamiento, ó un hecho, examinados á larga distancia; pero este inconveniente es el mismo para el que contradice la teoría, que para el que la ensaya. ¡Cuántas de nuestras instituciones modernas han sido

tratadas en otro tiempo como vanas y ridículas utopías! Consideremos, pues, las cosas como son en sí mismas, y, sin negar la existencia del mal, señalemos el bien, veamos cómo puede y cómo debe irsiempre en aumento.

IV.

Entre la época del matrimonio de los padres, y la en que el hijo se halla dispuesto para ser á su vez jefe de familia, se presentan todas las circunstancias, de las cuales resultan los deberes recíprocos de los diversos miembros de la familia. Así, pues, si se nos quiere conceder una facilidad de lenguage que cuadra á nuestra sencilla filosofía, mucho mejor que la gravedad austera, sigamos á los desposados desde que vuelven de la parroquia, hagamos las veces de su conciencia, y veamos lo que les aconsejaríamos á cada paso que den en la vida. No tratamos aqui de jóvenes atolondrados, ni de viejos pensadores: los suponemos casados como se casan generalmente las personas, con el íntimo convencimiento de que la conformidad de carácter, de edad, de educacion y de fortuna, los constituyen capaces de hacerse felices: prescindimos aqui de tristes excepciones y de brillantes ejemplos: por eso, al ocuparnos de uno solo, creemos ocuparnos á la vez del mayor número.

V.

Al cabo de ocho dias de matrimonio, el hombre se ha acostumbrado á este estado, como si en él hubiese nacido. No sucede lo mismo con la mujer, cuyo pensamiento está siempre vacilante y anheloso. Conoce, aunque no pueda explicarlo

perfectamente, que, llegado el tiempo en que deben realizarse los dorados ensueños de su niñez, estos ensueños van desapareciendo, dejándole cada dia un nuevo motivo de tristeza. Esto, sin embargo, nada significa; los dias pasan y la mujer observa bien pronto cuanto le rodea, y conoce al fin que es preciso dar para recibir, y que las cualidades y las virtudes, que nos hacen amar de nuestros semejantes, forman nuestro mas rico patrimonio y nuestra mas sólida fortuna. La vida anterior habia iniciado al marido en el conocimiento de estas verdades, y he aqui por qué se sorprendió mucho menos que la mujer al adoptar aquel nuevo estado: conoce entonces, sin embargo, que fuera y dentro de su casa debe adaptarse á ciertas reglas de conducta, que, en el primer ardor de su juventud, cuando su madre se consagraba enteramente á amarle y su padre á darle valor é importancia social, él respetaba tan solo porque se los habian enseñado sus mayores, y los observaba bien ó mal, sin curarse de averiguar la gran influencia que ejercen en la felicidad de la vida.

VI.

El mejor marido y la mejor esposa se ofrecen recíprocamente hartas ocasiones de ejercitar y practicar todas las virtudes. El matrimonio mejor avenido, no es precisamente aquel en que no se oye una palabra de disputa ó altercado, sino aquel en que cada uno de los esposos está mas dispuesto á hacer concesiones al otro. Esta diferencia recíproca constituye un deber, y este deber, que reasume casi todos los que nacen de la simple relacion entre dos personas, es, en reali-

dad, el que nos confiere mas derechos al amor de nuestros parientes y allegados.

VII.

El matrimonio no tiene por único objeto la reproduccion de la especie, como lo afirman aquellos que solo se ocupan de las modificaciones sucesivas de la materia: propónese ademas la multiplicaccion de las inteligencias, que, cuanto mas numerosas son, mas se ayudan unas á otras y aumentan los progresos de la razon. Cada alma que posa sobre la tierra trae y esparce en derredor suyo un nuevo rayo de luz.

VIII.

Supongamos, ahora, que nuestro matrimonio, materia de la cuestion, tiene ya un hijo; el nacimiento de este niño le da, pues, motivo para graves reflexiones. El padre, de hecho, se reconoce responsable para con su familia, su patria, la humanidad y Dios mismo, de esa criatura, cuya propension al bien ó al mal dependera en su mayor parte de la direccion que él y su esposa impriman á ese tierno corazon. La madre, siempre que tiene tiempo de pensarlo, es decir, siempre que su hijo duerme ó descansa, forma igual propósito y resolucion que su marido, á saber: la de que su hijo sea siempre feliz, ¡asi, ni mas ni menos le contempla! Y estos cuidados y desvelos son siempre comunes á todos los demas hijos que fueren viniendo á esos amantes esposos. Propónense siempre el bien para incrustarlo en esas tiernas inteligencias: y nunca el mal, sin llegar á una monstruosidad.

IX.

El padre y la madre de la esposa, viven todavia: el marido tambien tiene los suyos: las abuelas estan pocas veces de acuerdo sobre la economía interior de la casa: los abuelos discuerdan tambien sobre el manejo de los asuntos exteriores; pero ante los nietos desaparecen de un solo golpe su indispensable severidad y ese espíritu de crítica: estos son hermosos, son buenos, mas hermosos y mas buenos de lo que creen sus mismos padres. ¡Ah! ¡Dichosas las familias que pueden rodear en gran número la cuna del recien nacido! El niño á cuya sonrisa han respondido en derredor suyo otras tantas sonrisas, ¿cómo no ha de creer en el bien y en la felicidad durante toda su vida? Piensen, pues, muy bien las mujeres en la fatal consecuencia de sus extravios: al fruto de sus ilícitos amores nadie le sonreira!

X.

La direccion de los niños en la primera edad pertenece indudablemente á la madre; pero, pasado aquel término, variable segun la salud física y segun el desarrollo de la inteligencia, las hijas obedecen siempre á la autoridad de la madre, los hijos á la del padre. El huérfano ó huérfana, sea de padre ó de madre, se ve privado de la mitad de lo que Dios ha concedido á los hijos dichosos; porque hay cierta cosa característica de cada uno de los esposos, y que los consttituye muy difíciles de ser reemplazados uno por otro. Asi, por muy fuertes que sean en el padre los sentimientos religiosos, jamas hará el niño oraciones

tan dulces y tan fervientes como las que le enseñe su piadosa madre; asi tambien, por mas que la madre tenga toda la prudencia, toda la firmeza de carácter y toda la fuerza de espíritu imaginables, no tendrá jamas, como el padre, ese aspecto que añade al poder de la palabra la autoridad del ejemplo, y que crea y fomenta en su hija la razon, que necesita la que ha de ser algun dia esposa y madre. Pero el momento de dividir estas atribuciones no ha llegado todavia para nuestros esposos. Por ahora se ilustran en los consejos de sus padres, y debaten luego la cuestion en el secreto de su confidente, para que sus hijos no vean jamas que el padre piensa de una manera y la madre de otra: tomada ya su determinacion, sus voluntades marchan constantemente unidas, en cabal acuerdo.

XI.

Dos poderes obran sobre nosotros y dirigen nuestras acciones por toda la vida: el sentimiento y la razon; ó, como vulgarmente se dice, el corazon y la cabeza. Cuanto mas elevado y abstracto es el fin de nuestras acciones, tanto mas conviene que obedezcamos á la razon, con preferencia al sentimiento: lo contrario sucede cuando es objeto de ellos el interes de uno ó de muchos individuos, considerados aisladamente: pero en ninguno de todos estos casos conviene jamas sacrificar al sentimiento la razon, ó vice versa. Ambos son elementos indispensables para la formacion de una cosa sola, la inteligencia. Y bien á pesar nuestro, bien á pesar de la sabiduria que afectamos profesar, al menos en teoría, cuando la calma ha sucedido á los ardores de la juventud, nunca podemos menos de personificar estos dos

poderes: de niños, conversamos con nuestra madre en amorosos diálogos de sentimiento, y al mismo tiempo buscamos siempre á nuestro padre para preguntarle todo aquello que exige solidez de razon, ó profundos conocimientos. Cuando llegamos á ser hombres, si el cielo nos concede la dicha de encontrar dos amigos, siempre hay entre ellos uno en cuya presencia tememos menos enternecernos que en la del otro, y esto sin que tengamos menos confianza, sin amar menos á ninguno de ellos. Importa, pues, mucho observar desde la infancia esta propension del niño á desarrollar su inteligencia, para procurar que halle una completa conformidad entre el corazon de su madre y la razon de su padre. Para esto será muy conveniente que el padre se reserve el privilegio de ciertas recompensas, y que la madre se resigne á veces á servir de agente á la fria razon. Estos son á la verdad detalles bien minuciosos; pero todos los detalles son pocos, cuando se trata de dirigir la educacion de los niños.

XII.

Por otra parte, si bien lo reflexionamos, con todo el mundo sucede casi lo mismo que con los niños; de suerte que, si queremos vivir en perfecta armonía con los seres que nos rodean, es necesario distinguir y observar las modificaciones que cada accion recibe de las circunstancias que la acompañan, y de la persona que es causa ú objeto de ella. Los jóvenes, cualquiera que sea su sexo, estan muy versados en esta ciencia; pero generalmente no aplican sus principios sino á muy pocas personas, á saber: á sus padres, ó á aquellas personas que su corazon destina para formar la mitad de su existencia. Las demas no

poseen sino el excedente de esta riqueza de sentimientos.

XIII.

Nuestros esposos no han hecho excepcion á esta regla general, y, durante los primeros años del matrimonio, todos se han encantado de verlos tan inteligentes, y de tan activa penetracion para leer el uno en el corazon del otro, y al propio tiempo tan indiferentes para lo que se hallaba fuera de este angosto y reducido círculo. Una especie de instinto, porque á veces la inteligeecia se asemeja á él, les ha advertido, adelantado el tiempo, que este modo de obrar no era conforme á su carácter de padres de familia; porque, una vez llegados sus niños á la juventud, y necesitando entonces de protectores y amigos, seria muy peligroso pasarlos sin transicion alguna, desde las solitarias adoraciones de la familia, á los embates continuos de la sociedad. Entonces se han hecho amables y placenteros para con todos; han hecho revivir sus antiguas relaciones, han buscado otras nuevas, y procurado conciliarse los afectos de las personas mas indiferentes; en esta ocasion han recogido el fruto de su sábia y virtuosa conducta anterior como esposos y como padres de familia, y han visto con sorpresa el honor que todos hacian á sus hijos, por pertenecer á tan distinguidos y virtuosos padres.

XIV.

¡Oh y cuanto menor seria el número de los hijos desgraciados, si los padres y las madres se penetráran bien de la grande influencia que tienen en el porvenir de sus hijos la estimacion que

se dispensa uno á otro, la union que entre ellos reina y la regularidad de sus costumbres, que no debe confundirse con la rigidez! Y, si los padres ó las madres tuvieran presente que la única herencia que no puedan perder nunca sus hijos, la única cuya posesion no excita jamas la venenosa envidia, es la posesion que se conquista por medio de útiles y honrosos trabajos ¡cuánto no se disminuirían esas desgracias y esas decadencias de las familias, que entristecen á todos los hombres honrados y pensadores, y que son las causas mas activas de la desmoralizacion social!

XV.

El padre y la madre cuya vida estamos describiendo, han visto llegar á sus hijos á la edad de la pubertad: sus deberes no se han aumentado, por eso, en número ni en dificultades; pero ha crecido su importancia, á pesar de lo cual no se han hecho mas difíciles: cosa extraña á primera vista, pero de la cual la experiencia nos ofrece contínuos ejemplos. Asi vemos que aquellas personas á quienes su mérito eleva por grados, desde una posicion humilde hasta la cumbre de los honores, se forman, casi sin pensarlo, nuevos hábitos y costumbres, abarcan un horizonte mucho mas vasto, y acaban por gobernar un imperio, con la misma facilidad con que poco antes dirigian las operaciones de su casa y familia.

XVI.

Llega, por fin, aquella época en que el padre y la madre se dividen los deberes que antes les eran comunes: la madre toma á su cargo á la hija, y el padre al hijo. Los sentimientos, los deseos,

las pasiones que van á nacer y desarrollarse en ellos, exigen para su direccion cierta perspicacia especial, de que carece el hombre respecto de la mujer, y que ésta no podria suplir jamas faltando aquel. Si entonces ocurriese en el matrimonio alguna disidencia, seria muy urgente ponerle pronto y eficaz remedio. El niño, al presenciar éstas escenas, solo curiosea para averiguar sus efectos; pero el jóven procura investigar sus causas secretas, y en estas puede haber algo cuyo descubrimiento sea peligroso para la juventud. Procuren reconciliarse los esposos, en cuanto alguna disidencia venga á turbar su tranquilidad y buena armonia: de otra suerte, todos sus secretos seran descubiertos y comentados entre sus hijos; y entonces se formaran en el seno de la familia dos partidos, que se perpetuaran hasta lo infinito, ó bien, uno solo, en favor de los dos consortes, que constituiran al otro en una posicion violenta y enojosa, para el resto de la familia y para sí mismo, viéndose en cierto modo extraño á una asociacion, de la que constituye una parte tan principal, y á la que deberia estar siempre estrechamente unido. Madres! haced el último esfuerzo por venceros, si aun queda en vosotros alguna flaqueza, alguna debilidad de las que aquejan á vuestro sexo: y vosotros, ¡oh padres!, procurad que vuestras acciones no den á vuestros hijos ocasion de creer que puede transigirse en algun caso con la conciencia, ó imponerle silencio.

XVII.

Lo expuesto en la primera parte de este trabajo con relacion al método de vida, pudiera muy bien reproducirse en este lugar, porque, como indicamos anteriormente, toca á los padres ins-

truir á los hijos en todos y cada uno de sus deberes, hacérselos amables, poniéndoles á la vista el bien que de ellos resulta, y facilitar su ejercicio, dándoles á todas horas buen ejemplo. Pero es tan limitado el número de esos espíritus bastante fuertes é independientes para interrogarse á sí propios, juzgarse, y modificarse con el progreso de la vida, que los padres no deben contar nunca con otro preceptor que ellos mismos, en asunto de sentimientos morales: por otra parte, no es el conocimiento de un gran número de preceptos lo que forma la moralidad del corazon del jóven, sino el de los principios generales que la razon, iluminada por la conciencia, aplica á aquellos hechos que ofrece la continua experiencia de la vida.

XVIII.

Si los hijos no presencian jamas altercados y disputas entre sus padres; si, á la vez que son objeto de los mas tiernos y afectuosos sentimientos, viven en una atmósfera de paz y tranquilidad, cuya ventura no empaña ninguna nube tenebrosa, y, penetrados sus padres de los verdaderos sentimientos religiosos, manifiestan constantemente en sus discursos y acciones una fé ardiente en las sublimes verdades que se nos han revelado y guardamos en el santuario de nuestra conciencia; si su vida casta y morigerada les hace respetar de sus hijos, hasta el punto que merecen; si los sufrimientos, si las desgracias de la humanidad los encuentran siempre caritativos, siempre animados de ese amor que el hombre debe profesar á sus semejantes porque son sus hermanos sobre la tierra; si el padre cuida á toda hora de no dejarse arrastrar jamas de esos malos prin-

cipios que pesan sobre la humanidad, como herencia de la primer culpa; si les enseña desde luego á reconocer en sí mismos y en sus semejantes la alta dignidad de hombre, y á encontrar las condiciones de la felicidad y aun las del poder personal, no ya en la fuerza material y física, sino en la accion de la inteligencia dirigida hácia un fin de bondad, cada vez mas general y mas ámplia, no en la fortuna considerada como mérito del individuo estimado como una fortuna; si la madre, por último, es el orgullo de la familia en la prosperidad, su providencia en la desgracia, enseña á su hija, mas bien por el ejemplo que por la palabra, ese papel verdaderamente sublime que la mujer representa en el mundo, templando la fogosidad de las pasiones del hombre ¿cómo es posible que estos hijos no sean dulces, amables, piadosos, caritativos y humanos? ¿cómo podran faltar nunca á lo que deben á sus semejantes y á sí mismos? ¿cómo no ha de ser el hijo un excelente ciudadano, y la hija una buena esposa, una buena madre de familia? ¿cómo no han de ejercer, en fin, estos hijos, para con sus padres, todas esas virtudes que algun dia contribuiran á la felicidad de sus semejantes, y cuya recompensa encontraran en las bendiciones de los agradecidos?

Pero ¿á qué nos hablais siempre de amor al bien, y de felicidad en el bien? nos diran quizá algunos desgraciados escépticos. ¿Qué es eso que nos decís sobre los padres y los hijos perfectos, como si vivieramos en una sociedad de ángeles, en un paraíso, donde las virtudes fuesen una cosa tan general y obligatoria, que su inobservancia costára los mismos cuidados y los mismos sacrificios que nos cuesta hoy dia el vivir honestamente, en medio de una sociedad tan poco dispuesta al bien, y tan versada en la práctica del mal?

XIX.

A estas fútiles recriminaciones responderemos como lo hemos hecho anteriormente: si la virtud reinára sola sobre la tierra, no existiría en ella el bien ni el mal: no podriamos hacer eleccion, porque no habria objeto sobre que esta recayese: nuestra libertad seria inútil, inútil nuestra inteligencia, y el alma no tendria conocimiento de sí misma, ni del Creador que la ha formado. El hecho solo de recomendar el bien, de manifestar que la felicidad se halla en la práctica del bien, y en la sumision á la ley del deber, prueba que existe en nosotros la conciencia del mal. Pero ¿debemos exagerarlo, ó sembrar entre los demas el desaliento, solo porque nosotros no tengamos esas virtudes que á veces echamos de menos en los demas?—El mal existe: sí, existe de una manera bien manifiesta y conocida. Los padres, las madres y los hijos olvidan con mucha frecuencia, ya que no desconocen del todo, las verdaderas condiciones de su felicidad, y en los tiempos presentes, mas que en ningunos otros, proclaman y preconizan principios que son la negacion de los verdaderos principios de fuerza y de progreso. Y ¿dirémos por esto que el error sea incurable? ¿Estamos realmente condenados á no ver entre nosotros sino dos ó tres sábios en quienes se haya refugiado la conciencia pública, que lloran muerta para la humanidad, y á buscar inútilmente algun hombre honrado, alguna familia para quien el deber sea un objeto de fervoroso culto? No, en verdad. Véase, por el contrario, esa conciencia pública que se agita y conmueve al menor escándalo, que saluda con respeto á la virtud y le rinde homenage donde quiera que la

encuentre. Véase como surgen, se engrandecen y se multiplican por todas partes esas instituciones humanitarias, bastante activas y poderosas para dar consuelo y resignacion á la miseria, para hacer sobrellevar al desgraciado su pobreza, su hambre y sus trabajos. Penetrad en el interior de las familias, y hallareis un gran número de ellas, en que el padre y la madre, rodeados del amor y el respeto de sus hijos, se ejercitan en la práctica de las virtudes domésticas y sociales, consagrados asi exclusivamente al bienestar y la felicidad futura de aquellos.

XX.

Acaso nos equivocamos: acaso valemos en realidad menos de lo que pensamos: acaso no es cierto que los hijos sean tan dóciles y sumisos á sus padres, ni tan reconocidos á sus desvelos y afanes, como lo seran mas adelante á un extraño que los proteja y los ame. ¿Qué decís á esto, niños mios?.... Bien comprendemos vuestro silencio: nuestra duda era injuriosa, y os pedimos perdon por ella. ¿Cómo podriais no ser reconocidos hácia vuestra madre, hácia esa madre que ha pasado por vosotros tántos pesares, tántas inquietudes, y derramado tántas lágrimas, ántes de que os hallaseis en estado de agradecerle sus beneficios? Cómo podriais no ser reconocidos hácia vuestro padre, que no vive para él sino para vosotros, que no tiene mas que una esperanza, la de la felicidad de sus hijos, ni mas cuidados que el de no trabajar bastante para asegurárosla á costa de los mayores sacrificios? Si existe algun deber dulce y agradable para el que lo cumple, es el de corresponder á tánta ternura y á tánto amor; esto no es un deber, es un movimiento propio y expontá-

neo de nuestra naturaleza, y, segun se manifiesta mas ó menos marcadamente en nosotros, asi puede juzgarse mas ó menos favorablemente de nuestras inclinaciones y de nuestro porvenir en el mundo: un mal hijo no puede ser nunca sino un mal hermano, un mal amigo, un mal ciudadano.

XXI.

Sin embargo, preciso es confesarlo: en la vida de los niños se encuentran muchas circunstancias en que su razon, poco ejercitada, no les enseña la verdad de las cosas. Lo útil no es siempre aquello que se presenta como mas agradable; y, asi como para coger es necesario sembrar, asi tambien para saber es necesario estudiar. El padre tiene la experiencia de estas necesidades, y por eso ve el fin de todas las cosas, mientras el hijo no ve mas que lo que siente en el momento. Andando el tiempo se desenvuelve la inteligencia. Cada dia ofrece al niño una idea nueva; y como no sabe asociar aun esta idea á las anteriores, ni conoce otras que vendrán despues á modificarlas, atribuye á timidez, y á veces á insuficiencia, la circunspeccion del padre y las contradicciones que este opone á las exigencias poco meditadas de aquel. Esto se verifica principalmente en los niños. Las niñas creen siempre á su madre: su razon, su juicio crítico, si asi puede decirse, no se desenvuelve en ellas hasta que el matrimonio las ha hecho pasar por todas las modificaciones de la vida.

XXII.

"No puedo menos de experimentar la mas viva emocion, decia uno, siempre que veo á dos

hermanos que se abrazan tiernamente. Esto me recuerda al que yo he perdido, y con el cual mi intimidad era tal, que nos entendiamos sin oirnos, y nos conociamos tan á fondo, como conociamos nuestra historia. Teniamos uno y otro los mismos principios; no discordaban nuestras opiniones sino en algunos detalles de aplicacion, y aun en este caso, discutiamos amigablemente para ver si debiamos pensar de otro modo, sin la pretension jamás de convencernos; pero sin que dejase de verificarse siempre esta conviccion, excepto algun caso raro. Cuantas veces me encontraba en alguna situacion embarazosa y apurada, me parecia que mi hermano, aunque no lo supiese, trabajaba conmigo para sacarme de ella: y en los momentos en que estaba alegre hubiera bastado para desconcertarme la noticia de que mi hermano estaba triste. Estoy seguro de que hubiéramos vivido siempre asi, uno junto á otro, sin que nuestras diversas fortunas bubiesen influido nada en nuestros recíprocos sentimientos: este afecto era muy superior al de la mas íntima amistad, os lo juro; á lo menos, jamás la he tenido tan estrecha con ninguna otra persona; y aun hoy dia, cuando han pasado ya muchos años desde que mi hermano ha ido á preparar nuestro lugar, allá arriba, me basta para no envidiar á todos aquellos que tienen muchos amigos, recordar aquel tiempo en que llegaba á mí de improviso, me quitaba la pluma de la mano, y sentándose junto á mi mesa, me decia alegremente, el desgraciado!:—"Deja á un lado esos papeles; tengo muchas cosas que contarte."—Asi lo hacia: yo lo escuchaba tiernísimamente."

XXIII.

Y ¿por qué no son todos los hermanos semejantes á los que acabamos de retratar? ¿Por qué esta union, esta conformidad de sentimientos, se prolonga tan poco tiempo, por regla general, despues de los primeros años de la juventud?— No podemos menos de repetir aquí la explicacion que dimos antes acerca del espectáculo desconsolador que nos ofrecen tántas familias—La enemistad crece á proporcion del afecto que se esperaba de alguna persona, ó del que en otro tiempo se profesaba y se extinguió despues. Cuando la discordia llega á introducirse entre dos hermanos, son mucho mas violentos sus efectos que cuando se introduce entre dos amigos; y es en verdad una cuestion difícil de resolver si se hacen las paces mas fácilmente y mas por completo. El interes no es de ordinario el que divide á los hermanos, ni sirve en estos casos mas que de pretexto. La verdadera causa, desconocida muchas veces hasta á ellos mismos, se encuentra en el amor propio, en la exageracion del sentimiento de emulacion que les animaba durante sus primeros años, emulacion que despierta mas adelante los celos y, por último, la envidia. Un jóven no puede conformarse con que á la entrada en el mundo cese la igualdad que lo unia con sus demas hermanos en el regazo de su madre, ni puede concebir que uno de ellos sea ilustre y el otro permanezca oscurecido, sin que haya en esto injusticia de parte de Dios, ó de parte de los hombres. Una vez llegado este caso, se necesita muy poco para que la animosidad se ostente de un modo manifiesto: basta el recuer-

do lejano de alguna preferencia imprudentemente manifestada en otro tiempo.

XXIV.

Aun puede arreglarse todo fácilmente de hermano á hermano, si cada uno de ellos tiene bastante buena disposicion de espíritu para acceder á ello; pero de hermano á hermana se necesita en ciertas ocasiones algo mas que esa buena disposicion de espíritu. La hermana, una vez casada, pasa á otra familia é introduce en la suya propia hábitos, opiniones é intereses, que no siempre están en perfecta armonía con los que anteriormente existian en ella. El deber de los hermanos de la jóven es, en estas circunstancias, el de dar el primer paso respecto de esta. Los dos esposos estan, por decirlo asi, en observacion, no respecto de sí mismos, sino respecto de sus hermanos, y como se presentan de cada parte muchos contra uno, deben ellos ofrecer por sí mismos lo que solo pudiera exigir un amor bien entendido. El papel que representa la hermana no viene á ser mas que una continuacion del que representa su madre. Si acaece entre los hermanos, ó entre los cuñados, una contienda, la hermana es la que debe emplear la influencia de hermana para con uno y la de mujer para con otro, á fin de restablecer entre todos la tranquilidad y la buena armonía. Si la disidencia del momento llega á tomar el carácter de enemistad declarada, es necesario que permanezca cuando menos neutral y atenta siempre á descubrir el momento en que, cediendo el enojo por cualquiera de las dos partes, pueda al fin conseguir que se desvanezca completamente aquella mala inteligencia. Cuando exista enemistad entre los in-

dividuos de la familia de su marido y la suya propia, entonces debe callar respetuosamente y pedir á Dios por que cuanto antes desaparezca. La mujer no tiene mas arma contra su marido, que la dulzura, pero esta arma es irresistible.

XXV.

Los primos y las primas se hallan generalmente en perfecta armonía, siempre que los padres y las madres tienen la prudencia suficiente para no envolverlos en las disidencias que con tanta frecuencia ocurren hasta en aquellas familias mas íntimas y estrechamente unidas. Desgraciadamente, á medida que crecen los niños en edad, concluyen aquellas intimidades, aquellas tiernas amistades de sus primeros años, ya por una causa, ya por otra, pero generalmente por la inconstancia que caracteriza á la juventud. ¡Oh! si los niños supiesen cuán pesada llega á hacerse la vida cuando se ha recorrido una gran parte de su camino; si supiesen cuántos compañeros se necesitan tener al tiempo de la partida para conservar uno siquiera al fin de la jornada; si supieran cuán difícil es hacerla con nuevos compañeros una vez empezado el camino, no omitirian cuidado alguno para conservar siempre el cariño de aquellos que nos proporciona la familia. El título de pariente sería sagrado para ellos, y antes de buscar un amigo fuera de la familia, querrian tener á todos sus parientes por amigos; asi, toda la vida seria un comercio mutuo de intereses, en que los mas ricos y venturosos auxiliarian á los mas pobres y desgraciados hasta donde lo permitan la razon y el honor.

XXVI.

Y por ventura á esos infelices huérfanos, que no han conocido padre ni madre ¿no se les deben otras atenciones ni otras obligaciones que las prescritas en las leyes civiles, ni otra cosa mas allá de la parte que les reserva en sus ofrendas la caridad pública? Hay algunos de entre ellos, que, al perder á su madre, han perdido con ella el único lazo que los unia á la tierra. Inocentes desde el instante de su nacimiento, por mas que sean el fruto de una debilidad ó de un crímen, son, como todos los demas, criaturas hechas á imágen y semejanza de Dios, y destinadas quizá por el Creador Supremo á ofrecer en la tierra modelos de perfecta virtud, y á hacer que resplandezca en todo su brillo el poder de la inteligencia humana. A ellos es á quienes debemos el interes mas tierno y mas solícito; á estos desgraciados, que parecen haber venido al mundo de la nada, cuya sonrisa es una muestra de reconocimiento á la piedad que se les dispensa, nunca una respuesta á las caricias de una madre, mientras que los demas tienen un vínculo que los enlaza con una familia y los hace miembros conocidos de la sociedad, pudiendo invocar sus antecedentes con noble orgullo. Si la Divina Providencia nos depara aquellos infelices junto al camino que atravezamos, no tardemos en socorrerlos hasta donde alcancen nuestras fuerzas; respetémoslos, sobre todo, y guardémonos bien de humillar á los pobres, desheredados de las alegrías, de los goces y del amparo que ofrece el seno de la familia: por el contrario, hagámoslos participantes de la nuestra, y Dios derramará sus bendiciones sobre nosotros.

XXVII.

Salgamos por un instante del seno de la familia, y sigamos las huellas del niño una vez llegado á la juventud y tomando parte en los negocios de la vida pública. Entre los varios peligros que le esperan en ella, señalaremos dos, como los mas inevitables y próximos, á saber: la eleccion de personas con las cuales ha de formar sus íntimas relaciones, y la falta de cuidado en observarse á sí mismo para mejorar y perfeccionar sus inclinaciones y costumbres. Cuando jóvenes, tomamos de ordinario una parte del carácter y de las inclinaciones de nuestras camaradas; mas tarde, nos modelamos, sin saberlo nosotros mismos, con arreglo á las maneras de las personas que nos rodean; y por último, buscamos aquellas personas con quienes tenemos mas cabal conformidad de ideas y de carácter. Nada exige tanto cuidado de parte de los padres como la eleccion de los amigos y camaradas de sus hijos, ni de parte de un hombre hecho como la eleccion de la sociedad en que debe alternar. Podria decirse de antemano cuál seria la vida de un hombre llegado á viejo, con solo estudiar sus relacioues en la juventud. Y ya hemos dicho que el segundo peligro se encuentra en la negligencia del hombre para observarse lo bastante á sí mismo, y corregir todos aquellos defectos cuyas causas hemos indicado anteriormente, defectos de carácter, de educacion y otros varios, entre los cuales señalaremos, como muy marcado, ese tono decisivo, dogmático y absoluto, que tan poco cuidan de enmendar algunas personas, á quienes es habitual esta detestable cualidad. Las relaciones no se establecen sino por medio del comercio mutuo de ideas. El

mayor número de las ideas representa casi siempre cosas personales. Por lo general, no depende de uno mismo el tener tales ó cuales ideas, en lugar de tales ó cuales otras: y por esta misma razon es imposible que no estemos siempre mas ó menos dispuestos en favor de los demas, á proporcion del número de ideas que nos son comuues con ellos, y su mayor ó menor delicadeza en discutir acerca de las opiniones en que no se hallan de acuerdo con nosotros. Y concíbese tambien fácilmente que no tratamos de exponer en este lugar la multitud de deberes que imponen al jóven y al hombre hecho, á la jóven y á la madre de familia, las relaciones que tiene dentro de esta con el resto de la sociedad á que se halla unida. Por otra parte, todos ellos se reasumen en esta divina sentencia: "Ház á los otros lo que quieras que te hagan á tí mismo."

XXVIII.

Pero, antes de volver á entrar en la familia, digamos aun dos palabras acerca de la amistad. Mucho se ha hablado de sus goces, de sus consuelos, y muy poco de los deberes que nos impone. He aquí un pequeño tratado, por decirlo asi, de estos deberes, que recomendamos á la memoria de nuestros lectores:

—Nada es mas necesario, pero nada exige mas calma, mas reflexion y mas prudencia, que la eleccion de un buen amigo.

—La amistad no puede ser íntima sino entre personas de la misma edad, ni puede ser completa sin que haya entre los amigos cabal conformidad de gustos, de inclinaciones y de sentimientos.

—Debemos conquistar el amor de nuestro ami-

go por medio de nuestro celo y de nuestra ardiente caridad.

—Una advertencia cariñosa, una reprension franca y sincera, son la señal mas evidente del interes, del cariño y del respeto que nos profesa un amigo.

—Debemos aconsejar á nuestro amigo, pero no pretender jamas que anteponga nuestra voluntad á la suya.

—El que abandona á su amigo en el momento del peligro ó de la desgracia, el que no lo defiende y ayuda hasta el último trance, no merece ni ha merecido jamas el nombre de tal.

—Creamos en la palabra de nuestro amigo, como creemos en su cariño, porque no es posible que exista amistad donde falta la fé.

—Estemos siempre dispuestos á disimular los defectos de nuestro amigo, sin pretender jamas de él igual sacrificio.

—Adivinemos sus penas para consolarlas, y no le participemos las nuestras, sino cuando estemos seguros de que podrá prestarlas algun alivio.

—Respetemos á la mujer de nuestro amigo, como quisieramos que él respetase la nuestra.

—Cuando la necesidad lo exija, dividamos todos nuestros bienes con nuestro amigo, como si fuera un hermano.

—Y por último, el título de amigo solo debe reservarse para el amigo: es una falta gravísima prodigarlo, servirse de él como una fórmula de mera benevolencia ó afecto. Esto pudiera hacer sospechar que el que conoce tan mal el nombre, acaso no conocerá mejor lo que este nombre significa.

XXIX.

Hubieramos debido reservar para mas adelante la exposicion de estas ideas acerca de la amistad, porque este sentimiento, que hemos calificado de pasion al hablar de la familia, pide mucha calma, mucha razon y mucha experiencia de la vida en un jóven, para que pueda adelantarse á esa pasion dominadora que señalamos con el nombre de amor.

XXX.

Mucho y muy bello podria escribirse sobre el amor, no ya sobre la pasion, que és el último desarrollo de una de las aplicaciones del amor, sino sobre ese sentimiento sublime, emanacion de todas las virtudes, signo misterioso que ha impreso en nosotros el Ser Supremo para que nos reconozcamos unos á otros, como los desterrados de una misma patria, como los hijos de un padre comun. Pero, obligados como estamos á limitarnos al exámen del deber, y del deber considerado bajo el punto de vista práctico, no nos atrevemos á tomar las cosas desde tan alto, y á exponer como la facultad de amar, no precisamente á un ser determinado y sin mas regla que nuestro capricho, sino de amar por medio de la inteligencia y á seres colectivos, tales como la familia, la humanidad y la patria, subiendo de este modo hasta el Ser Supremo, de quien emana todo lo creado, nos parece la revelacion de una parte del secreto de la naturaleza inmortal de nuestra alma.

XXXI.

¡Oh! el bien y el mal, la inteligencia y la materia, estan aqui, como en todas partes, presen-

tando en su antagonismo el campo de accion en que debe obrar nuestra libertad. El amor, exaltado por el mal y procediendo de la materia, mas bien que de la inteligencia, no es mas que una pasion desordenada. Nuestro propósito nos obliga, pues, á tratar aquí de la pasion, y por eso deciamos hace poco que la juventud pasa de ordinario por él amor antes de llegar á la amistad. Abordemos francamente una cuestion para cuyo exámen nada nos arredra, y seguros como estamos de que no saldrá de nuestra pluma una palabra peligrosa, señalaremos los principales peligros de la pasion, lo cual es equivalente á indicar nuestros deberes en este punto.

XXXII.

Algunos pensadores que se limitaban á examinar las apariencias de las cosas de este mundo, dijeron hace mucho tiempo que la especie humana se hubiera acabado ya si Dios no hubiera hallado un medio de dominar su voluntad, aunque parece que obrara con libertad entera y completa. Esto podrá ser muy espiritual; pero tanta espiritualidad no nos satisface. Conviene, por lo mismo, examinar ese hecho, cuya verdad se desfigura aplicando á un hecho de otro órden una consecuencia exagerada.—Asi, es indudable que, si la voluntad se adormece un instante, la pasion dominada rompe al fin sus cadenas, y llega en un momento hasta el último extremo de intensidad. Sin embargo, toda vez que nos ocupamos de la familia, toda vez que hemos de examinar seguidamente los deberes del jóven llegado al estado de esposo y de la jóven enlazada al hombre por los vínculos del matrimonio, es evidente que no podemos imponer aquí á la voluntad la obliga-

cion de estar constantemente en guardia contra el amor. Y esto parecerá á algunos una paradoja, á otros una blasfemia, y á los mas un absurdo: lo decimos, sin embargo, porque creemos que es la verdad:—El amor es casi siempre una resolucion que se adopta en estado de libertad completa: ó, de otro modo: no cedemos al amor sino porque de antemano habiamos resuelto ceder á él. Por consiguiente, es siempre posible disponer las cosas de manera, que el objeto de este amor lo merezca cumplidamente, y que no sea una debilidad, ó una falta, ceder á él. Si se niega absolutamente este hecho, creemos que se conceda al menos este otro. Entre el momento en que el amor se acerca, hasta aquel en que ya se siente de un modo manifiesto, hay siempre un espacio de tiempo bastante para la reflexion, y puede evitarse entonces el peligro que la razon y la reflexion nos indiquen. Por último, y aun cuando no se nos concediera ninguno de los principios expuestos, seria necesario confesar, so pena de desmentir solemnemente la existencia de la voluntad, que, aun despues de sentir nosotros la pasion del amor, es posible combatir esta pasion y triunfar de ella. Esta no es en verdad la doctrina de las novelas, pero es la doctrina de la razon y de la comun experiencia. La teoria de las pasiones, tal como la ha explicado esa detestable metafísica literaria que nos inunda, solo conduce á un fatalismo absoluto, que no admite el ejercicio de una voluntad y de una libertad, desconocidas por ella.

XXXIII.

Para que el amor sea, pues, santo, es necesario que pueda conducirnos al fin providencial que Dios le ha señalado. El estado de familia y de

sociedad han modificado forzosamente la primitiva sencillez de este fin, si es que en algun tiempo pudo reputarse como sencilla una cosa de tamaño interes y trascendencia.

XXXIV.

Guárdate bien ¡oh jóven! de jugar con el amor y de ceder á los instintos materiales que reemplazan alguna vez á la pureza y sublimidad de este sentimiento: su resultado serán los amargos remordimientos que devorarán tu conciencia hasta el último momento de tu vida. Acaso te dirán que es la mujer quien debe defenderse; pero responde á eso que, si asi fuera, Dios habria hecho á la mujer mucho mas fuerte que al hombre, puesto que todo lo pierde cuando sucumbe. Y acaso te replicarán tambien: la ley social ha sido poco justa, ha incurrido en error manifiesto creando una falta allí mismo donde Dios ha puesto el placer y por enseña de él el atractivo; pero responde tú á eso: la ley social es la ley de Dios que todos aplicamos y debemos aplicar de la manera que conviene al interes general: el hombre no debe, pues, en obsequio á su egoismo, tomar y desechar de ella los preceptos que le parezcan. Ultimamente, algunos peligrosos sofistas te dirán asi mismo y en tono sentimental: el amor es un sentimiento que lo abarca todo, que lo ennoblece todo; es la inteligencia que se manifiesta por el corazon. Respóndeles tú á eso; no: el amor no lo abarca todo, puesto que, una vez satisfecho, se modifica notablemente, y nos deja conocer y sentir las miserias que á todos nos afligen sin escepcion alguna; desgraciado de él si no viene en su ayuda la amistad, la amistad que siempre vá fundada en la razon. No: el amor no lo ennoblece

todo, porque solo es noble aquello que es grande, generoso, que lleva todas las condiciones del bien, y todos saben que puede haber amores indignos y culpables. Definir al amor "la inteligencia manifestada por el corazon" no es decir cosa alguna, ó al menos no es justificar cosa alguna, porque de cualquier modo que la inteligencia se manifieste, lo que de ella resulta nunca es bueno sino lo aprueba la conciencia. ¡Hombre! respeta, sí, respeta constantemente á la jóven á quien devolverias la deshonra en recompensa de su confianza y de su cariño: piensa en tu hermana, piensa en la hija de quien eres padre ó lo serás algun dia, piensa en los remordimientos que siguen siempre á una accion culpable. Respeta á la mujer de tu amigo, á la de tus semejantes, á la de tus mismos enemigos: piensa en que serás, á tu vez, esposo: piensa en las terribles consecuencias de una accion criminal, que no pocas veces cuesta la tranquilidad de una familia y la moralidad de una generacion entera.

XXXV.

Se habria observado quizá que nada hemos dicho hasta ahora de los deberes de la jóven en la eleccion de esposo; y nada hemos dicho, porque este deber no pesa sobre ella, sino sobre sus padres. Ella solo tiene el derecho, pero derecho absoluto y sin restriccion alguna, de consentir ó de rehusar el enlace. Le suplicaremos, sin embargo, que no se deje llevar en el ejercicio de este derecho, ni del sentimiento de vanidad, ni del espíritu de contradiccion.

XXXVI.

¿Qué es casarse? Prepararse á crear una nueva familia. ¿Hay alguna edad mas á propósito

que las demas para contraer matrimonio? Vale mas, á no dudarlo, casarse jóven, que en una edad avanzada; porque, contando la vida una duracion tan escasa, es muy posible en el último caso, dejar á una viuda la penosa tarea de dirigir la educacion de los hijos. ¿Es indispensable el amor para el matrimonio? Distingamos. Si se trata de un amor antiguo, destituido ya de ese carácter de pasion fogosa y delirante, es muy conveniente para contraer el matrimonio: si no, nó. Es tan poco lo que pueden comprenderse y estudiarse dos seres cuando no se encuentran sino en el delirio de su fantacia y en los espacios imaginarios, y se juzgan tan severamente el uno al otro luego que han comenzado á andar prosáicamente el camino de la realidad, que un amor ardiente y entusiasta no es ni puede ser nunca una garantía segura de la felicidad del matrimonio. Que haya, pues, conveniencia en la edad, en el carácter, la educacion, la posicion, y la fortuna: que haya una estimacion recíproca y mútuos propósitos de hacerse dichosos el uno al otro: el amor profundo y verdadero vendrá despues del matrimonio. ¿Cuál es en este caso el papel del marido? ¿Cuál el de la mujer? Las cuestiones se multiplican ya tanto, que seria necesario emplear algunos años en escucharlas y en responder á todas ellas. Sí, pero probemos, sin embargo, resolver algunas de ellas. Volvamos la vista atras y desenvolvamos los principios que quedan expuestos.

XXXVII.

El casamiento es el acto mas importante de la vida del hombre; y sin embargo, es al mismo tiempo el que se lleva á cabo con menos meditacion, y en el que se parte mas de ligero. La falta

consiste, de parte de los jóvenes, en el amor, que, por muy fundado y justo que sea, nunca deja de fascinar un poco á aquel á quien domina; y de parte de los padres, en una exagerada preocupacion en favor de los intereses materiales.—"Yó la amo," dice el jóven:—"Tiene una buena dote," dicen los padres, y el negocio se lleva á cabo sin mas motivos de conveniencia que estos, insuficientes desde luego para servir de base á la futura felicidad de aquel matrimonio.

XXXVIII.

Es imposible hallar en este mundo una cosa perfecta, y el mismo que la buscara estaria bien distante de poseer el raro mérito de la perfeccion. Casi, la armonía de los caractéres, no consiste tanto en su perfecta semejanza, como en ciertos contrastes que se hacen valer mutuamente. Sería, pues, de desear que, antes de pensar en casarse, y en obsequio á su felicidad futura, se penetrara el jóven de la idea de que debe estudiarse bien á sí mismo para conocer si podrá hacer despues todas las concesiones necesarias. Las dificultades que ofrece este estudio cuando media el amor, son las que hacen que tantos matrimonios, llamados de inclinacion, se conviertan á poco tiempo en insoportable infierno.

XXXIX.

Es ciertamente una niñería el reclamar como poco conveniente la costumbre que existió en cierto pueblo de la antigüedad durante algun tiempo, de no dar dote á la hija cuando contraía matrimonio. En aquella época la mujer no habia aun reconquistado sus derechos. Se la recibia sin

dote, no por generosidad, sino como un medio de asegurar su subordinacion. Hoy, el hombre es el que en realidad se vende, y ciertamente que gana poco en el negocio, puesto que, por regla general, la mujer que trae gran dote trae tambien grandes gastos. Y de todo lo dicho se deduce que, si bien es un deber del jóven y de los padres asegurar la posicion pecunaria del futuro matrimonio, no debe tampoco sacrificarse todo al interes de esta posicion, Véase cuánto podran necesitar para establecerse de un modo conveniente, y si alguno de los dos tiene la cantidad necesaria ó puede esperarla por medio de sus recursos: nada importa que el marido sea mas rico que la mujer, ó al contrario: esta desigualdad no influirá ciertamente en su felicidad futura.

XL.

Una vez realizado el matrimonio, empieza desde aquel momento para cada uno de los dos esposos una série de obligaciones que no cesará durante su vida. El código civil frances, que, sea dicho de paso, es un admirable tratado de los deberes sociales, y una obra filosófica de gran mérito, define con elegante sencillez la posicion respectiva de los dos esposos y las recíprocas obligaciones que de ella resultan; pero hay todavia otros deberes que ni este, ni ningun otro código del mundo, ha podido expresar, porque su cumplimiento no interesa á la sociedad de un modo tan directo. El moralista no puede, sin embargo, pasarlos en silencio. Por eso los reasumiremos aquí bajo la forma de axiomas, pues su misma sencillez nos dispensa de comentarios.

—El marido y la mujer deben hacer de manera que continuen agradándose por las mismas

cualidades que han conquistado su mútuo cariño, ó adquirir otras que formen entre ellos un vínculo de union indisoluble, si se han casado sin amor.

—Al marido pertenecen los grandes negocios, los asuntos que dicen relacion á la vida pública, y cuya esfera se halla separada del recinto doméstico: á la mujer corresponde la administracion y gobierno del interior de la casa.

—El marido no debe comunicar órdenes, sino dar consejos y hacer advertencias. Tampoco la mujer debe mandar, sino hacer proposiciones.

—Establézcase entre ambos esposos la recíproca confianza y el respeto mútuo.

—La estimacion y afecto de la mujer se conquista generalmente por las buenas acciones. Al hombre le gusta mucho ver prevenidos y anticipados sus deseos.

XLI.

Muchas cosas habremos omitido sin duda en este rápido análisis de los deberes particulares para con la familia; pero, con tal que el lenguaje haya expresado con fidelidad nuestros pensamientos, y que nuestros consejos hayan ido de vez en cuando derechos al corazon, nos daremos por satisfechos. Y ¿acaso hemos coucluido ya cuanto teniamos que decir acerca de la familia? ¿Pasaremos en silencio á esa servidumbre doméstica cuya decadencia tánto lamentan los panegirístas de los tiempos pasados? En muy pocas palabras puede decirse cuanto sobre este particular nos importa. Basta afirmar que el buen amo es el que forma el buen criado. Aquel no olvidará nunca que sus derechos sobre éste no van mas allá de la exigencia de ciertos servicios, por los cuales le recompensa y le paga el ejercicio de su

inteligencia y su trabajo: por eso, si bien emplea en casos necesarios el tono de mandato, usará mas frecuentemente el lenguaje de la benevolencia y de la confianza, huyendo siempre de la altaneria y del orgullo desdeñoso. Tampoco podrá desconocer el amo justo y prudente que no hay nada perfecto sobre la tierra, que él mismo tiene grandes defectos, sobre los cuales exige, con razon, que sus criados cierren los ojos y guarden silencio: y por lo mismo, no se ensañará jamas sino contra aquellos defectos, tales, por su naturaleza, que en un criado, es decir, en una persona de posicion subalterna y mercenaria, pueden traer en pós de sí disgustos y consecuencias desagradables.

XLII.

Digamos aun dos palabras para concluir.—Segun el modo como hemos definido la familia y expuesto los deberes peculiares á cada uno de sus individuos, pudiera creerse que dejamos á un lado aquella clase numerosa, que, por eleccion ó por circunstancias particulares, permanece extraña al matrimonio y á la paternidad. Protestamos altamente contra esta interpretacion; porque, si bien consideramos como un deber de todo hombre en general, el de vivir en aquel estado que Dios le ha señalado y prescrito, tambien reconocemos que, junto á este deber general, pueden colocarse como extrañas á él, muchas y muy honrosas excepciones. Creemos, sobre todo, que esto es muy cierto para las pobres mujeres, para quienes es tan rigurosa nuestra organizacion social, y en las cuales es, las mas veces, un acto de prudencia, de resignacion y de virtud acogerse al celibato religioso, y, francamente lo decimos,

estamos mucho menos dispuestos á ser en este punto indulgentes con los hombres. No desconocemos, sin embargo, cuántos obstáculos pueden oponerse á la realizacion de los mayores deseos y de los votos mas ardientes, para excluir del beneficio de la familia á los que no estan llamados á perpetuarla; pero, si acaso no son esposos, si esposos no llegan á ser padres, no por eso dejan de ser hijos, hermanos, &; y siempre que cumplan con los deberes de tales, justo será que ejerzan sus derechos, si de derechos puede hablarse, si puede hablarse de otra cosa que de reciprocidad de amor, cuando se trata de la familia.

V.

DE LA PATRIA.

I.

La patria no es solo nuestra casa, ni el territorio de nuestro pueblo, ni el de nuestra provincia, ni aun del estado en que hemos nacido. Es, principalmente, la reunion de la gran familia en cuyo seno nos hemos iniciado en la vida intelectual. Todos los razonamientos que se han hecho para apoyar la opinion de que la patria es aquel país donde se está bien, donde se posee alguna cosa, donde se ejerce, en fin, algun derecho de ciudadanía, no hacen mas que probar la falsedad del principio material sobre que descansa esta opinion. En efecto ¡cuántos hombres se encuentran mal en el país que tánto aman y á que llaman su patria! ¡Cuán

pocos poseen algo en ella, y cuánto menor es todavia el número de los que ejercen derechos políticos! ¡Cuántos, en fin, van á buscar á otros países ese bienestar, esa posesion, esa existencia política, y para los cuales, sin embargo, la verdadera patria es siempre la suya, objeto de su constante amor y de su mas noble orgullo! El sentimiento de la patria es lo mismo que el de la familia, puro, desinteresado y noble. ¿Amamos menos á nuestra madre por que al nacer solo pudo ofrecernos sus brazos por cuna? Despues de la idea de Dios y de la humanidad, la de la patria es la mas sublime y fecunda en virtudes, en inspiraciones heróicas.

II.

Si un extranjero viene por mera curiosidad á visitar vuestros hogares y á haceros desmedidos elogios de su patria, no se irrite por eso vuestro orgullo; pero tampoco pongais á su disposicion cuanto ofrece la vuestra con ese escesivo desprendimiento que trae á veces funestos resultados. Que vuestras concesiones lleven envuelta siempre una reserva en favor de esa patria que amais con tanta pasion: así es como se la hace estimar, como se la hace respetar. Si, por el contrario, recorreis vosotros un país extranjero, haced que en vuestra ausencia pueda decirse: "hace justicia á nuestra patria; pero le sucede lo que á nosotros: no encuentra en el mundo nada bueno, nada grande, mas que la suya." Si un desterrado se acoje á vuestro albergue, habladle de su patria: él la ama tanto mas, cuanto que le está prohibida su entrada, y amará la vuestra á proporcion del respeto que os vea profesar á la suya.

III.

El amor de la patria es mucho mas que un deber, así como el amor de la familia: es una felicidad, y solo los malvados estan privados de ella. Sin embargo, sin ser positivamente malo, y aun amando en el fondo del corazon á la patria y á la familia, puede uno muy bien no saber hacerse amable para ella, ó descuidar los medios de conseguirlo: en cualquiera de estos casos se falta marcadamente á un deber. Por lo mismo que no se ama á la patria como á la familia, es distinto el amor que, en recompensa del nuestro, recibimos de una y de otra, y nos vemos obligados á hacer diferentes servicios para merecer este amor. El de la familia lleva consigo un contacto mas frecuente, por consecuencia del pequeño espacio en que se ejerce: es mas vivo, mas contínuo, transige con todas las debilidades, y revestido de un gran fondo de indulgencia hasta con la inutilidad, solo decae ante aquello que es vil é indigno. El de la patria, mas vehemente en sus manifestaciones, parece de repente extinguido cuanda nada iguala á la intensidad de su duracion. No admite las debilidades personales, y, sobre todo, rechaza la inutilidad.

IV.

Lo que se entiende por utilidad para la familia no es lo mismo que lo que se llama la utilidad con relacion á la patria. La una se contenta con hechos, mas fácilmente que la otra, que necesita mas bien de ideas y pensamientos: el aumento de bienes es un beneficio positivo y completo para una familia, en tanto que la patria atribuye siem-

pre mayor importancia á un grande ejemplo ofrecido á la generalidad, á una grande idea divulgada, que á una mina de oro descubierta en su territorio. Basta para convencerse de esta verdad, recordar los pocos nombres que se han salvado de ese naufragio donde han perecido tantos otros. Pero no á todos es dado propagar grandes ideas ó descubrir minas de oro: no todos han nacido para dar al mundo grandes ejemplos que perpetúen su nombre y su memoria. ¿Qué haremos, pues, para hacernos útiles cuando nos faltan estos dos medios?

No hay nada mas fácil, si bien se mira. Con harta frecuencia vamos á buscar lejos de nosotros lo que tenemos á la mano. Esta observacion data desde el primer dia de la creacion. La primera necesidad social es el órden; mantener el órden ya establecido, regularizarlo cuanto sea posible, tal es el mayor servicio que podemos prestar á nuestra patria. Creen algunas personas que el patriotismo consiste en gritar muy alto contra los vicios, mas ó menos reales, de la organizacion política de su país; pero nada hay tan inexacto. El verdadero patriota vive y enseña á los demas á vivir de manera, que las imperfecciones de esta organizacion se hagan cada vez mas sensibles, para que, mejorándose gradualmente las costumbres públicas y propagándose ideas grandes y generosas, lleguen los gobiernos á modificarse por sí mismos en el sentido de la opinion pública juiciosamente manifestada.

V.

La primera condicion del cumplimiento de nuestro deber es el respeto á la ley: la segunda, es la apreciacion, tan justa como posible, del es-

píritu é intencion de esta: la tercera, es una inteligente aplicacion á su cumplimiento.

VI.

La ley no es otra cosa para nosotros que la proclamacion de un principio, la adopcion prescrita de una misma medida que se considera útil para los intereses de todos. Sea esta ley política ó civil, pertenezca á tal ó cual órden, ya se proponga un fin general ó particular, ya sea transitorio ó especial, todas tienen á nuestros ojos el carácter sagrado que hace que las respetemos, aun cuando creamos conocer que dejan de llenar completamente su objeto, aun cuando, utilizando el derecho que nuestros padres nos han trasmitido y que es comun á todas las naciones de la tierra, pidamos su revision y enmienda, con arreglo á los adelantos de la civilizacion y al progreso de las ideas. ¿Puede uno no amar á su patria, puede dejar de trabajar sinceramente en serle útil, cuando está en su mano manifestar que las leyes solo se han hecho para el bien de los asociodos, y cuando depende de cada uno en particular y de todos en general corregir los errores del primer legislador? Por desgracia, lo que mas importaria que conociesen las masas sobre este punto es lo que precisamente ignoran, por falta de una enseñanza adaptada á sus necesidades cívicas. Y esta falta es tanto mas lamentable, cuanto que las masas consideran contrario á sus intereses y á sus derechos todo aquello que no comprenden.

VII.

Indudablemente haria un importante servicio á su país el hombre que, en una escuela de adul-

tos, dijese, sobre poco mas ó menos, estas cosas:— "Voy á explicaros, amigos mios, la ley política y civil de nuestro país. No os asusteis al oir esto: seré muy breve: no vayais preparando vuestras inteligencias para el difícil estudio de materias abstractas; porque, como yo no soy sábio, no abrigo la pretension de hacer de vosotros otros tantos doctores. Creo, por el contrario, que habré desempeñado cumplidamente mi tarea cuando os haya dicho respecto de la ley política lo siguiente:—Nuestra asociacion se compone de ciento, mil, ó millones de individuos, que tenemos cada uno nuestros intereses particulares, los cuales exigen, para ser bien servidos, que todos los asociados tomen parte en ellos, ó, mejor todavia, que todos los asociados se entiendan para crear un fondo comun de fuerzas, al que pueda recurrir cada uno en ciertos casos para suplir la falta de las suyas. Pero, antes de reunir estas fuerzas, conviene poner una persona á la cabeza de ellas para su custodia y equitativa reparticion; porque sin esto habria muchos que, despues de haber tomado su parte, volverian gritando mas alto que los demas, para conseguir por este medio, ó por el de la astucia, llevarse todavia lo que no les corresponde.—La Nacion necesita, pues, de un jefe, de un vigilante, de una persona puesta al frente de ella, para su direccion y cuidado. Despues nos pondremos de acuerdo sobre las cosas que deben componer ese fondo comun, sobre cuya naturaleza y circunstancias nos dará muy buenos consejos y nos hará muy útiles advertencias el mismo jefe, cuya sublime mision es la de saber y entender mas que todos los otros, si ha de figurar dignamente en el puesto que ocupa.—Tambien nos pondremos de acuerdo despues para discutir estos consejos y advertencias y para ex-

poner sobre ellos nuestra opinion decisiva.—Pero, como para discutir es necesario conocer á fondo apuello que se discute, y como no todas las personas tienen medios para pasar su tiempo en el estudio, práctica en conocer lo que mejor conviene á la felicidad comun, por esta causa debe confiarse semejante cuidado á un cierto número de ciudadanos, elegidos entre todos como los mas hábiles y entendidos.—Ahora bien, la eleccion de estos ciudadanos es un acto de la mayor importancia y trascendencia, y no debe confiarse sino á los que ofrecen garantías de verificarla con acierto. De este modo, pues, es como ya tenemos contituidos en nuestra nacion el Gobierno y la Cámara de Diputados, que es como se llaman aquellos elegidos.—Mas, ¿no os parece que falta todavia alguna cosa? Si el Gobierno, ó sea el magistrado que nos manda, no obedece ni hace obedecer la ley que la Cámara dicta en provecho de los asociados, ó estos la infringen ¿quién será entonces el juez? El buen sentido nos indica, desde luego, la necesidad de un tercero, para dirimir este caso, darle su aplicacion á la ley, ó castigar al que la infringe, y que este tercero, si bien no tenga intereses opuestos á los de los primeros, porque eso es imposible entre ciudadanos sujetos á unas mismas leyes, no sea, sin embargo, del mismo carácter y naturaleza que aquellos, para que, pudiendo ver las cosas bajo un aspecto diferente, su opinion lleve siempre en sí misma una gran presuncion de imparcialidad y de justicia. Asi, ese tercero, viene, pues, á ser, la Corte ó el tribunal de justicia: quedando de este modo nuestra nacion representada por tres Poderes, que, si bien distintos en su forma, son idénticos en su fin:—Poder legislativo, Poder ejecutivo, y Poder judicial.—Ahora, si quereis prestar-

me aun alguna atencion, espero poderos dar una idea exacta de algunos otros puntos, que son como consecuencia de los anteriores, y sobre los cuales podreis reflexionar aun con mas seguridad y acierto, cuando hayais buscado su aplicacion en vosotros mismos y en aquello que os rodea, como nosotros acabamos de hacerlo, suponiendo siempre la mejor intencion de parte de los autores de la ley."

VIII.

Acaso nos engañamos; pero creemos sinceramente que, si las leyes, en vez de conservarse á una altura donde las masas no pueden hacer mas que entreverlas, se interpretaran de este modo en su espíritu, es decir, en sus motivos y en su fin, serian mucho mejor comprendidas, mucho mejor ejecutadas, y estarian mas al abrigo de esos comentarios, dictados unas veces por la pasion, otras por el espíritu de partido y las mas de ellas por un sentimiento de exagerada vanidad y un espíritu de crítica, de que tan dificilmente pudiera desprenderse un gran número de personas, mas ignorantes de lo que ellas se figuran.

IX.

Las nueve décimas partes de las insurrecciones contra la ley provienen de que las personas encargadas de su ejecucion no aprovechan jamas las muchas ocasiones que se les ofrecen para explicar á sus subordinados el espíritu y objeto de ellas. Aun en las francesas, que gozan de tán general aceptacion, la *exposicion de motivos* no viene á ser mas que el alegato de una de las partes

en un negocio que no se ha ventilado todavia en juicio contradictorio, y, en su calidad de alegatos, son algunas veces sobradamente largos. Por otra parte, estas exposiciones no pueden publicarse con la ley votada, la cual las desmentiria no pocas veces. ¿Seria, pues, atentatorio á la dignidad de la ley el hacerla preceder de considerandos que indicaran su objeto y necesidad? ¿Qué es en definitiva una ley, sino una sentencia dictada en un pleito social? Esto no se practica, sin embargo, al menos en el dia; y por eso es un deber nuestro el trabajar de buena fé por suplir esta omision, y enseñar el modo de suplirla al mayor ó menor número de imitadores que cuenta cada uno de nosotros.

X.

Cuando esta medida no acarree otras ventajas que la de darnos sangre fria en ciertas circunstancias, esta sería ya, por sí sola, de grandísima trascendencia; pero aun ganariamos mucho mas adquiriendo con ella un gran número de ideas exactas sobre las cosas mas importantes. La metafísica social, si asi podemos explicarnos, la metafísica social, por sí sola, haria notables progresos. Las palabras sagradas de *libertad* y de *igualdad*, que han dado orígen á tán contradictorias declamaciones, vendrian al fin á representar ideas claras y precisas. Asi, no solamente debería permitirse, sino aun encargarse á los profesores de moral, que se ocupasen de estas materias, puesto que, en el fondo, no son menos usuales que muchas otras, á las cuales se dá lugar en la enseñanza diaria.

XI.

La libertad no es uno de nuestros derechos, es nuestra naturaleza misma. Puede concebirse un alma que no tenga los mismos medios que otra para manifestarse; pueden admitirse, por estas y otras razones, ciertas causas de desigualdad entre los hombres; pero lo que no puede concebirse es un alma privada de libertad; porque sin esta facultad y esta libertad de elegir y de apreciar lo que conviene ó no conviene á nuestra naturaleza, caemos en el caos en que se debate el materialismo. La libertad, en su última esencia, es el alma misma; pero esta alma se halla unida á un cuerpo: por eso el alma y el cuerpo constituyen ese ser mixto que tiene dos destinos, uno moral, y otro material, distintos uno de otro en cuanto á su fin, mas no independientes en cuanto á su cumplimiento. La libertad, pues, se revela completamente en el hombre que cumple de una manera regular su destino como ser espiritual, como ser material, como individuo de una familia, y eomo miembro de una sociedad, y que lo cumple con la conciencia de lo que le conviene y de lo que le perjudica. Mas, como esta definicion exige para su mejor inteligencia algunas nociones preliminares sobre la existencia del hombre, se prefiere generalmente considerar á este último en cada una de las condiciones en que puede colocarlo su destino, y dar el nombre de libertad á lo que, en el fondo, no es otra cosa que el derecho de no ser impedido en el ejercicio de una de las maneras de su propia libertad. Asi la libertad personal no es mas que el derecho de no ser impedido en cuanto á la disposicion de su persona; la libertad del pensamiento es el dere-

cho de no ser impedido ni coartado en la emision de sus ideas; la libertad política es el derecho de no ser estorbado en cuanto á la facultad de disponer de su persona y de sus ideas en beneficio de la asociacion; y la libertad civil no es otra cosa que este mismo derecho, ejercitado individualmente y aplicado á las relaciones que unen á los asociados entre sí.

XII.

Por lo que acabamos de exponer se vé, pues, que la libertad, aunque absoluta en su principio, es una cosa relativa en su aplicacion; porque, desde el momento en que hay asociacion, hay renucia forzosa de parte de cada uno de los asociados del libre ejercicio de su voluntad y de su capricho, dado que la parte nunca puede aspirar á dominar el todo. Reflexionando sobre esto, ó haciendo aplicacion de este principio á todas y á cada una de las cosas que pueden ser objeto de la libertad, se encontrará la solucion de las mas árduas dificultades, y se comprenderá cómo el hombre puede enagenar una parte de su libertad, mas no su libertad entera; cómo el hombre que, cuanto mas se ilustra, tiene una idea mas exacta y un sentimiento mas profundo de su destino, se hace al mismo tiempo mas cuidadoso y amante de su libertad; y cómo Dios ha marcado con el sello de la reprobacion y de la infamia al tirano y al esclavo voluntario: á este, porque procura destruir en sí mismo la conciencia de su destino; á aquel, porque procura destruir en los demas esta misma conciencia.

XIII.

La igualdad es la facultad de ejercer jerárquicamente unos mismos derechos y de estar so-

metido á los mismos deberes. La igualdad de los hombres entre sí es, esencialmente hablando, absoluta para con Dios, cualesquiera que sean las diferencias que, por otra parte, distingan á unos de otros; todos estan dotados de una alma de la misma naturaleza, y todos han sido creados para el mismo fin. La igualdad es tambien absoluta en lo que concierne á las cargas y á las ventajas del estado social, puesto que Dios mismo nos las ha impuesto, sin mas objeto que el de facilitar al hombre el cumplimiento de su destino. Por último, la igualdad es tambien absoluta en cuanto al respeto que todos los hombres se deben recíprocamente como hombres y en cuanto al derecho, que todos deben reconocer y respetar en los demas, de aspirar y de trabajar por hacerse cada dia mas útiles. Pero la igualdad deja de ser absoluta desde que se considera á los hombres, no ya con relacion á su orígen comun, sino al valor físico ó moral de cada uno de ellos, es decir, con relacion á la utilidad que cada uno puede prestar á sus semejantes. No admitir aquí la desigualdad, no admitir la perfectibilidad de la inteligencia y la superioridad de aquella que progresa y va siempre delante de las otras, es destruir todas las ideas del bien y del mal moral, es pretender que todas las acciones son indiferentes, es, en fin, soñar un imposible físico y moral; puesto que, no solo no puede existir esa igualdad absoluta, pero ni aun puede haber semejanza completa entre los seres de la misma naturaleza, aun cuando sean seres materiales y cuerpos inanimados: tómense, por ejemplo, dos gotas de agua sacadas del mismo vaso, y se verá cómo ofrecen siempre materia á la comparacion, y, en último análisis, á la preferencia. Por lo demas, esa desigualdad de que ofre-

cen continuos ejemplos en la práctica aquellos que, por falta de atencion, por cálculo ó por debilidad, la niegan constantemente en teoría, no constituye razas ni castas, es enteramente individual y completamente amovible: aquel á quien ciertas personas tratan hoy con desden, por figurar entre los hombres insignificantes, será quizá mañana un hombre eminente, mientras que el hijo de otro personaje célebre pasará confundido entre la multitud, sin nombre que lo distinga.

XIV.

Aun hay otro deber que nos impone la patria, y de que no hemos querido hablar hasta despues de exponer los que nos parecian mas sencillos, mas fáciles de llenar, y cuyo cumplimiento basta, por otra parte, para penetrarnos de la obligacion anexa al que vamos á indicar, y que es el de estar prontos á toda hora para hacer á la patria cuantos sacrificios exija de nosotros, incluso el de la vida. Pero es de observar que, ni la patria, ni la familia, pueden jamás exijirnos el sacrificio del honor. Si, á pesar de ser imposible, lo exigiese, en este caso nuestro deber sería, por el contrario, resistirlo; porque tenemos un superior cuyos mandatos debemos de obedecer antes que todas las órdenes humanas: hablamos de Dios, que nos ha dado una conciencia como señal de su poder sobre nosotros.

XV.

Hubo un tiempo en que la patria exigia aun otro sacrificio, tan imposible como el del honor, porque pretendia imponernos las creencias religiosas por medio de la fuerza. La civilizacion mo-

derna, llevando por norte los santos y sublimes preceptos del Salvador del mundo, aconseja y exorta á los hombres á profesar aquella religion, única verdadera, fuera de la cual la salvacion es imposible; pero no emplea para este fin otros medios que la persuacion y la palabra.

VI.

DE LA HUMANIDAD.

I.

No basta amar á la familia y á la patria; es preciso amar tambien á la humanidad, es decir, á todos los hombres. Amar á la humanidad es investigar cuidadosamente los títulos que justifican el destino moral del hombre y constituyen su dignidad: es trabajar para que todos cumplan del mismo modo este sublime destino: es respetar en sí mismo y en los demas la alta dignidad del ser que, á escepcion de todos los demas seres, ha recibido del Creador una alma inmaterial é inmortal: es tomar parte en los sufrimientos de toda clase que afligen á los hombres, cualquiera que sea la familia, la nacion, la raza á que pertenezcan, y trabajar con todo su poder en disminuir estos sufrimientos. Amar á la humanidad, en fin, es querer que el hombre se ilustre, se moralice, marche asi á la perfeccion con un paso mas rápido y mas seguro. El que limita sus acciones al reducido círculo de la familia, aquel á quien el resto de los hombres es indiferente, ó que no estima mas que á sus conciudadanos y compatriotas, no comprende la verdadera nobleza del

hombre, ni tiene verdadero amor, ni verdadero patriotismo. Carece de ese sublime sentido moral, que es el sello de la superioridad espiritual del hombre, del sentimiento religioso. La gran familia humana no tiene para él un mismo padre, un mismo destino, una misma ley, personificada en Aquel que es la sublime esencia de todas las cosas, de donde la humanidad ha salido, y en cuyo seno volverá á confundirse en la consumacion de los siglos—¡Dios, Dios, y siempre Dios!

II.

La humanidad es una. Las grandes familias que la componen, hostiles entre sí por largo tiempo, olvidadas de su orígen comun, se reconocen al fin hoy. La civilizacion penetra ya hasta en aquellas que se han acercado las últimas al foco regenerador: las distancias han desaparecido: los hombres se dan la mano desde todas partes: el pensamiento se multiplica por el movimiento que lo fecundiza, y la humanidad, impaciente por ver realizado su misterioso, pero cierto y sublime, destino, no forma mas que un solo pueblo, una sola ciudad, compuesta de todos los pueblos y de todas las ciudades esparcidas sobre la superficie de la tierra. La palabra divina revelada á los hombres hace dieziocho siglos, repetida á cada instante, comentada ansiosamente por todas las inteligencias, se ha hecho la ley suprema de la humanidad. Todo descansa hoy dia sobre la *fraternidad*, *libertad*, *igualdad*, derecho público y moral privada, todo se ha afianzado sobre tán sólida base, y marcha necesariamente hácia un progreso cada dia mas palpable. Todos sienten y conocen, aunque ninguno se dé una razon exacta de ello, que el rico necesita al

pobre y el fuerte al débil, asi como estos tienen á su vez necesidad de aquellos, porque tal es el órden de las cosas en este mundo, dondc nada hay estable sino el pensamiento del Creador. Todos sienten, en fin, que Dios nos ha puesto los unos al cuidado de los otros, que la presencia sola de un hermano basta para consolarnos, asi como las alegrias son incompletas si no las partimos con él. Aceptemos, pues, hermanos, aceptemos gustosos esta santa mancomunidad; hagámosla cada dia mas práctica, ya como particulares, ya como cuerpo de nacion respecto á las demas naciones, y que ningun ser humano pueda quejarse en adelante de que vive abandonado. Abandonar á nuestros hermanos es sumirlos en el estado de postracion y de abatimiento: es darles una muerte moral antes que la física, cuando podian, cuando querian, cuando tenian el derecho de vivir, y cuando nos hubieran vuelto centuplicada la ayuda y el auxilio que les hubiesemos prestado. Multipliquemos nuestras casas de misericordia y de asilo, honremos los hospitales y los hospicios, y no dejemos ningun lugar á donde no penetre la instruccion, esa constante revelacion de Dios al alma, trastornada por la embriaguez de la vida: entónces habremos hecho mas que conservar buenos y útiles ciudadanos al Estado, mas que administrar justicia, mas que animar y alentar á los trabajadores; habremos acelerado el porvenir religioso de la humanidad; habremos conquistado la admiracion, el reconocimiento que profesarán á nuestro siglo los siglos venideros, proclamándole como el mas grande de todos, porque conocerán demasiado bien cuántas y cuán espesas nieblas de discordias y de odios habrá logrado disipar al soplo de su ardiente caridad.

III.

La humanidad es una cosa tán grande y tán santa, que no se puede hablar de ella dignamente sino apelándo á las más altas ideas que puede concebir la inteligencia humana. Las civilizaciones que han precedido á la nuestra no le han sido inferiores sino porque no estaban fundadas sobre el cimiento de la fraternidad, porque desconocian la humanidad. ¡Qué de vacilaciones en el entendimiento, qué de revelaciones sucesivas no hán sido necesarias para pasar, por grados, de la creencia vaga é incierta de la existencia del alma, primero confundida con el cuerpo, despues distinta de este, pero material, al fin espiritual, pero noble ó vulgar, segun emanaba de ciencias colocadas á mas ó menos altura, á la nocion clara y precisa de un alma inmaterial é inmortal, emanacion de un solo principio, y que forma de la humanidad entera una sola familia de hermanos! De esta igualdad de orígen y destino ha emanado despues la igualdad de derechos: el bien y el mal han dejado de ser poderes creadores, poderes independientes uno de otro, para no ser mas que consecuencias del principio de libertad, que es á su vez consecuencia del de la inmortalidad del alma: y la *caridad*, hija de la fraternidad, ha venido á cambiar enteramente la faz de la tierra.

IV.

Felicitémonos, pues, de vivir en los tiempos que vivimos. El porvenir será grande, será bello sin duda; pero no disfrutará del magnífico espectáculo de la lucha cuyo fin se vá á tocar. Nues-

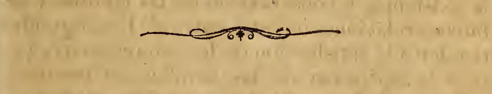
tros biznietos serán como los herederos de las grandes casas: venidos al mundo en medio de la opulencia, no pueden apreciar la emocion que produce la felicidad en el momento en que sucede al malestar, ó la desgracia. Algun dia, mañana quizà, aparecerá un hombre de génio que nos escribirà una historia, en la cual, bajo formas sencillas, pero revestidas de sumo interés, veremos descrita la penosa marcha que ha emprendido la humanidad para llegar à poseer eso que nosotros disfrutamos hoy sin estimarlo en su verdadero valor. Entónces será cuando aprendamos á amar á nuestro país, y, con él, à todos los países de la tierra; entónces haremos al presente mas justicia de la que le hacemos hoy. En otro tiempo, àntes que hubiesen germinado las grandes ideas que hoy se hallan difundidas por toda la superficie de la tierra, la caridad, virtud dulce, tímida y tranquila, iba consolando á los desgraciados uno á uno. Asemejàbase entónces à la buena mujer que recoje al niño abandonado y le dice:—"Tu serás el hermano de mis hijos: yo trabajaré en adelante para que no seas mas desgraciado que ellos." Hoy, la caridad es una madre jóven, enorgullecida con sus hijos, à quienes ama con igual cariño, sin distincion alguna, pero con un amor varonil, cuidándose muy poco de que el fondo de su cuna sea de pluma ó de paja, con tal que sea cómoda y capáz, para que el niño se conserve sano de espíritu y de cuerpo; es la madre fecunda que tiene demasiados hijos para tener tiempo de llorar con unos y reir con otros, y que les dice señalándolos sin designar á ninguno en particular:—"Todos son mios, y aunque no todos son hermanos ni fuertes, todos llegarán à serlo, porque todos se ayudarán entre sí; y si no basta un sol para calentarlos, Dios, el

padre comun y misericordioso, creará tantos, cuantos sean necesarios, á fin de que florezca y fructifique esta tierra bendita." La caridad entre los particulares debe parecerse á esta gran caridad social.

V.

Ahora ¿qué me decis de los clientes y de los patronos, de los hospitales y de la contribucion del pauperismo, de las limosnas y del perdon de las injurias? Los patronos de ayer son hoy clientes, para volver à ser patronos mañana: no hay mas que un solo patron, Dios. ¿Què me dices de los hospitales? Eso no es mas que un socorro, un auxilio: no es mas que la segunda parte de la caridad: la primera es dar trabajo, ofrecer medios al pobre de desterrar la miseria y, con ella, el malestar ó las dolencias. La contribucion del pauperismo tampoco es la verdadera caridad: ese es el ùltimo expediente á que apelaba el antiguo égoismo de razas: poned en libre circulacion la propiedad, desatad los brazos como está ya la inteligencia, y el pobre no será víctima de las clases superiores ó privilejiadas, cuya especie acaso conservará Dios algun tiempo sobre la tierra, como conserva el alma para servir de sancion al bien. Hablais de la limosna. Y ¿creis, por ventura, que con haber distribuido todo lo supérfluo, y aun lo necesario, entre las manos que imploran vuestra compasion, habreis cumplido en un todo con los deberes de la caridad? No: lo que dá vuestra mano no es nada en comparacion de lo que dá el corazon: guardad vuestro oro, y proporcionad al pobre los medios de ganar su sustento por sí mismo: entónces cumplireis á la letra con aquel magnífico precepto: "Haz á los

otros lo que quieras que te hagan á tí mismo." En cuanto al perdon de las injurias, puede decirse que es el principio de la caridad, pero no la caridad entera. El hombre feliz posee fácilmente toda clase de virtudes: haced que los demas sean dichosos en derredor vuestro, eso valdrá todavia mas que perdonar. La caridad, la caridad verdaderamente santa, es amor razonado de la humanidad. Severa, aun con aquellos mismos que son objeto de sus preferencias secretas, se propone prevenir el mal, mas bien que recompensar el bien. La caridad, en suma, es la justicia y nada mas que la justicia. Y como la justicia no se encuentra en ninguna parte fuera de la idea de Dios, cuanto mas elevado sea el sentimiento de la justicia, mas estrechamente abrazará, no ya á una parte de la humanidad, sino á la humanidad entera. Asi, cuanto mas grande y fecunda es la idea de Dios, mas profundo es el sentimiento religioso, y mejor comprende el hombre que no es en la tierra sino en el Cielo, en Dios, donde debe buscar su principio y su fin.



SECCION TERCERA

CONCLUSIONES.

I.

Volvamos sobre nuestro camino, y reasumamos los deberes á que estamos sometidos para con nosotros mismos, con nuestra familia, la patria, la humanidad y Dios. En efecto, lo que entendemos por deberes públicos no es otra cosa que la reunion de los deberes privados y sociales, considerados en su aplicacion á un órden de hechos mas elevado. Divídense estos en dos clases: civiles y políticos. Los primeros tienen por objeto el que se lleven á cabo las condiciones necesarias para la existencia y conservacion de las familias y las buenas relaciones de estas entre sí. Los segundos tienden á la satisfaccion de los intereses cuya base es la asociacion de las familias en naciones, cada una de las cuales tiene su vida, su fuerza, su manera de obrar que le es propia.

II.

Los deberes respectivos de padres, hijos, maridos y mujeres, son deberes civiles, porque in-

fluyen sobre el estado público de la familia. Vienen en seguida otros deberes, impuestos á los individuos como tutores, como miembros de los consejos de familia, como testigos en los negocios civiles y en las diversas transacciones entre particulares, como árbitros en algunas cuestiones, como jurados para examinar el grado de exactitud en una acusacion, y en fin, como funcionarios públicos y como magistrados, cualidades que imponen ademas la obligacion de cumplir con otros deberes políticos. Se dirá que presentamos constantemente el interés como sancion del deber; pero no dejaremos de insistir en nuestras ideas á despecho de esa acusacion, que en ningun caso puede dirigirse contra nosotros; y repetiremos con Aquel cuyas inspiraciones valen mas que las de todos los pensadores juntos: "Haz á los otros lo que quieras que te hagan á ti mismo." ¡Sí, sí! Temed, ciudadanos, que podeis dejar hijos menores al tiempo de vuestra muerte. ¿Quisiérais entónces que se les abandonase, que se dilapidase su hacienda? Acaso sereis acusados ante un tribunal. ¿Quisiérais oir entónces un falso testimonio, ó una asercion inexacta contra vosotros? Y ¿qué pensaríais de un veredicto pronunciado sistemáticamente, sin mas apoyo racional que el de la simple naturaleza del hecho, ó el de vuestra posicion personal, y no bajo el sólido fundamento de la conviccion de vuestra culpabilidad ó de vuestra inocencia? Reflexionad bien sobre esto, y vereis qué el mal tiene su reciprocidad, lo mismo que el bien.

III.

Los deberes políticos no son mas graves en sí mismos que los deberes civiles; pero el descuido

de su observancia pudiera producir muy funestas y trascedentales consecuencias. Precisamente la libertad política tiene de particular el que cuanto mas se desarrolla, mas pertenece el individuo á la sociedad, y el ciudadano no puede aislarse de los demas ciudadanos.

IV.

Esta verdad, que todo el mundo conoce y proclama con la conviccion mas profunda, parece perder mucho de su autoridad cuando se trata de ponerla en práctica. Asi, en muchos lugares, por ejemplo ¡con qué calor no se reclama esa entidad abstracta á que se llama derechos, y con qué frialdad atiende cada uno á aquella otra que dá vida á la primera, y á que llamamos deberes políticos! Todo el mundo se indigna porque el país no marcha como debiera, y al mismo tiempo el guardia nacional, el jurado, el elector, el elegible, el diputado, el funcionario público &, &, todos se olvidan de que su posicion se ha establecido para llamar el mayor número posible de ciudadanos é influir sobre la marcha de los negocios bajo la direccion del espíritu público. La idea de perder los derechos causa una revolucion verdadera, y sin embargo todos se apresuran á eludir los deberes anexos á su estado. Esto es mas que cometer una inconsecuencia: es hacerse culpable de infidelidad, porque en estas diversas posiciones cada uno es mandatario y no constituye poder independiente.

V.

Pero todavia pudiera ser menor este peligro, si esta deplorable indiferencia fuera la única falta que se pudiera reprender á un gran número

de ciudadanos. El egoismo, la vanidad, la codicia, se ponen al servicio del mal que existe por todas partes, en las clases altas, en las medias, en las mas bajas; ayudan al poder y á las masas á engañarse recíprocamente, á hacer creer al primero que es permitido gobernar explotando los malos instintos y las malas pasiones, y á las segundas que el mal vale mucho mas que el bien, puesto que muchas personas, reputadas por hábiles, se sirven de él y lo explotan en provecho suyo, con preferencia al bien. ¡Ah! No quiera Dios que vayamos á entristecernos fijando los ojos sobre el espectáculo que de tiempo en tiempo se nos presenta: creemos con demasiada firmeza en el bien para dejarnos llevar á un estado de abatimiento y de postracion. Acaso en épocas anteriores hayamos practicado mas generalmente una virtud, que despues se ha hecho mas habitual: y examinando con detencion aquellos tiempos, descubririamos probablemente que esta virtud hallaba su principal mérito, y sacaba sus principales fuerzas de ciertas circunstancias que ya no existen. Por otra parte ¿pudiera señalarse una época en la historia en que la dignidad del hombre haya sido mas unánimente reconocida, en que el comercio mútuo de las ideas haya sido mas activo, en que la arbitrariedad haya encontrado menos cábida? Lo repetimos, aun en presencia de esos mismos males, que todos deploramos, nunca, en ninguna época han existido tántas virtudes, tántas creencias, tántos ciudadanos penetrados de la santidad de sus deberes y tán dispuestos á su cumplimiento. Nada debe asustarnos ese nublado que pasará, ese polvo que levanta el trabajo de la civilizacion, y que disipará muy pronto el bien purificador, que sopla de todos los puntos del horizonte.

VI.

Sin embargo, en el mundo nada se hace de la nada, y Dios ha impuesto al hombre el deber de obrar, como condicion indispensable para producir resultados. No basta, pues, descansar en la tranquilidad de la conciencia y en las buenas intenciones que nos animan: es necesario trabajar, y, para hacerlo con provecho, debemos antes examinar el medio que nos ha de llevar mas pronto y con mas seguridad al fin que nos proponemos. Este trabajo es ahora mejor que nunca, uno de los deberes públicos mas imperiosos.

VII.

Pero, por lo mismo que este estudio es mas obligatorio, y que, por consiguiente, se consagra á él mucho mayor número de entendimientos, exige mayor calma y prudencia. Se han emitido tántas ideas generales, y aun en el dia se conservan brillantes y engañosas tántas otras que han reconocido ya por falsas aquellos mismos á quienes primero habian seducido, que es menester guardarse de creer en apariencias, y antes de adoptar aquello que se considera como un principio, debe observarse cuidadosamente si este supuesto principio se halla ó nó en contradiccion con algun otro de los practicados y reconocidos como buenos por el consentimiento unánime de todos los ciudadanos.

VIII.

Este trabajo es muy difícil sin duda alguna, y por esto mismo vamos á indicar un medio que

conducirá al mismo fin, sin costar tán grandes esfuerzos, y es que cada uno de nosotros, sea artesano, poeta, sábio, magistrado, soldado, funcionario público &, alimente dentro del pequeño círculo que le rodea el espíritu de justicia, de caridad, de fraternidad; y por vasto que sea el círculo, en que esté llamado á obrar, estará siempre á la altura de su mision, verá siempre las cosas con imparcialidad, y será el mas sábio y el mejor de los ciudadanos. Tal es en resúmen el adorable y único precepto que nos tiene marcado, con su bondad inmensa, la voluntad de Dios.



SEGUNDA PARTE

HIGIENE.

PRELIMINARES.

I.

La higiene cuida de la salud pública y privada. La salud se revela exteriormente por la losania y agilidad del cuerpo. Los griegos hicieron de la salud, con el nombre de Hygie, una diosa cuyo estátuario personificó su imágen y consagró su recuerdo. Tal es el orígen pagano de la palabra Higiene.

II.

Es, pues, la higiene el arte de conservar la salud y de alargar la vida: es una coleccion ordenada y lógica de preceptos para dirigir los órganos en el ejercicio de sus funciones, evitar las cosas nocivas y usar metódicamente de las útiles. En una palabra, la higiene nos enseña á vivir y á precavernos de ciertas enfermedades, causadas por nuestra ignorancia ó nuestros vicios.

III.

La salud es perfecta en todo individuo que come con apetito, que digiere sin eructos y pesadez, que respira comódamente de 15 á 18 veces por minuto, sin tos ni dolor, cuyo pulso dá 60 ó mas latidos por minuto, que anda y se mueve con cierta agilidad, y que duerme sin agitacion ni sueños penosos, de cinco á siete horas cada noche, segun lo edad y la fatiga.

IV.

Para que una persona llegue á este estado y se mantenga en él, es indispensable que siga los preceptos de la higiene. Este arte, fundado en el estudio de la organizacion humana y en la observacion de las varias faces que presenta, nos dá las reglas oportunas para conjurar todas las causas de enfermedad y de muerte accidental ó prematura. La higiene, mas bien que un arte, es una especie de virtud, segun la expresion de Rousseau, ó, mejor dicho, un complejo de casi todas las virtudes, como dice el doctor Rostan.

V.

Este arte precioso debe, por consiguiente, formar parte de toda educacion bien sistemáda. Ya en las escuelas de primeras letras debieran ponerse en manos de los niños cartillas higiénicas, acomodadas á su edad é inteligencia. Igual esmero convendria tener en las escuelas de segunda y tercera enseñanza, ó sea en los colegios, en las universidades y en las escuelas especiales, sin olvidar las fábricas, los talleres y los campos,

donde tantos estragos causa la ignorancia de las reglas de conservar el inestimable bien de la salud. La higiene es el arte por escelencia; sin él, de nada sirve todo cuanto se enseña, se aprende y se adquiere: porque la ciencia, la gloria, las riquezas, los honores y los bienes nada valen sin la salud: vivir en un estado de impotencia, no es vivir, sino sufrir la existencia como un tormento. La salud es la unidad que dá valor á los ceros de la vida.

VI.

Siendo muy limitado el espacio de este tratado, poca cosa nos será dado decir en obsequio de la historia de la higiene, asunto de suyo tan vasto como dificil. Dificil, porque ha llegado ya á ser un lugar comun de erudicion; y vasto, porque comprende, ademas de los ramos médicos, las instituciones, las leyes, los usos y hasta los monumentos de las naciones. Con efecto, el instinto de conservacion es el móvil de las sociedades, asi como el que dirije los actos de la vida individual. "Ser ó no ser" es la eterna cuestion de la humanidad; y todo lo que esta ensaya en el órden moral, no es mas que la expresion de su lucha contra la destruccion; lucha en la cual las generaciones se suceden, y cuyo premio sin cesar disputado, sin cesar reconquistado, es la vida bajo todas sus faces, la vida depurándose por grados y engrandeciéndose con los siglos.

VII.

Cualquiera aglomeracion de hombres que se forme en un punto del globo, rudimento de una nacion, se organiza para durar, para resistir, y

confiere el mando ó gobierno al que mejor sabe comprender las grandes necesidades de la existencia colectiva. Legislador político ó divino, simple código ó revelacion, Foro ó Sinaí, el poder que se establece tiene su sancion en el fin que se propone, pues tiende á comunicar á las reuniones de hombres la plasticidad social, al efecto de que se organicen y conspiren armónicamente á la perpetuidad de la especie, asi como en virtud de otra plastidad se ordenan y conservan los instrumentos del microscósmo humano.

VIII.

La higiene revestida con las formas de precepto religioso y de mandato civil, antecedió, pues, á la higiene que preside científicamente por via de deduccion. En el órden de los tiempos, la higiene tiene por representantes el profeta, el legislador y el sábio: el primero impone con la autoridad que le prestan las luces superiores ó las tradiciones del santuario; el segundo reasume en sí el estado con sus intereses y sus necesidades; y el tercero, individualidad aislada, se dirige á las razones individuales, y no ejerce sobre las masas otra accion que la misma de las verdades, de las cuales se hace intérprete. Si se quiere traducir por nombres históricos esa triple fase del trabajo conservador que se verifica en probecho de las sociedades, basta citar á Moisés, Licurgo, Hipócrates, &. El uno invoca á Jehová, el otro á la patria, y el último á la naturaleza, para propagar entre los hombres las reglas de vivir sano. Verdad es que cada uno de ellos acomoda esas reglas al fin especial que se propone, y esto porque Moisés trata de crear una

nacion; Licurgo quiere aseguaar la defensa del estado haciendo hereditaria la fuerza y la virtud; é Hipócrates aunque tiene el orgullo de ciudadano libre, y celebra la Grecia republicana á éspensas del Asia enervada por el despotismo y por su clima, solo escribe para suministrar á cada individuo, en una sociedad adelantada, los medios de usar absolutamente de todos las cosas que modifican el cuerpo humano. Hipócrates no manda como mandaba el legislador de Lacedemonia, Hipócrates no hace hablar á Dios, como le hacia hablar el revelador del Sinaí, Hipócrates, en fin no proclama las prohibiciones higiénicas bajo el terror del castigo ó de las imprecaciones, sino que se dirige sencillamente á la razon, y nada atribuye en particular á la divinidad. "*Cada enfermedad tiene una causa natural* (nos "dice), *y sin causa natural ninguna se produce.*" De esta investigacion de las causas naturales nace la ciencia; y el justamente llamado por sobrenombre *padre de la medicina*, es quien verdaderamente abre en los anales del mundo, la éra científica de la higiene.

IX.

Asi, descubierto el campo, fueron sucesivamente apareciendo ilustres cultivadores. Díocles de Carista, Celso, Plutarco, Aulo Gelio, Galeno, Juan de Milan, Bacon, Santorio, Cornaro, Locke, Rousseau, Franklin, Michaelis.... Son otros tantos apellidos gloriosos, quela higiene consigna con respeto en su historia. Hallé, Turtellé, Gall, Broussais, Virey, Pariset, Parent-Duchatelet, Londe, Rostan, Levy y otros muchos han dado en nuestro siglo un maravilloso impulso á los estudios higiénicos. ¡Pero bástenos de historia!.....

X.

La higiene se divide en privada y pública, segun considera al individuo aislado ó en sociedad. La higiene privada se subdivide en *general y especial* segun considera al individuo como en abstracto, ó segun le mira concretándose á las circunstancias do su edad, sexo, temperamento, profesion &.—La higiene privada trata: 1.º del aire y de las habitaciones; 2.º de los vestidos y de la limpieza del cuerpo; 3.º de los alimentos, condimentos y bebidas; 4.º del ejercicio y del reposo; 5.º de las sensaciones, de las facultades intelectuales y de las pasiones. Cada uno de estos tratados ha recibido un nombre particular como se vá á ver.

SECCION PRIMERA.

HIGIENE PRIVADA.

CAPITULO I.

ATMOSFEROLOGIA.

I.

Esta parte de la higiene corresponde al tratado *Circunfusa* de los antiguos. Algunos modernos le titulan *Climatologia.* Trata del aire y de las habitaciones.

II.

Aire.—Es el fluido ó gas que constituye la atmósfera terrestre, especie de túnica que cerca á nuestro planeta por todas partes hasta la distancia de 15 á 16 leguas, ó lo que es lo mismo á la de 36 y mas Kilómetros. El aire es el escitante natural de los pulmones y el verdadero alimento de la respiracion.

III.

El aire es grave ó pesado como todos los demas cuerpos de la naturaleza; y el peso de la columna de aire que gravita sobre la superficie de

un hombre de mediana estatura no baja de 300 quintales. Este enorme peso no nos incomoda ni fatiga nuestros movimientos, en primer lugar porque el interior de nuestro cuerpo y nuestros huesos estan llenos de líquidos incomprensibles capaces de soportar todas las presiones, ó de aire tan elástico como el aire exterior, que contrabalancea su peso; y en segundo lugar porque como la presion se ejerce en tódos sentidos, resulta que la reaccion es igual á la accion, y la presion del lado derecho, por éjemplo, combate la del izquierdo, como la de arriba á bajo compensa la de abajo á arriba &.

IV.

El peso del aire disminuye á medida que nos elevamos sobre el nivel del mar, y aumenta á proporcion que se desciende. La presion atmosférica mas saludable es la que hace subir el barómetro algo mas de 60 centímetros.

V.

Cuando el barómetro sube, es decir, cuando aumenta el peso de la atmósfera, nos sentimos despejados, alegres, con cierta energia y facilidad en todas las funciones. Cuando el barómetro baja, es decir cuando disminuye el peso de la atmósfera, nos sentimos como oprimidos, fatigados, con suma propension al reposo: entonces decimos que el tiempo está pesado; pero cabalmente entonces el aire es infinitamente mas raro, menos pesado; los pesados somos nosotros, que estamos entonces muy poco dispuestos para el ejercicio y sudamos al menor movimiento que hacemos. Luego, para librarse de los efectos de

una exesiva disminucion en el peso del aire, no hay mas recurso que variar de localidad ó de habitacion.

VI.

La temperatura de la atmósfera varía segun los climas, y sus variaciones dependen de la presencia mas ó menos prolongada del sol sobre el horizonte, y de su accion mas ó menos perpendicular; de la naturaleza de los terrenos y de su inclinacion; de la mayor ó menor elevacion de los lugares sobre el nivel del mar; de la mayor ó menor evaporacion de las aguas; de las figuras de las montañas; de los vientos; de la mayor ó menor pureza del aire; de la hora del dia, de la noche, &.

VII.

El predominio de la temperatura caliente y seca, que es el temple comun del *estío*, se conjura por los medios siguientes: el uso de bebidas frescas y medianamente copiosas; la abstinencia de fuertes trabajos mentales; de ejercicios musculares violentos; de alimentos demasiado escitantes y de bebidas espirituosas; el uso de vestides ligeros, buenos conductores del calórico. y el uso de baños frios ó templados; la morada en el campo; impedir por medio de cortinas ó persianas la entrada del sol en las habitaciones; regar con agua fresca los pisos y poner surtidores de agua en medio de las salas espaciosas; hacer evaporar masas de hielo en las mismas; procurar una ventilacion bien dirigida, y establecer comunicaciones con los sótanos si los hubieren, como con los jardines, praderas y demas lugares refrigerantes.

VIII.

El aire caliente y húmedo, que tan favorable es para el escorbuto, las tercianas y el desarrollo de la fiebre amarilla, & se combate mudando de pais, ó escogiendo una habitacion naturalmente seca y elevada.—Y asi como artificialmente podemos procurarnos un calor seco, calentando los cuartos ó las habitaciones, asi tambien se produce una temperatura caliente y húmeda vaporizando agua en las mismas.

IX.

El aire frio y seco que suele reinar en invierno, predispone á las congestiones sanguíneas de toda especie, á las pulmonías, á los flujos de sangre &. Para luchar contra el frio y cooperar á la oportuna reaccion de los órganos aconseja la higiene alimentos fibrinosos y bebidas fermentadas; vestidos de algodon, lana y pieles; elevar la temperatura de las habitaciones por medio de chimeneas, estufas, braseros ó caloríferos, ejercicios activos &.

X.

La mas desfavorable de todas las temperaturas es la fria y húmeda. El frio húmedo es nocivo á todas las edades, sexos y temperamentos; las toses, los catarros, las anginas, las pulmonias y los reusmatímos son enfermedades frecuentísimas en los tiempos de frialdad húmeda. Los inconvenientes de esta temperatura se evitan hasta cierto punto calentando los aposentos y usando de vestidos, alimentos, condimentos, y bebidas que desenvuelvan mucha reaccion.

XI.

Tambien deben llamar nuestra atencion las vicisitudes atmosféricas, ó sean las súbitas variaciones en la temperatura del aire. El tránsito del calor al frio es mucho mas funesto que el del frio al calor. El tránsito repentino de la sequedad á la humedad produce efectos distintos, pero siempre temibles, segun que la humedad sea caliente ó fria. El paso de la humedad á la sequedad no suele traer desventaja alguna notable.

XII.

Las vicisitudes atmosféricas son naturales, inevitables y hasta necesarias, pues una temperatura constante es un delirio, y el hombre no podria vivir mucho tiempo en una primavera contínua, como suele decirse. Importa, pues, que desde la infancia se acostumbre el cuerpo á las vicisitudes atmosféricas. Mas, por desdicha, son poquísimos los individuos que han recibido una educacion física verdaderamente higiénica, y á todos nos afectan mas ó menos desagradablemente las variaciones de tiempo. Asi, no hay otro medio que sustraerse á ellas en cuanto nos sea dable. Conviene, por lo mismo, estar muy sobre sí á la entrada de las estaciones; no variar con precipitacion la naturaleza de los vestidos, no descubrirse, ni desnudarse, estando sudado el cuerpo; no aligerarse inconsideradamente de ropa de abrigo en la cama; no exponerse sin necesidad al aire libre; como asi mismo no dejar de noche, abiertas, las puertas ó ventanas de par en par por donde penetre á los dormitorios gran-

des corrientadas de aire en tanto no se asienta la estacion. Esto es hablando de las de primavera, estío y otoño.

XIII.

En cuanto á los cambios repentinos producidos por temperaturas artificiales, deberemos preservarnos enteramente de ellos, ya porque casi siempre está en nuestra mano el hacerlo, ya porque son mas perniciosos que las vicisitudes naturales. Evitaremos por tanto el salir repentinamente á la calle despues de concluido el teatro ó un baile; no nos descubriremos la cabeza cuando está sudada; no nos pararemos delante de las ventanas, de los balcones ú otras aberturas cuando el cuerpo está bañado en sudor ó circula aire encallejonado; no arrimaremos las manos ni los piés á los braseros muy encendidos; no pasaremos subitamente de un aposento calentado á otra pieza fria &. Kant, el célebre filósofo de Kænigsberg, comprendia tan bien la teoría del efecto de las vicisitudes, que en invierno respiraba siempre por la nariz á fin de que el aire llegase un poco caliente á los pulmones. Kant, en medio de su seriedad, cuidadoso y solícito de su salud, habria sido capaz de inventar los tapa-bocas que usamos de poco tiempo á esta parte.

XIV.

El estado eléctrico de la atmósfera ó la electricidad del aire desequilibrado hace que muchas personas, sobre todo las nerviosas, sientan una especie de decaecimiento, de malestar particular, con una agitacion interior, opresion, temblores

en los miembros, dificultad de respirar, &, que les hace presagiar la tempestad antes que esta se anuncie por señal alguna. Otros individuos hay que, experimentan turbaciones en la digestion, ruido de tripas, á veces diarrea, y hasta vómitos. Otros sienten dolores vagos en las coyunturas, en las cicatrices de heridas antiguas, en los muñones de los miembros anputados, y en los callos de los piés, cuando estas induraciones de la piel cuentan alguna fecha. Para obiar con tiempo esas incomodidades sirven los ejercicios musculares, el sueño, la distraccion, los baños, la rusticacion y demas medios que calman la susceptibilidad nerviosa; y para disminuir su intensidad en el acto de esperimentarlas, aprovechará el cargar poco el estómago, facilitar la digestion por medio de una conversacion agradable, pasear por un sitio ó aposento fresco.

XV.

La primera y mas eficaz de todas las precauciones contra los riesgos que traen las descargas eléctricas, es colocar un pararayos en la casa que uno habita, y no salir de ella durante la tempestad. A falta de pararayos las bodegas ó los sótanos abobedados seran, particularmente, para los medrosos, el asilo mas seguro de la casa. Como precauciones útiles y razonables aconseja ademas la higiene, fundada en los conocimientos electrológicos, no estarse, durante la tempestad, en pisos muy altos, ni en campanarios ó torres, ni en lugares que rematen en punta; ni en iglesias, ni debajo de los árboles, aun cuando sean de la clase de los resinosos; abstenerse de establecer corrientes de aire; y al efecto no se tocaran campanas, ni se abriran las ventanas ó

los balcones, ni se echará á correr si uno se halla en el campo ó en la calle, ni se acelerará el paso del caballo ó la marcha del carruaje, si uno vá montado, &, pues, parece que el fluido eléctrico, al precipitarse hácia el reservorio comun, sigue la direccion de las corrientes de aire; y si muchas personas han sido muertas de un rayo debajo de los árboles elevados, tambien hán sido heridas muchas otras en el acto de abrir las ventanas para ver el tiempo ó la tempestad.

XVI.

Por cálculo fundado en la diferencia de velocidad con que se mueven la luz y el sonido, se sabe que cuando entre el relámpago y el trueno, se puede contar un segundo ó un latido de pulso, la nube está á 300 y tantos métros de distancia; si se pueden contar dos segundos ó pulsaciones, la nube se halla á doble distancia, y asi sucesivamente. Este medio de apreciar la distancia del cuerpo eléctrico no es de utilidad alguna para obiar los accidentes; pero debe servir, á lo menos, para tranquilizar á los medrosos, á fin de que cuando hayan visto el relámpago no teman ya la explocion que lo ha producido.

XVII.

Cien partes de aire se componen de 79 partes (en vólumen) de azoe y 21 de oxígeno. Casi siempre tiene, ademas, el aire, un poco de gás ácido carbónico y agua en vapor. El gas oxígeno es la parte respirable del aire. El aire puro sirve para convertir la sangre negra (de las venas) en sangre roja (arterial), y contribuye á la for-

macion, completa ó parcial, del calor animal, que está siempre en razon directa de la extencion de la respiracion.

XVIII.

Una persona sedentaria ó en estado de reposo, con pecho y pulmones de regular capacidad, absorbe de 20 á 25 centímetros cúbicos de aire en cada respiracion. Y como respiramos unas 18 veces cada minuto ó mas de 25000 veces cada 24 horas, tenemos que, contando solo 20 centímetros cúbicos por respiracion, nos salen ya mas de 5,000 metros cúbicos de aire para cada individuo en las 24 horas, ó sea 300 kilómetros cúbicos al año. Calcúlese ahora la enorme cantidad de aire renovado que necesitan las ciudades de dos cientos mil, tres cientos mil; uno, dos y tres millones de habitantes!. . .

XIX.

No solo escasea el aire en las grandes capitales, sino que el poco disponible que hay está expuesto á mil alteraciones que le roban el oxígeno, ó le corrompen con gases, vapores ó emanaciones fétidas, ó le añaden cuerpecillos irritantes.

XX.

El aire no renovado, ó que ya ha sido respirado, pierde su oxígeno; y si hay que respirarlo de nuevo, ocasiona fatiga en el pecho, vértigos, dolores de cabeza, amoratamientos de los labios, y por último la asfixia. Conviene, pues, renovar á menudo la atmósfera de los cuartos, abriendo las ventanas ó balcones. Estas aberturas deben

corresponderse, ó estar opuestas entre sí, sobre todo en los teatros, cafées, aulas, salas de diseccion, laboratorios de química, cuadras de talleres ó fábricas, buques, hospitales y cárceles. Tambien sirven para renovar una masa de aire circunscrita, las chimeneas y los ventiladores, como la manga de viento en los buques, el ventilador de Hales (que obra á manera de un verdadero fuelle), las tubos llamados de Darcet, el hornillo ventilador de Wuetig, &.

XXI.

Los vapores que se exhalan de los lugares donde se prepara el vino, la cerveza y la sidra, de los hornos de cal, de ciertas cavidades subterráneas, &, alteran el aire por la adicion de ácido carbónico. Los accidentes que produce esta alteracion atmosférica se evitan promoviendo corrientes de aire, y facilitando su renovacion y circulacion. Nunca debemos entrar en lugares que hayan estado cerrados por mucho tiempo, ó en las cavidades subterráneas, sin asegurarnos préviamente de que el aire es respirable, probando si una vela encendida ó una ascua, continuan ardiendo dentro del recinto.

XXII.

Como los vegetales respiran á su manera, y alteran la pureza del aire, dicta la higiéne que de noche no se tengan plantas ó macetas en los cuartos; que no se crien plantas en patios ó terrados no bañados por el sol, y sí en los sitios calentados directamente por aquel astro; que es poco saludable respirar de noche el aire de los campos, de los bosques ó de los jardines, porque

á dicha hora tiene poco oxígeno y mucho carbónico; que es nocivo dejar abiertas, despues del ocaso del sol, las ventanas de los cuartos dominados por grandes arboledas; que no conviene dormirse á la sombra de los árboles; que es muy sano respirar por la mañana el aire de los bosques, campos y jardines; y finalmente, que por ningun estilo conviene tener flores dentro de las alcobas ó aposentos como ya se ha dicho. Tambien importa no respirar, por mucho tiempo, en salones donde ardan muchan luces (de cualquiera naturaleza que sean): no acercarse á los braseros mal encendidos, ni dejarlos en los dormitorios al acostarse.

XXIII.

Húyase, igualmente, de toda atmósfera viciada por las emanaciones de los pozos y de las minas, de las letrinas, muladares, tenerías, mataderos, carnicerias, salas de disceccion, cementerios, sepulcros y demas depósitos ó lugares que contienen sustancias vegetales ó animales en putrefaccion.

XXIV.

Corrompen tambien el aire los miásmas de los hospitales y de las cárceles, no ménos que los que se engendran ó aparecen en tiempo de epidemia ó de contagio. Para corregir la infeccion, suelen emplearse las fumigaciones clóricas de Guyton Morveau, las nítricas de Shmit, los cloruros de Labarraque, &. En tiempo de epidemia ó de contagio, todo particular que pueda, debe adoptar el infalible remedio de las tres l. l. l, irse *luego*, *lejos* y á *larga* distancia. Con

igual presteza debemos alejarnos del aire viciado por los efluvios de los pantanos, lagos, arrosales, albercas, balsas y aguas encharcadas.

XXV.

Los molineros, los tahoneros y panaderos, los medidores y aechadores de granos, los canteros, los estatúarios, marmolistas y yeseros, los cigarreros, los farmacéuticos, los hortelanos, &, cuidaran de librarse de las materias pulverulentas que de ordinario vician y enturbian su respectiva atmósfera.

XXVI.

No es de despreciar tampoco la influencia de las oleadas ó corrientes que tan á menudo agitan el aire. Conviene, por regla general, sustraerse á la accion de los vientos; no andar y mucho menos correr, á pié ó á caballo, contra el viento; y por último, no exponerse nunca á las corrientes artificiales que se establecen en las puertas, los corredores y las ventanas de las habitaciones.

XXVII.

Las condiciones higiénicas generales son en resúmen: presion de poco mas de 66 centímetros; temperatura y humedad media; estado eléctrico equilibrado; pureza; tranquilidad ó calma, &, &.

XXVIII.

Habitaciones:—El hombre puede habitar en todos los climas y vivir en todas las localidades: es *cosmopolita.* Pero los climas mas propicios á

la especie humana son los templados; y la localidad mas higiénica seria la falda de una colina que mirase al Levante con una ligera inclinacion al Mediodia, cerca de un bosque poco espeso, no lejos de una corriente de agua, y sí muy lejos de volcan, pantano ó depósito de aguas encharcadas.

XXIX.

Los hormigueros humanos llamados *ciudades* son las localidades mas funestas para la salud y la longevidad. En la presicion de vivir en ciudades, escójase al menos una calle bastante ancha para que la luz penetre hasta los bajos de la casa, y la mejor empedrada posible para que sea bien barrida y no dé lugar á lagos, charcos y otros pequeños focos de infeccion. Son preferibles tambien las casas de los extremos de la calle, las que estan contiguas á un jardin público, á una fuente, con vista al campo, &.

XXX.

En cuanto á los materiales de construccion, importa atender que la piedra no sea esponjosa, floja ó recien sacada de la cantera. Se desecharan los ladrillos mal cocidos. Las maderas de construccion han de ser secas y consistentes. Las casas no deben ser habitadas hasta que se halle enteramente evaporada el agua que entra en los materiales, y se hallan secado del todo las pinturas y los barnices. La transgresion de este precepto puede dar lugar á reumatísmos, dolores de cabeza, asfixia, cólicos y á un verdadero envenenamiento.

XXXI.

Nuestros cuartos pecan generalmente por demasiado reducidos, pues que en todas partes vemos, por desgracia, que se sigue el mismo sistema de construccion homicida. Nuestros antiguos se fijaban mas, ú observaban mejor las reglas de arquitectura y de higiene, siendo, que, hoy mas que nunca, estos dos ramos se encuentran al alcance de todos los pueblos. Ellos, no solo cuidaban de la elegancia y solidez del edificio, sino tambien de su capacidad higiénica; y nosotros, hoy, solo queremos un podazo de terreno para hacer una casa y hacer meter en ella el mayor número posible de individuos.

XXXII.

Los posos deben abrirse en un punto apartado de las letrinas (cuales deben cerrarse en donde las hallan, y no abrirse por ningun motivo cuando erradamente se crean necesarias). Los posos son benéficos hasta para los temblores porque por ellos defogan las corrientes de aire que surcan las entrañas de la tierra. Mas las letrinas son unos respiraderos mortíferos que, bajo todo punto, deben ser reemplazados por los abrómicos conocidos ya en muchas poblaciones.

XXXIII.

Los huertos y los jardines han de ser tambien espaciosos; porque de lo contrario son generalmente mas nocivos que útiles. Y, mas perjudiciales seran todavía si, sobre ser reducidos, hay

que hacerlos productivos á fuerza de abonos y de riego, y se guardan en ellos depósitos de estiércol, y se crian cerdos, aves, &.

CAPITULO II.

COSMETOLOGIA.

I.

Trata esta parte de los vestidos y de la limpieza del cuerpo, comprendiendo el *applicata* y el *excreta ó excernenda* de los antiguos.

II.

Vestidos:—El cañamo, lino, el algodon y hasta la paja, tejidos de mil vistosas maneras; la seda, la lana, el pelo y hasta la piel entera de algunos animales, despues de elavoradas por mil manos industriosas, vienen en fin á ponernos á cubierto de las injurias de la atmósfera y á preservarnos de las picaduras de los insectos, del polvo, del choque de los cuerpos extraños y de las lesiones que pudieran causarnos.

III.

El pelo es mas caliente que la seda; la seda mas que la lana; la lana mas que el algodon, y el algodon mas que el hilo (lino y cañamo). Es decir, que los vestidos de hilo son los mas frescos, y los de pelo de animales son los mas calientes. Pero sucederia á la inversa si el hombre, asi vestido, se hallase expuesto á un calor supe-

rior al suyo propio. El calor animal, ó propio del cuerpo humano, es de unos 29 ½ grados del termómotro de Reaumur.

IV.

Los físicos y los higienístas han estudiado mucho la influencia del calor de los vestidos. Al fin han convenido que el blanco es el color mas propicio contra el frio, ó el que mas eficazmente resiste á la diseminacion del calórico. El color mas caliente, despues del blanco, es el amarillo, siguiendo luego en progresion decreciente el encarnado, el azul, el morado y el negro. A esto sucederia tambien á la inversa, si el calor atmosférico llegase á ser mayor que el interior ó propio del cuerpo.

V.

En apoyo de que el color blanco retiene mejor que ningun otro el calor del cuerpo, se ha hecho la ingeniosa observacion de que, la naturaleza ha dispuesto que casi todos los animales del Norte, como la marta, el armiño, la ardilla y diferentes especies de raposas se vuelvan de color blanco ó grís en en el rigor del invierno, tornándose de color pardo, oscuro ó negro, en el estío. Se ha notado tambien que los animales que no mudan de color, á lo menos tienen de color blanco, ó blanquizco permanente, el pecho y el vientre, es decir, las partes que miran hácia la tierra, que es de donde viene cierta frialdad húmeda. Otros explican este fenómeno por medio de la luz. Como quiera que sea, las capas blancas de nuestros abuelos y los gabanes blancos de nuestros contemporaneos de algunos pueblos, tienen un pié

científico en que opoyarse; mas, es el caso, que el color de los vestidos no influye de una manera sensible sinó cuando son delgadísimos ó muy finos.

VI.

Y ¿què diremos de la forma de los vestidos? Que el hombre ha hecho invertir la vanidad y el lujo en la satisfaccion de una necesidad real: el hombre mas bien se adorna que se viste. Pero la higiene, tolerante y hasta complaciente, no está reñida con forma ni hechura particular alguna, mientras los vestidos no incomoden por su peso, mientras no dificulten movimiento alguno, y mientras las ligaduras, cintas, hebillas, cordones y demas cerraduras no ejerzan la menor contriccion incómoda ó dolorosa. Lo que reprueba la higiene és el *carcere duro* de los corsés, la incómoda presion de los tirantes, la ridícula argolla de los corbatines, la estúpida manía del calzado estrecho, y la estrambótica forma de ciertos sombreritos que ni nos guardan del sol ni de la lluvia, y obstruyen tambien la evaporacion de la cabeza por su confeccion ó tela.

VII.

Los tejidos de sustancias vejetales (hilo, algodon) son útiles á los jóvenes, á los robustos, en los tiempos de calor. Los tejidos de sustancias animales (seda, lana, pieles &.) convienen con preferencia á los viejos, á las personas delicadas, y en los tiempos de frio.—Los vestidos han de ser muy ligeros y anchos en estío, y no tanto en invierno; pero en toda estácion siempre bien limpios. Los vestidos mojados deben mudarse inme-

diatamente que sea dable, enjugando ademas la piel para quitar toda humedad sin que halla evaporacion. Los pies son la parte del cuerpo que, como mas distantes del corazon, necesitan mas calor, y por consiguiente el mas esmerado abrigo.—Conviene no aligerarse inconsideradamente de ropa, ni tomar el trage de verano hasta que se halle bien sentida la estacion; y esto de un modo sucesivo. El refran, "*hasta cuarenta de mayo no te quites el sayo*" (25 de Diciembre,) es profundamente higiénico.—Por último, y sin ánimo de causar daño á los ropavejeros, diremos que es una imprudencia usar vestidos ó prendas que hayan servido para otras personas, á menos (y aun todavia) que no sea ropa blanca, puedan ser bien lavados y lejiviados &ª. &ª.

VIII.

Limpieza:—La limpieza constituye la mitad de la salud y de la robustez; la sobriedad y el ejèrcicio constituyen la otra mitad.—Es del caso, pues, lavar y limpiar con el mayor esmero y frecuencia, no solo las rejiones descubiertas del cuerpo (cabeza, cara y manos,) sinó tambien las cubiertas, y sobre todo, los pies, los sobacos, y los genitales, *&.*ª La persona que no pueda tomar un baño general tibio, cada mes ó cada quince dias, procure tomar uno siquiera á la entrada de cada estacion. Digno, muy digno fuera de la caridad pública el proporcionar baños gratuitos á los jornaleros y á los menesterosos. Hay en muchas partes sociedades filantrópicas para la instruccion de los niños; las hay tambien para alivio de los presos, para socorro de los pobres, para auxilio de los enfermos . . . . ¿entónces, por qué no ha de haber tambien una asociacion

para limpieza y aseo de los proletarios en las poblaciones? A millares se encuentran los individuos (¡y quien lo creyera!) que en su vida no han tomado otro baño que el del bautismo; y estos infelices, sobre incomodar á los pudientes por su mal olor y asqueroso aspecto, son las víctimas de toda especie de enfermedades cutáneas, y el pasto primero y favorito de todas las epidemias y contagios.

IX.

El pelo necesita mucho cuidado, pero no tan excesivo que perdamos en su limpieza tanto tiempo como se suele perder...... Los cabellos participan siempre del estado de calma ó de agitacion de los órganos; tienen una vida de parásitos ó de proscritos. Se ponen blanco ó caen por efecto de enfermedades, de execsos en el régimen de vida, de privaciones ó de ciertos remedios. Los cabellos y los dientes son los primeros órganos que experimentan las consecuencias de las pasiones, y el contra-golpe de las imprudencias ó de los infortunios. Como tienen tan poca vitalidad, poca cosa basta para que se alteren ó mueran.

X.

¡Anatema á los cométicos! Sépase que una vez caido el pelo y consumida su raiz, no hay poder de hombre ni pomada de oso que valgan para que reaparezca el proscrito.—La superchería de la peluca nunca será disculpable.—El mejor dentífrico es una mezcla de partes iguales de quina en polvo y carbon porfidizado.—Asi mismo; nada de blanquete ó colorete, ni de embro-

caciones sibaríticas! *Salud y alegria, belleza cria; atavío y afeite, cuesta caro y miente;* dice un antiguo refran.

CAPITULO III.

BROMATOLOGIA.

I.

Esta palabra es una voz griega que equivale *al tratado de los alimentos*, condimentos y bebidas, ó á la seccion *ingesta* de los antiguos.

II.

Alimentos:—Se dividen en vejetales y minerales. Los primeros (cereales, legumbres, verduras y frutas,) están compuestos de ácidos, aceite, azúcar, fécula ó almidon, glúten y mucílago ó goma; son los mas ligeros ó digeribles, y crian buena sangre. Los alimentos animales (sacados de la clase de los mamíferos, de las aves, de los peces, de los erustáceos, de los moluscos y de los reptiles,) tienen por principios inmediatos componentes la albumina, la fibrina, la gelatina, la gordura y el osmázomo; son mas pesados ó indigestos que los vejetales, encienden la sangre, y predisponen á todas las pasiones fuertes.

III.

Apenas hay alimento que no sufra una ú otra preparacion ántes de ser ingerido en el estómago. Esta preparacion influye notablemente en la

composicion química de los alimentos, en su digestibilidad y en sus efectos locales y generales. La panificacion, la torrefaccion, la fermentacion, la evaporacion, la maceracion, la coccion, el asado, el frito, el escabeche y la salazon, son las preparaciones á que mas comunmente se sujetan las sustancias alimentícias. La preparacion mas higiénica ó saludable es, y ha sido siempre, la mas sencilla.

IV.

Hablando de preparaciones y de preparados alibles, no seria razon, pasar por alto el chocolate, pasta restauradora que, ántes de introducirse las numerosas falsificaciones que hoy se conocen, fué justamente comparada al nectar y á la ambrosía, y que formaba el desayuno obligado de nuestros mayores. El chocolate bien preparado es muy saludable, ligeramente tónico ó confortante, y de fácil digestion. No podemos decir lo mismo de los preparados de pastelería y confitería, casi todos ellos pesados, indigestos y destructores de la dentadura &.

V.

Ahora; los huevos son un alimento sano y agradable. El huevo medio cocido, es decir, en aquel estado en que la albunina de la clara empieza á cuajar y á ponerse blanca como la leche, es un bocado sabroso y nutritivo. Para cocer á punto un huevo *pasado por agua*, como regularmente se dice, no hay mas que sumerjirlo por 20 veces en el agua hirviendo; de otro modo, cuando durito se quiera, se mantendrá sumerjido 3 minu-

tos por lo menos, (admitido el dicho de que tambien crian bílis, á los que son muy biliosos, cuando muy duros se ponen......)

VI.

La leche de los mamíferos, y particularmente la de vaca, es un alimento calmante que tiene todas las propiedades de los vegetales acuosos y de las frutas azucaradas, pero que aun se digiere mejor y nutre mas. La leche conviene á los nerviosos, á los demagrados, á los que padecen neurálgias ó gastrítis crónicas: tambien es útil para los insomnios dependientes de irritaciones vagas ó puramente nerviosas. La leche no produce efecto alguno de los que de ella suelen esperarse cuando se toma habitualmente todos los dias, cuando se toma con exceso, cuando está adulterada (como la adulteran en las poblaciones) ó cuando se contraria su accion con tónicos ó escitantes. Tomar la leche por la mañana y saturarse de bifteeck y de salsas picantes por la tarde, no es tomar la leche; no es tomarla por vía de sustancia médica ó saludable &.

VII.

Condimentos:—Son aquellas sustancias minerales (como la sal,) vegetales (como el aceite, el vinagre, el azucar, la pimienta, la mostaza, las especias,) ó animales (como la grasa, la mantecas y la miel,) generalmente mas ó menos estimulantes y nada ó poco nutritivas de por sí, que sirven para acompañar ó aderezar los verdaderos alimentos, aguzando su sabor y modifi. cando su digestibilidad.

VIII.

Los condimentos mas necesarios é inofensivos son la sal y el aceite: todos los demas pueden considerarse de mero lujo y traen inconvenientes de no poca monta. Séneca contaba el número de enfermedades de su tiempo por el número de cocineros extranjeros...... Las salsas estimulantes, los condimentos fuertes, deben proscribirse absolutamente, mientras el estómago se basta á sí mismo para la digestion: "*el que tiene buenas piernas no necesita muletas*.......... Las salsas y las especias no hacen mas que calentar la sangre, é incitar á comer mas de lo que buenamente el estómago puede digerir. Los condimentos fuertes deben de vedarse sobre todo á los niños y á los jóvenes: *al mozo que le sabe bien el pan, pecado és el ajo que le dan*......

IX.

Bebidas:—Son casi tan necesarias como los alimentos. El agua es la bebida por excelencia: se encuentra donde quiera que hay animales; es la leche de los adultos, y se nos hace tan indispensable como el aire. El agua es el único líquido que apaga verdaderamente la sed, y por esto rara vez bebemos mas de la necesaria para conseguir el objeto, (salvo para los febríticos é hidrópicos.) La mayor parte de los demas líquidos no son otra cosa que paliativos; y si el hombre se hubiese atenido siempre al agua pura, no se habria dicho, como con razon se dice ahora, "*que otro de los privilegios de la especie humana, es beber sin tener sed.*" Las cualidades que debe

tener el agua potable, se hallan consignadas en este refran: *el agua sin olor, color ni sabor, y hala de ver el sol.*

X.

Las bebidas emulsivas, como las horchatas ó leches vegetales, la llamada leche de gallina (agua, yema de huevo y azúcar,) el agua de arros &., calman la sed de un modo apacibilísimo y como maravilloso: son muy gratas al paladar, y ningun accidente puede seguirse de su uso moderado.

XI.

Las bebidas aromáticas (té y café) son unos infusos de lujo que imponen á la sociedad un gasto anual de millones de millones de pesos, y que ademas inducen á la destemplanza, en cuanto obvian muchos de los males que la intemperancia ocasiona. El café es una especie de bebida intelectual, el hipócrene de los sabios; fué el líquido favorito de Buffon y de Delille, de Federico II y de Voltaire: dá energía y lucidez al pensamiento; agilidad al cuerpo y treguas al sueño. El café tiene igualmente fama de prevenir y disipar la embriaguez. Podrá ser útil en los clímas muy frios y en los muy cálidos, á los sujetos flemáticos, á los de poca energía digestiva, y á los de circulacion lenta (como á Napoleon, que era otro ilustre aficionado al café, y cuyo pulso daba solo 45 latidos por minuto,) despues de una comilona ó de haber bebido mucho vino y licores &.; pero siempre en el concepto de ser en dósis moderada, y absteniéndose de convertir su uso en hábito diario porque entónces es fatalmente nocivo. El

café no conviene en manera alguna á los niños, porque se opondria á su crecimiento y desarrollo; ni á los jóvenes, porque comprometeria su robustez; ni á las mujeres, porque marchitaria su frescura; ni á los que padecen del pecho, porque los expondria á esputar sangre; ni á los que tienen palpitaciones ó temen los aneurismas del carazon, porque de seguro agravaria su estado y sus predisposiciones; ni á los que padecen de temblores ó tienen motivo para temer la apoplegía; ni á las personas irritables, ni á las propensas al insomnio, ni á las que recelan la reaparicion de algun flujo de sangre. El café ha ocasionado mas apoplegías, perlesías, sorderas, convulsiones y gastrítis de las que mucho creen. Cuanto mas excita la vida, mas se acorta. Dígase lo que se quiera, pocos centenarios se encontrarán que hayan abusado del café: este es un hecho notorio que en valde quizo combatir Voltaire con toda su agudeza epigramática. Al contrario, su ejemplo dió nueva fuerza á los preceptos de la higiene. Organizado como estaba aquel insigne filósofo; dotado de una complexion y de un carácter en que hacian poca mella los dolores y los pesares, si no hubiese abusado del café habria pasado de la edad de 100 años, como pasó Tontenelle, quien supo moderar á tiempo su aficion al infuso arábigo: mas con su manía por el café se apergaminó, se enervó, y se extinguió su vida sin intervencion de enfermedad particular alguna, á los 84 años, á la misma edad que Talleyrand, quien sufrió mas que Voltaire las viscisitudes de los tiempos, y hubo de correr las borrascas de cuatro ó cinco revoluciones.—La suerte de los maniáticos por el café es que algunas veces toman agua de achicorias, de castañas, ú otra cosa peor, en lugar del aromático infuso que piden y pagan.

XII.

Las bebidas fermentadas simples (vinos) ó destiladas (aguardientes y licores) son fatales: son una especie de *fuego líquido* que consume la vida, abre la puerta á mil vicios y se constituye causa inmediata de las tres cuartas partes de gastrítis, gota, apoplegías y demás enfermedades de las vias urinarias. El vino podrá ser en muchos casos la *leche de los viejos*, y un buen condimento para los que se ocupan en faenas trabajosas, ó habitan países rigurosamente frios; pero el aguardiente y los licores espirituosos, en ningun caso deben ser recomendados. Las bebidas alcohólicas ó destiladas arruinan la especie humana y hacen *vivir á prisa* en toda la fuerza de la expresion. El alambique es un instrumento mas destructor que la artillería; y la destilacion es el don mas funesto que ha hecho la química á la humanidad.

XIII.

Daremos ahora algunas reglas dietéticas ó concernientes al régimen alimenticio; daremos, pues, las principales, hechando mano á ciertos refranes higiénicos que tanto abundan en el idioma español.

No aprovecha lo comido, sino lo digerido.

El mucho comer, trae poco cómer.

De hambre á nadie ví morir, de mucho comer á cien mil.

Pan de ayer, carne de hoy y vino de antaño, traen al hombre sano.

Mas mató la cena, que sanó Avicena.

No le quiere mal quien le hurta al viejo lo que ha de cenar .

El queso que dá el avaro, es sano.
De los olores el pan, de los sabores la sal.
Agua que corre, nunca mal coge.
Pan á hartura y vino á mesura.
El agua no enferma, ni embeoda, ni adeuda.
Mas cura la dieta, que la lanceta.
Si quieres cerdo engordar, come con hambre y bebe á vagar.
En buen año y malo, ten tu vientre arreglado.
Dieta y mangueta, y siete ñudos á la bragueta.
Despues de comer ni un sobre-escrito leer.
De las aves que alzan el rabo, la peor es jarro.

CAPITULO IV.

GIMNASTICA.

I.

Esta parte trata del ejercicio y del reposo. Es el tratado *Gesta* de los antiguos.

II.

Ejercicio:— Decia Avicena que si el hombre supiese usar oportunamente del ejercicio y del trabajo manual, podria escusarse de médicos y de medicinas. Con efecto, el ejercicio moderado, y á tiempo, es una prenda segura de salud y bienestar. La poltroneria y la holganza embrutecen el alma y vician los humores del cuerpo. *Quien se ejercita descansa, y el que está en ócio trabaja*, dice la sabiduria de los refranes.

III.

Los ejercicios activos, como el paseo, la carrera, el salto, el baile, la natacion, la esgrima, la caza, la pelota, el billar, la declamacion, el canto &., han de llevar por objeto mantener la regularidad de todas las partes musculares y hacer entrar en accion las menos desarrolladas. Estos ejercicios deben ser proporcionados en duracion y fuerza á la robustez del individuo, no ménos que adecuados á la edad, al sexo, al temperamento, á la estacion y á la hora del dia. Los ejercicios muy violentos no deben practicarse inmediatamente ántes, ni inmediatamente despues de comer.

IV.

Los ejercicios pasivos, como el ir en carruaje, la navegacion, el columpio &., son útiles á los adultos, y sobre todo á los que se hallan debilitados ó han perdido las fuerzas.

V.

Los ejercicios mixtos, como la equitacion, participan de las ventajas de los activos y de los pasivos, pudiendo servir de transicion entre estos y aquellos.

VI.

El mas funesto de los hábitos es el de la inmobilidad. Un ejercicio regular y diversificado es el suave aroma, por decirlo asi, que ameniza la existencia; conviene á todo el mundo, y mas par-

ticularmente á los niños, á las señoras y á los hombres de bufete. Addison y el gran Bacon de Verulamio interpolaban sus osadas y profundas meditaciones con el ejercicio mecánico de echar á vuelo una campana sin badajo. Y es que, asi como el agua estadiza se corrompe, tambien enferma y muere el hombre que solo ejércita la cabeza olvidando que tiene un cuerpo de quien cuidar.

VII.

Reposo:—El reposo es tan natural y necesario como el ejercicio. *El arco siempre tendido al fin se rompe.*

VIII.

El descanzo es el sueño del dia. Conviene descanzar despues de un ejercicio activo, durante la digestion, despues de un esfuerzo orgánico ó sensorial cualquiera. El paseo es el descanzo de los que trabajan ó pasan mucho tiempo en pié.

IX.

El sueño ó descanzo nocturno, es otra de las necesidades mas fuertes del hombre. Se hace tan imperiosa la necesidad de dormir cada 24 horas, como la de respirar quince veces por minuto. En campaña algunos centinelas han llegado á dormirse echándose aun tabaco á los ojos; y Pichegrú, acosado por la policía de Bonaparte, dió seis mil duros para que le dejasen dormir una noche. La privacion absoluta de sueño es uno de los suplicios mas crueles; empleábanlo los romanos para castigar á un gran criminal, ó para vengarse de un enemigo formidable.

X.

Raro es el individuo adulto que pueda mantenerse sano y robusto sino duerme de cinco á siete horas de noche y no de dia.—El sueño ha de ser proporcionado á la fatiga corporal ó mental. El niño necesita dormir mas que el adulto y este mas que el viejo; la muger mas que el hombre; el convaleciente mas que el que está sano; el atareado mas que el indiferente; el intemperante mas que el sóbrio; el nervioso mas que el sanguíneo; el jornalero mas que el paseante en corte; el hombre de bufete mas que el hacendado; el ciudadano mas que el labrador; el hombre culto mas que el salvaje. Los músculos despiertan mas pronto que los sentidos y la inteligencia. Los malvados y los ambiciosos duermen muy poco y tienen siempre un sueño agitado. El gran Escipion, despues de sus victorias, era uno de los primeros dormilones de Roma, al paso que Calígula no dormia mas de tres horas.

XI.

El sueño de dia no es tán reficiente ó reparador como el nocturno. La noche es la madre del sueño, y la hora en que todo convida naturalmente al descanso completo y profundo. Sin embargo, en los meses del estío, la higiene concede de 15 á 60 minutos de siesta á los niños, á los convalecientes y á las personas débiles ó que digieren con dificultad; á los viajeros, á los jornaleros de oficios trabajosos, á los literatos y á los asmáticos.

XII.

Conviene dormir manteniendo la cabeza un poco mas alta que los pies. Esto se conseguirá dando á las camas la misma inclinacion que suelen tener los tablados de los cuerpos de ejército usados en las cuadras. Pero somos tan ridículos que adoptamos las camas perfectamente horizontales, para darlas en seguida la forma de plano inclinado por medio de mullidas y engorrosas almohadas, cuyo menor inconveniente es llamar la sangre á la cabeza, turbar el sueño y predisponer á las cefalgias, á la jaqueca, á las oftalmías, y á los accidentes apopléticos.

XIII.

La cama no debe ser muy blanda, porque entónces se presta demasiado á las flexiones del tronco y de los miembros, perjudica al reposo, y en los niños puede constituirse causa de varias deformidades. Las sábanas, invencion felíz que nos deja pasar un tercio de la vida, libres de toda compresion, deben ser blancas, limpias, de lienzo en verano y de algodon en invierno, y estar muy secas ó enjutas. Para dormir pronto y bien, la mejor receta es cenar poco y no tener remordimientos.—En cuanto á la higiene de los sueños...... cuidemos de la postura del cuerpo con que debemos dormirnos.

CAPITULO V.

PERCEPTOLOGIA.

I.

Esta última parta de la higiene privada, es el *Percepta* de los antiguos, ó sea el tratado de las sensaciones, de las percepciones y de las pasiones.

II.

Este tratado, compendiado, á pesar nuestro, en tán reducidas páginas y que debiera ser asunto para muchos volúmenes, nos deja, pues, bien poco que decir sobre este particular. No obstante; sépase, que toda sensacion viva, perjudica la finura y ritmo natural de los sentidos; asi como toda sensacion prolongadamente débil ó remisa, llega á matar la energía y á pervertir el uso natural y regular de los órganos sensoriales.

III.

La educacion intelectual ha de ir acompañada con el desarrollo físico, y los ejercicios gimnásticos deben interpolarse metódicamente con el estudio y los trabajos mentales. La lectura de ciertas novelas es aun mas perjudicial que los dulces para los niños: la mayor parte de las novelas suelen calentar la cabeza y entibiar el corazon. Los teatros, por regla general, son subversivos de toda educacion infantil. El buen padre de familia alejará de ellos á sus hijos. La infancia y la mocedad deberian tener sus coliseos especiales, y dramas escritos á propósito para el teatro

que mereciese deveras el título de *escuela de las costumbres y del buen gusto.* Los literatos y los hombres de bufete no deben nunca cultivar el espíritu á expensas del cuerpo; pues, como se dice, *la espada gasta la vaina*, y es sabido que las tres cuartas partes de los hombres salen de este mundo por la *puerta moral.*

IV.

Las pasiones son real y efectivamente verdaderos padecimientos ó enfermedades. La gula ha muerto mas gente que la espada. La intemperancia que en vano quieren algunos rehabilitar bajo el nombre de *gastronomía*, traerá siempre en pos de sí la obesidad, la gastrítis, el insomnio, á veces la apoplegía, é indefectiblemente la debilidad, inercia ó pérdida de las facultades intelectuales.

V.

Si fuese posible olvidar que la gula es un vicio, y que la religion la clasifica entre los pecados mortales, sus efectos constantemente perniciosos, bastarian para convencernos de que debemos desconfiar de ella y resistir á sus pérfidos halagos. La lujuria, tambien arruina los imperios, destruye la salud, trastorna las familias y corrompe las generaeiones. La cólera hija del mal humor y de la impaciencia, trae el arrebato, la violencia, el crímen y tal vez el cadalzo. La pereza y avaricia, son las pasiones mas innobles de todas, y tan funestas como todas para la salud y la felicidad.

VI.

Hemos dicho, que la higiene es el arte de conservar la salud; mas, en obsequio de la precision,

deberia decirse que es el arte de conservar á cada cual su salud. Con efecto; la salud no es una generalidad, sino un modo de ser que vaíra segun los sugetos, y hasta en el mismo sugeto varia segun las diversas circunstancias que sobre él obran, sin que las oscilaciones funcionales resultantes lleguen á determinar un estado de enfermedad. Para el higienísta, lo mismo que para el clínico no hay mas que individualidades: en el arte de conservar la salud, lo mismo que en el arte que tiene por objeto restablecer, el problema es siempre individual. De ahí el que, un autor haya llamado á la higiene, la clínica del hombre sano; y de ahí la necesidad de la higiéne especial, despues de la general, cuyos preceptos principales dejamos consignados.

VII.

Desde luego es fácil advertir que, el hombre se halla rodeado de ciertas circunstancias independientes de su voluntad y accion, que afectan su economía, é inducen por necesidad á modificaciones várias en la aplicacion de los preceptos higiénicos generales. Entre dichas circunstancias se cuentan las influencias siderales y planetarias, oscuras y misteriosas, pero reales y sentidas; el clima que no es mas que el temperamento particular de las zonas terrestres; las estaciones del año que para el astrónomo són verdaderas faces de la tierra, y para el higienísta climas pasajeros, asi como los climas no son á sus ojos mas que estaciones permanentes; la topografía ó posicion local particular del país y la habitacion Todas estas circunstancias dependen del tiempo y del lugar. Contra ellas no puede gran cosa el individuo; el gobierno si que puede influir mu-

cho, empleando su autoridad y sus facultades en suavizar los climas generales del pais sujeto á su jurisdiccion, y en sanear las poblaciones.

VIII.

Hay ademas de las circunstancias temporáneas y topográficas, contra las cuales es casi impotente el individuo, otra especie de circunstancias dependientes del organismo, y contra las cuales debe luchar con gran destreza el hombre, tales son la raza, el sexo, la edad, el temperamento, la constitucion, la idiosincracia y las disposiciones congénitas y hereditarias:

IX.

Todas estas circunstancias deben ser tomadas en cuenta, porque traen consigo modificaciones de aplicacion en los preceptos de higiene general. La higiene del blanco no puede ser de todo punto igual á la del etiópico: la higiene del hombre es bastante diversa de la higiene de la muger; las reglas que se dan para el adulto no son aplicables al niño, y cada edad necesita su catecismo higiénico modificado. La circunstancia orgánica que importa tambien grandes modificaciones, es el temperamento; y de no menor interés es el estudio de la mayor ó menor robustez (constitucion) de que está dotado cada cual. Estudie cada cual, nos dice Celso, su temperamento, por que este es el principio de todas las diferencias individuales: unos son delgados, otros son gruesos; los unos son cálidos, los otros frios; los unos abundan en humores, los otros son de temperamento seco; los unos padecen constipados y los otros laxitud de vientre, Raro es el in-

dividuo que no tiene algun órgano débil, alguna parte del cuerpo mas floja que las otras. Conviene por último, tomar en consideracion las disposiciones particulares ó la naturaleza propia de cada individuo; atender á la salud y á la longevidad que alcanzaron sus padres, y sobre todo estar á las miras de las predisposiciones morbosas que casi todos traemos al mundo. El que no puede dijerir ciertos manjares, por ejemplo, debe abstenerse de ellos por sanos y gratos que sean á la generalidad; el hijo de padres viejos ó valetudinarios debe cuidarse mas que el procreado por padres jóvenes y robustos; el que tiene predisposicion natural ó adquirida á la tísis, á la hipocondría, á la piedra, á la apoplegia, &, ha de adoptar una higiéne mucho mas severa que el hombre bien conformado y robusto, y sin predisposicion marcada á dolencia alguna .

X.

Hay por último, otro grupo de circunstancias que con razon se llaman adquiridas, porque reconocen por principio la libertad de accion del hombre: tales son los *hábitos, la profesion y el estado*. Nosotros no somos dueños de tener tal ó cual edad, de adquirir tal ó cual temperamento; pero si somos libres de contraer estos ó los otros hábitos, y de abrazar tal ó cual profesion ó carrera.

XI.

En cuanto á los hábitos, debe tenerse entendido que si bien es imposible dejar de contraerlos, importa mucho no contraerlos malos ó inútiles, por que el hábito llega á constituirse en una segunda naturaleza; y si el hábito contraido es

perjudicial, claro es que la salud y la longevidad se resentirán indefectiblemente. El hábito de beber aguardiente en ayunas, que tienen muchos, el hábito de tomar diariamente café y copa despues de comer, que tienen tambien algunos individuos de la clase pudiente, el hábito de fumar y tomar tabaco, que contraen una y otra clase &. son hábitos nocivos, casi siempre inútiles, y que valdria infinito no contraer.

XII.

Contraido un hábito bueno, es del caso perseverar en él. Los hábitos malos ó perjudiciales deben combatirse sin demora; *á las malas costumbres quebrarles las piernas.* Los hábitos muy antiguos deben respetarse, ó á lo menos proceder con gran cautela á su reforma. En la vejez es casi imposible, y quizá arriesgado trabar lucha con los hábitos. *Viva la gallina y viva con su pepita,* es un refran higiénico de profunda verdad, y el único consuelo de los que no supieron preveer á tiempo las consecuencias de los malos hábitos.

XIII.

La profesion es otra circunstancia adquirida que induce á modificaciones higiénicas mas ó menos notables. El régimen de uno que trabaja en los campos, en las canteras ó en las minas, ha de ser distinto del régimen del oficinísta. Cada individuo debe consultar mucho su aptitud para el oficio ó carrera que trata de abrazar: no todos somos buenos para todo: tal hay que viviria sano y largos años ejerciendo una profesion industrial, y tal otro carece de la robustez que indispensablemente requieren las faenas mecánicas, de-

biendo por lo mismo dedicarse á una prefesion liberal. Por último como cada oficio, cada profesion, hace contraer ciertos hábitos mas ó menos perjudiciales, ciertas predisposiciones morbosas, y aun ciertos vicios, debemos estar á la mira para conjurar todo amago, mediante un régimen bien adecuado, ejercicios bien dirijidos, descansos bien calculados &.

XIV.

Con lo dicho hasta aquí basta para que se conozcan las modificaciones que necesariamente deben determinar el estado en que se hallan los individuos. Claro es que la higiene variará un tanto segun el estado de civilizacion ó de barbarie; de paz ó de guerra; de libertad ó de esclavitud; de matrimonio ó de soltería,&; por que el hombre tambien varía segun las condiciones del estado en que se encuentra.

XV.

Concluiremos, entónces, aconsejando á todo género de personas, que se deben tambien de abstener en usar los llamados *preservativos ó remedios de precaucion.* Antiguamente tuvieron mucha fama ciertos amuletos, y era bastante general la costumbre de tomar purgas de precaucion paeliminar los humores pecantes, ó lavativas para curar el flato, ó vómitos para expeler la bilis que se suponia sobrante, ó sangrías cada plenilunio, ó á lo menos cada primavera, para preservarse de los golpes de sangre, ó aplicarse vegigatorios, ó abrirse una fuente en el brazo, para mantener la cutis fresca y luciente, ó tomar ciertas tinturas para conservar y dispertar la potencia viril,&. Fe-

lizmente es ya mucho menor el número de los inconsiderados y de los enfermos de imaginacion; pero quedan todavia algunos melancólicos y algunas damicelas que padecen la manía de creer que no es posible estar sano sin medicinarse de continuo. Sepan esas buenas gentes que lo que consiguen con su manía es malgastar su salud, la que les hará falta cuando tengan la desgracia de caer enfermos, y exponerse á la suerte de aquel individuo, que despues de haberse arruinado la salud con preservativos y remedios innecesarios, murió víctima de su error y se dictó él mismo el siguiente epitafio.

"*Mejor de lo que estaba quise hallarme, y aquí me encuentro*"..............................

XVI.

Bueno será tambien advertir que debemos huir de los remedios preconizados por personas no facultativas, y mirar con prevencion todo remedio, anunciado bajo las formas del charlatanísmo. Todos esos especificos, todos esos jarabes, todas esas pastillas, todos esos remedios secretos que se anuncian como infalibles, y que los gobiernos permiten indebidamente que embadurnen las esquinas y manchen las columnas de los diarios, no dan mas resultado que hacer entrar en el bolsillo del charlatan que los vende el dinero de los tontos que los compran, y hacer perder á los enfermos un tiempo muy precioso, cuándo se trata de combatir alguna enfermedad.—Nunca se debe tomar, pues, remedio ó medicamento alguno sin que lo recete ó lo aconseje el médico.

XVII.

En suma, el hombre sano no debe atormentarse con precauciones inútiles ó ridículas, ni tam-

poco dejar de adoptar las necesarias y convenientes.—Respire un aire puro;—mantega limpias todas las partes del cuerpo;—sea sobrio en la comida y bebida;—haga el correspondiente ejercicio;—huya de las pasiones; y cuente con que así, sin necesidad de mas remedios ni preservativos, vivirá robusto y contará largos años, &, &.



SECCION SEGUNDA.

CAPITULO 1.º

SALUBRIDAD PUBLICA.

I.

La salud del pueblo es la suprema ley, asi como ley suprema ú obligacion primera del individuoes la conservacion de su salud personal. De consiguiente, la *higiene pública* debiera ser la principal ciencia que aprendiesen los encargados de la administracion y del gobierno de las naciones. Mas por desgracia, si descuido y abandono se observa en los particulares para atender á su salud individual, mas descuido y abandono se nota todavia en los gobiernos para cuidar de la salubridad pública, ó sea de la salud de los pueblos.

II.

La higiéne pública no es mas que la extension ó ampliacion de la higiene privada; esta habla al individuo, y aquella se dirije á la sociedad, es decir, que solo difieren en la escala de sus aplicaciones. La higiene pública, recien nacida, puede decirse, como la estadística, necesita hechos generales, guarismos auténticos y datos positivos, que, comprobados, generalizados y fecundados por la inteligencia conduzcan al descubri-

miento de las leyes reguladoras de la sociedad. La higiene privada se encierra en el organismo, é interroga cada una de sus partes expuestas á la influencia del aire, de los alimentos y demas modificadores; pero la higiene social abarca una clase entera de hombres, una ciudad, una nacion, la humanidad en masa: no se contenta con aproximaciones, que por lo general satisfacen á la primera; y al estudiar todas las influencias materiales, intelectuales ó morales que obran sobre el cuerpo social, se propone dirijirlas, no solo en beneficio de la conservacion comun, sino tambien con ánimo de mejorar nuestra especie en todas sus condiciones de existencia.

III.

Léjos estamos aun de contar con todos los materiales necesarios, para resolver las altas cuestiones que pertenecen á la jurisdiccion de la higiéne pública; pero la estadística ha funcionado ya, y sigue funcionando en manos activas é ingeniosas; existen muchos documentos, aunque dispersos ó poco atendidos; se han resuelto ya algunos problemas importantes, sin que sus soluciones deban temer ser desmetidas por trabajos ulteriores; y es por esto, que ya concideramos llegado el caso de que se reunan y se coordinen en algunos pueblos los resultados obtenidos para formar un texto, ó plan de estudio metódico de la *higiéne social y administrativa en general*, piénsenlo bien los gobiernos; y ocupen para esto á hombres hábiles y competentes en la materia.— Los gobernados deben de recordárselo.

IV.

La higiéne pública, apoyada en la estadística médica y en la economía política, viene á ser la

única medida posible entre las masas. Si bien lo miramos, veremos que la terapéutica es por lo general importante contra las endemias y las espidemias; las explosiones epidémicas diezman las poblaciones, confunden á los prácticos, y el arte de estos no sirve de gran cosa hasta que, declinando la enfermedad, vuelve esta á semejarse á las dolencias esporádicas ú ordinarias. Las endémias atacadas en detalle, solo ceden para retoñar con nuevo vigor, y las constituciones que han sufrido reiteradamente su invasion, acaban por detriorarse á despecho de todos los recursos terapéuticos.

V.

Mas por dicha nuestra, cuando la medicina es impotente para curar, puede muchas veces precaver; cuando no le es dado ahogar el mal, consigne á lo ménos limitarlo, atenuarlo; y esta doble fortuna la debemos á la higiene. Á no ser la rigurosa enseñanza de sus preceptos, los vastos edificios que la filantropía destina al alivio de la humanidad, se convertirian en lugares de desolacion y de muerte; á favor de la higiene se sustraen al doble riesgo que traen el hacinamiento humano y los trabajos industriales, las fábricas y los talleres; ella es el númen tutelar de los ejércitos en movimiento; durante la paz hace de ellos vigorosos planteles para la poblacion; y en otra esfera, inspira al legislador y preside á los destinos de los gobiernos, los cuales ménos se sostienen por la autoridad de las formas y de los pactos, que por la fuerza y bienestar de los pueblos. Digamos, pues, que si la terapéutica cura á los individuos, la higiéne salva la especie; y

que la higiéne privada nos revela las condiciones de nuestra conservacion personal, asi como la higiene pública las del progreso social.

VI.

¿Qué influencia ejerce la higiéne en nuestros hábitos y costumbres? Esta es la pregunta que siempre el vulgo se hace. A primer golpe de vista parece que ninguna, porque nada ménos higiénico que nuestros usos y nuestras instituciones. Vestidos, alimentos, habitaciones, ejercicios y juegos, hábitos domésticos, obligaciones sociales, toda nuestra existencia actual parece una apuesta; parece que nos hemos propuesto resolver el problema de conservar la salud infrinjiendo todas las reglas de conservacion. La moda nos arrastra con sus caprichos, y nos condena á variar, por lo ménos, de tres en tres meses la hechura de los vestidos; la adulteracion y el fraude invaden nuestras mesas, tomamos veneno en lugar de alimentos, y nuestros órganos se sienten privados de la reparacion que necesitan; y á las instituciones públicas de la antigüedad, como el foro, las termas, las palestras, los circos, los teatros nacionales al aire libre y demas recreaciones que ejercitaban y descansaban alternativa y armónicamente las facultades físicas y morales del pueblo, hemos sustituido ciertos sistemas que anulan la vida pública ó la concentran en una esfera de estériles pasiones é irritantes puerilidades. La industria, aumentando el jornal de ciertas clases, las dota de cierto bienestar, al paso que crea para ellas nuevas necesidades; pero al mismo tiempo pone algunas de

nuestras poblaciones bajo la influencia permanente de causas mortíferas de nueva especie, y multiplica en nuestras ciudades los focos de insalubridad.

VII.

La educacion intelectual, á fuerza de tener que ser enciclopédica, pone tambien calenturientos los cerebros de nuestra juventud. El númen, condenado á crear en pos de literaturas anteriores que han secado las fuentes del pensamiento y las novedades de la forma, se atormenta en los repliegues de una fantasía enfermiza, y difunde el ardor de sus concepciones mal sanas entre las clases que le piden el pan cuotidiano de su lectura ó de sus espectáculos. Tal es el momento higiénico de nuestras sociedades modernas, sin contar con los disturbios políticos, ni con los violentos choques de los intereses sociales, que en verdad son dos condiciones muy poco propicias para el pacífico equilibrio de la salud de los pueblos.

VIII.

Y, sin embargo, á pesar de todas esas causas que nos alejan de la observancia de los preceptos higiénicos, es lo cierto, que la duracion media de la vida humana en Europa como acá en América, aumenta progresivamente. ¡Singular contraste! En estos tiempos de desórden físico y de turbaciones morales, se vive mas que en los preciados tiempos de la civilizacion antigua; se vive mejor que en tiempos de los atletas y de los gladiadores de los circos y de las palestras. Luego, tenemos que la higiene no dista tanto de nues-

tras costumbres y de nuestras formas sociales, como algunos puedieran creer; luego la higiéne no feneció en las edades primitivas, ni con las famosas instituciones de Esparta y de Atenas. Cada uno de nosotros lleva en las arrugas de su frente mas probabilidades de longevidad que los sobrios conciudadanos de Licurgo; y, sin embargo, nuestras leyes no fijan el número de platos de nuestras mesas, ni tenemos por costumbre arrojar las criaturas contrahechas al mar ó al rio, antes bien, la medicina se vuelve cada dia mas ingeniosa para conservar á las raquíticas, débiles y mal conformadas. En una palabra, aun cuando dejemos subsistir entre nosotros los elementos de poblacion que pueden hacer inclinar ó caer el platillo de la muerte, el número de dias que tenemos contados ha crecido. Y es que la higiéne ha pasado del individuo á la especie. Prescindiendo de unas pocas instituciones creadas por celos de nacionalidad mas bien que por otras causas, los gobiernos de la antigüedad nada hicieron en favor de las masas populares; pero nuestras ordenanzas de policía urbana, nuestros reglamentos sobre los mercados, fuentes, caminos y regadío; nuestros hospicios y hospitales; nuestras asociaciones mútuas y filantrópicas que remedian todas las miserias, templan todos los padecimientos, y satisfacen, aunque sea solo á medias, todas las necesidades, influyen de una manera mas eficaz y decisiva que los atletas untados de aceite y que las carreras de los carros envueltos en el noble polvo de los circos.

IX.

Con todo, no nos envanezcamos demasiado, ni vayamos á creer que las sociedades modernas

puedan entregarse al ócio en materia de salubridad pública. Mucho es lo que todavía resta por hacer, mucho podemos adelantar todavía; y trayendo las nuevas necesidades de la civilizacion nuevos peligros, fuerza es excogitar de continuo nuevos medios de preservacion. Veamos los principales, y al efecto seguiremos el mismo órden que en la higiene privada.

CAPITULO 2.°

ATMOSFEROLOGIA.

I.

En esta parte incumbe al gobierno ó á la autoridad, como á tutor natural de la salud de los pueblos, prohibir que se edifiquen casas ó viviendas en alturas que excedan de 1,000 ó mas metros sobre el nivel del mar, ó que presenten una vegetacion nula, ó escasa y depauperada. Incumbe tambien á la autoridad disponer que en las ascenciones aerostáticas, ora se verifiquen con motivo de regocijos públicos, ora con objeto de hacer algunos ensayos, ó algunos experimentos científicos, se tomen todas las precauciones posibles para la seguridad del aeronáuta. Estas precauciones se fundan en los peligros que trae para la salud y la vida la disminucion excesiva en el peso del aire. Y como el aumento en la presion de este fluido puede tambien llegar á hacerse nocivo, aqui nos referiremos tambien á la policía de las minas y de su laboreo.

II.

La temperatura del aire es el principal distintivo de las estaciones; y en cada una de estas

épocas tan marcadas del año, la autoridad tiene que hacer algo en pró de la salud de los administrados.

III.

En primavera, la estacion mas salutífera del año, la autoridad no debe hacer otra cosa mas que reparar los estragos del invierno, disponerse para las medidas de policía que exijirá luego la estacion calurosa, y atender á las circunstancias locales, especiales, pues, que por sí en la primera se deja sentir alguna particularidad poco favorable á la salud pública.—La primavera es tambien la estacion mas propicia para vacunar.

IV.

En estió se deben mandar barrer con mas esmero que nunca los paseos, las calles y las plazas, regándolas moderadamente dos ó mas veces al dia segun sea la intensidad del calor seco. Lo importantc es que se riegue con agua límpia, y no con aguas puercas y fetidas, como por desgracia sucede en muchos países ó pueblos mal surtidos de agua. Otra cosa importante: el barrido y riego de las calles, asi como todas las demas prácticas de policía urbana, se llevan mucho mejor á cumplido efecto, poniéndolas á cargo de un empresario público, ó cuidando de ellas la misma autoridad local por medio de sus dependientes, que fiándolas á los vecinos, aunque sea por bando ó mandato, y mas que todo en cumplimiento, lleva su comision de multa, que las mas de las veces no se exije, que á menudo se exije malamente, y que bien ó mal exijida nunca produce gran enmienda. Y, es, que un vecino no

puede, el otro no sabe, el otro no quiere, y el de mas allá no comprende que utilidad pueden traer estas prácticas de policía local. Téngalo presente la autoridad. La policía general sobre la limpieza pública es mas de rigor en estío que en cualquiera otra estacion del año. Deben ser vigilados é inspeccionados con esmero los baños públicos, los alimentos de primera necesidad, sobre todo el pescado, las frutas, los refrescos, el vino, &.ª El menor descuido en esta parte produce cólicos y disenterías epidémicas.—Durante la canícula deben estar cerradas las escuelas, ó la asistencia á ellas será de corta duracion y á las horas mas templadas de la mañana.—Tambien es buena costumbre cerrar los teatros en la época canicular.—El estío es la temporada del año en que pueden desarrollarse mas fácilmente los contágios importados, y causan mas estragos &.ª

V.

El otoño suele ser en algunas partes la estacion de las tercianas y de las inundaciones, azotes terribles, y contra los cuales debe el gobierno tomar medidas eficaces y bastantes á contener los estragos que con tanta frecuencia deploramos.

VI.

El invierno es la estacion mas desastrosa por los meteóros que la acompañan, y por las enfermedades, desgracias y muertes que ocaciona. Es la estacion de las nieblas, de las lluvias, de los frios, de las nieves y de los hielos; es la estacion en que mas escasean y encarecen los alimentos, las bebidas y el combustible; es la estacion, en fin, en que mas sufren las clases menesterosas, y

en que mas indigentes y mas enfermos acuden á los hospicios y á los hospitales. Indicados los riesgos, escusado viene á ser que nos entretengamos en exponer las precauciones y medidas que deben tomarse.

VII.

Las vicisitudes atmosféricas, tan perniciosas para la salud, exigen que la autoridad local disponga lo conveniente para que los cambios súbitos de temperatura se experimenten lo ménos intensamente posible al salir de los teatros, de los bailes públicos, de las iglesias, de las aulas nocturnas y demas puntos de reunion. En esta parte, como en varios ramos de la salubridad pública, la autoridad debe procurar siempre ser mas mañosa é ingeniosa, que imperativa y exigente.

VIII.

Las descargas eléctricas traen á veces accidentes funestísimos. Deber de la autoridad es conjurarlos, y para ello sirven las prevenciones siguientes: 1.° Mandar establecer pararayos en todos los edificios públicos, en todas las iglesias, hospitales, hospicios, fábricas, museos, bibliotecas y demas lugares muy elevados, ó donde pueda haber muchas personas reunidas, ó donde se guarden preciosidades artísticas ó literárias:—2.° Prohibir el toque de campanas y el hacer volar cometas durante la tempestad, y miéntras esté muy desequilibrada la elasticidad atmosférica:—3.° Si bien no participamos de las preocupaciones de los romanos, quienes, por un efecto de aquellas, cuando rugía el trueno, cesaban en las deliberaciones públicas, no emprendian guerra alguna

ni movimiento militar de ninguna especie, y aplazaban toda resolucion; creemos que cuando amenaza tempestad, y sobre todo en ciertas localidades, no fuera inoportuno mandar suspender los trabajos rurales, las reuniones públicas, &.ª:— Procurar vulgarizar directa é indirectamente, el conocimiento de las precauciones individuales en los casos de tempestad, esforzándose en destruir supersticiones y creencias erróneas:—5.° Tener prevenidos en sitio oportuno todos los auxilios necesarios para remediar los accidentes ó las desgracias que tal vez ocasionen las descargas eléctricas.

IX.

Y aqui se nos ocurre naturalmente los incendios, calamidad horirble, que tantos millones devora, que tantas muertes causa, que cada dia se reproduce en todos los países, y contra la cual no hay precaucion que pueda tildarse de minuciosa. No basta, pues, instituir compañias de bomberos ó zapadores adiestrados en el manejo de las bombas, baldes, garfios, escaleras de salvamento y demas ingeniosos aparatos; no basta fomentar las compañias de seguros contra incendios, sean á prima ó sean á mútuos; ni tampoco basta castigar severamente á los incendiarios: mas vale prevenir, que remediar ó castigar; y al efecto mandará la autoridad (cuidando mucho de que se cumplan sus mandatos) que los tahoneros, los fabricantes, los comerciantes, &.ª, no tengan grandes depósitos de leña, carbon, esparto, paja, algodon, pez, alquitran, azufre, pólvora, espíritu de vino, barnices, y otros combustibles ó géneros inflamables dentro de po-

blado; sino fuera ó en edificios aislados; que la construccion de los hornos, hornillos y chimeneas, esté arreglada al modelo ó sujeta á las bases establecidas, y con todas las precauciones de rigor: que las chimeneas de las casas y los tubos de las fraguas y estufas, de los hornos y hogares, se limpien ó deshollinen cada mes en los sitios donde se quema diariamente leña, y cada trimestre en los demas; que las fábricas de pólvora, de algodon—pólvora, de fóforos y demas productos facilmente inflamables, se establezcan á distancia de poblado; que las luminarias ó iluminaciones públicas (anuladas de hecho para algunos pueblos desde que se ha introducido el alumbrado del gas) se haga con faroles acristalados y no con hachas ú otras luces libres; que bajo ningun pretesto se enciendan fuegos artificiales ni hogueras en las calles ó plazas, ni en estas se disparen cohetes, truenos, petardos, &.ª, reformando las viciosas costumbres é insostenibles prácticas que sobre el particular hay en muchos pueblos, que no se establezca ni funcione en poblado, máquina alguna de vapor, sin tener noticia puntual y seguridad completa de su grado de presion, de sí es ó no fumívora, de si las calderas han sufrido la prueba de la prensa hidráulica, de si están provistas de sus válbulas de seguridad y de sus rodelas fusibles, de que la chimenea tiene la conveniente elevacion, de que el acopio de carbon de piedra ú otro conbustible inmediato á la caldera no pase del preciso para el consumo de tres horas, &.ª; que los ingénios ó fábricas de gas para el alumbrado se hallen á cierta distancia de la poblacion, como las oficinas de destilacion separadas y cubiertas de materiales incombustibles, con las chimenas de la competente altura, con la ventilacion indispensa-

ble en todo el edificio, con los gasómetros aislados y montados con sus tubos y cadenas de seguridad.

X.

La pureza del aire es el primero de los elementos de salubridad pública; y sin embargo por lo vicioso de algunas construcciones, y por el cúmulo de concausas corruptoras que surgen en muchas ciudades, el pueblo se vé continuamente defraudado de aire puro y propio para la respiracion. Mucho tiene que velar la autoridad si quiere, como es su obligacion, para atenuar y renovar las influencias que adulteran el aire y aumentan la natural insalubridad de la atmósfera urbana.

XI.

Desde luego debe ejercitar su celo en los establecimientos fábriles é industriales, clasificándolos en:—1.º *insalubres*, que alteran directamente el aire, ó lo llenan de emanaciones nocivas, como son las fábricas donde sufren descomposiciones mas ó menos activas las materias, orgánicas ó los metales venenosos de por sí ó por sus óxidos:—2.º *peligrosos*, por que dejan sentir explósiones, como la máquina de vapor y las fábricas de pólvora, ó por que exponen á incendios, como las fábricas en que abundan las materias combustibles, ó que emplean el fuego en grande:—3.º *incómodos*, ó que sin dejar de ser mas ó menos insalubres, causan particular incomodidad á la vista, al oido ó al olfato de los vecinos, como las caldererias, las fábricas de cola, de almidon, &. Hecha esta clasificacion, debe

la autoridad disponer como reglas generales: 1.° que no se plante ninguna fábrica, ni se abra establecimiento ó taller alguno, sea de la especie que fuere, sin autorizacion de la administracion local: 2.° que en ningun caso se conceda esta autorizacion, sin instruirse previamente el expediente de *commodo et incommodo*, oyendo luego, como otro requisito prévio indispensable, á un médico higienista, ó á la junta de sanidad de la poblacion: 3.° que en el documento de autorizacion, se expresen minuciosamente todas las condiciones á que deben sujetarse el fabricante ó el industrial en el ejercicio de su industria, sea esta de la clase que fuere.

XII.

Bien es que algo de todo esto está puntualizado en las leyes de la mayor parte de los pueblos, y en las modernas ordenanzas municipales; pero es lo cierto que todavía en varias capitales y ciudades de provincias funcionan en los puntos mas centrales de ellas, tenerías, fábricas de jabon y velas de sebo, fundiciones de hierro, fábricas de cerveza, de almidon, de cola, de tintes, &. &.: cien especies de establecimientos más ó ménos insalubres, incómodos ó peligrosos, cuyo alejamiento de poblado, ó cuyo confinamiento, al ménos al extremo de la poblacion, y á barlovento, es una necesidad para el vecindario; y cuyo aislamiento seria tambien una ventaja para la perfeccion de los productos, así como para la salud de los operarios, quienes respirarian un aire mas puro, disfrutarian de mas viva luz, y se espaciarian por un recinto mucho mayor del que es dado proporcionarse entre las informes manzanas y laberínticos callejones, por decirlo así, de las grandes ciudades.

XIII.

Los establecimientos de beneficencia pueden perjudicar á la salud de los recojidos en ellos y á la salubridad pública. Bajo ambos puntos de vista, debe pues, la autoridad fijar su atencion en los hospicios. hospitales, inclusas, refugios, casas de caridad &. Apenas hay unas que en otras ciudades en que tengan hospitales construidos segun las reglas que dicta la higiéne, ó por la mala construccion del edificio, ó por la pésima distribucion y extencion de las salas, ó por la excesiva acumulacion de enfermos, ó por lo mal calculado de la ventilacion ó por todas estas causas reunidas y otras várias; los asilos de la humanidad doliente llenan dc una manera muy imperfecta el objeto de su institucion! Pura neglijencia de parte de los gobiernos que con ella se hacen altamente responsables! Y de ahí, de donde resulta que los rejistros necrológicos arrojen tanta mortandad en los hospitales. Baste en prueba de ello, saber que los hospitales de Londres, que cuentan mas de 3,000 camas, dan 45,000 fallecidos cada año; los de Paris, con 10,000 camas dan 21,900 defunciones, los de Viena con 5,700 camas, cuentan 17,000 muertos al año, los de Berlin, con 3,000 camas, dan 9,000 defunciones, y los de San Petersburgo, con 6.000 camas, cuentan 11,900 fallecidos cada año. Estos guarismos estremecen, y tanto mas cuanto que son auténticos.

XIV.

La higiéne reprueba, pues, desde luego los grandes hospitales, estos deben ser de reducida extencion, y estar situados fuera de las poblacio-

nes. Asi, convendria que hubiese un hospital para cada clase de enfermedades, como ya los ha habido y los hay para algunas de ellas, conviene tambien hospitales especiales para cada sexo y para cada edad. En los grandes hospitales existentes se procurará, á lo menos, que haya salas distintas y separadas para cada enfermedad ó estado patalógico notable, así ha de haber salas especiales para los males de ojos, salas especiales de sarna, de venéreo de tifoideos, de tercianas, de tísicos, de delirantes, de epilépticos, de heridos, de operados, &. Las enfermerias debieran consitir en pabellones, aislados en medio de un prado ó jardin, reducidas á una sala baja y otra de primer piso, con doce ó quince enfermos á lo mas en cada una, Las salas, aunque con solo doce enfermos, deben ser espaciosas y facilmente ventilables por medio de bien dispuestas aberturas. En las salas de noventa á cien camas hay, muchos miásmas diversos, y los dolientes, curada ó en curacion la enfermeda que los llevó al hospital, contraen á veces otra nueva, ó se les reproduce con agravacion ó complicacion la primera. Las camas deben estar espaciadas atendiendo al largo, ancho y alto de las salas, no menos que á la especie de enfermedades á que se hallen destinadas, de suerte que cada enfermo de calentura ó de cirujía con llaga ó úlcera abierta, tenga á lo menos diez metros cúbicos de aire respirables, y ocho los sarnosos y demás enfermedades menos graves.

XV.

Ahora, el piso de las salas de los hospitales, (al hablar como se está haciendo de su policía como de su construcion higiénica) ha de ser embaldosado con losas grandes y las junturas muy uni-

das y rellenadas, ó en cambio embaldosado con asfalto para que de continuo pueda ser bien lavado y frotado. Asi mismo; los techos deben tener cielo raso y de ningun modo bovedilla, ni aunque la formen estas las mismas vigas; y las esquinas de las salas han de estar perfectamente redondeadas ó sin formar ángulo, Las ventanas deben ser anchas, ocupando un tércio á lo menos de la superficie total del lienzo de pared á que correspondan, y estar opuestas entre sí, dando de Norte á Sur. Si no tienen ambas exposiciones, se abrirán ventiladores en la pared que carezca de ventanas, y chimeneas de ventilacion en la boveda y en el piso, dejando un intervalo de cinco metros entre cada una. Finalmente, las ventanas deben tener sus esteras, perciánas ó cortinajes dispuestos de modo que no embarasen para abrir y cerrar los postigos, y destinados para preservar á los enfermos de una luz sobrada viva ó de una insolacion demasiado prolongada.

XVI.

Los hospitales deben tambien tener sus galerias para paseo, y patios de desahogo para los enfermos. A cada hospital debe estar anexa una convalecencia. La limpieza mas exquisita en ropa y utensilios, es de imprescindible rigor en los hospitales, como igualmente importa la mas severa vijilancia en la buena calidad y preparacion de los alimentos, bebidas y medicinas. Solo á favor de estas precauciones generales podrán los hospitales ser un tanto útil para los enfermos, é inofensivos para las poblaciones, mientras llega la época de que á la hospitalidad en comun se sustituya la *hospitalidad domiciliaria*, que desde fines del siglo pasado se está ensayando en mu-

chas naciones, y que acabará por generalizarse cuando hallan cundido bastante los conocimientos de higicne pública y comprenda el gobierno los deberes de la beneficencia.

XVII.

La beneficencia ejercida con los infelices expósitos debe tomar tambien la forma domiciliaria, sino se quiere que las *inclusas* sigan siendo lugares de inmolacion y de muerte cien veces peores aun que los hospitales. En Madrid, por ejemplo, se ha encontrado que en la inclusa morian 85 expósitos por 100, y entre los criados en casas de sus nodrizas, la mortandad ne es mas que de un 14 por ciento. La mortadad general de los expósitos es horrible. En un informe dado en 1,791 al parlamento de Irlanda se manifiesta que de 19,420 entrados en veinte años en la inclusa de Dublin habian desaparecido 17,440. De 7,650 entrados en los años 1,781 á 1,784 habian muerto 2,744 en la primera quincena siguiente á su ingreso en la inclusa. En 1,790 entraron 2,180, y de estos solo 187 llegaron á cumplir un año. De 1,798 á 1,805 entraron 12,786 expósitos, y á los cinco años no quedaban mas que 185 de aquellos infelices. La inclusa de Londres no ofrece resultados menos descosoladores: la mortandad anual es actualmente de un 15 por ciento. La inclusa de San Petersburgo pierde un tercio de los expósitos que entran; y en la de Moscou de 37,607 entrados en veinte años, no quedaron mas que 1.020. En la inclusa de Madrid desde el año 1,787 hasta 1,843 entraron 65,580 de los cuales fallecieron 54,847, sobreviviendo tan solo 10.733. La causa de tan fúnebre estadistíca son: el haber recibido algunos de estos expósitos el gérmen de ciertas enferme-

dades en las mismas entrañas de la madre:—la exposicion;—la acumulacion excesiva de estos mismos en un mismo edificio, generalmente mal construido;—la lactancia artificial,—los vicios da las nodrizas mercenarias,—y las enfermedades y epidemias que tan comunes se hacen en las inclusas. Remediando estas causas, remedian los los gobiernos la dolorosa merma que sufre la poblacion. Algunas de estas causas se han mitigado ya, merced á la filantrópica insistencia de los higienistas: asi en Francia en 1,787, 1,788 y 1,889 morian de 90 á 91 expósitos por ciento, en 1,824, de 60 por ciento, y en 1,838 era de 58 por ciento. Mucho, pues, resta todavia que enmendar, no obstante las mejoras introducidas.

XVIII.

Los establecimientos penales son otro foco de corrupcion física y moral que á voz en grito llaman en muchos pueblos la atencion de los gobiernos. Las cárceles, las casas de correccion, las penitenciarias y los presidios, han de estar construidos y dirijidos de modo, que no solo no inficionen la atmósfera de las poblaciones; sino que sean verdaderos hospitales, por decirlo así, para el vicio; siguiendo en todo, aquella sabida máxima de que *poco vale castigar á los malos sino se tiene la habilidad de volverlos buenos.*

XIX

Los cementerios influyen tambien en la pureza del aire, y han de ser considerados como establecimientos insalubres de primera clase. Deben en consecuencia estar situados á distancia de unos mil metros por lo menos de toda poblacion, de to-

do edificio habitado, y de todo camino real, en terreno calizo ó arenoso, elevado, con declive y opuesto á los vietos dominantes; lejos de los arroyos ó rios que puedan salir de madre, de los pozos, manantiales, conductos y cañerias de aguas que sirvan para bebida de los hombres y de los animales. Cada parroquia ó feligresía en las capitales debiera tener su cementerio especial, con su respectiva capilla, casa mortuoria y su anfiteatro. Un cementerio único para uua ciudad de 100,000 almas, como con frecuencia se vé, es insuficiente. Cada cementerio debe tener una superficie á lo menos quíntupla de la necesaria para los entierros de un año, á fin de no tener que sepultar cadáveres en un mismo espacio antes de que trascurran cinco años. Las cercas ó tapiales de los cementerios no han de pasar de tres metros de elevacion. En el recinto de los cementerios, y en sus contornos, será útil la plantacion de algunos árboles; pero claros á fin de que su vegetacien sea lejana, y permitan al mismo tiempo la libre circulacion del aire. Las inhumanaciones se harán precisas y esclusivamente en los cementerios y nó en ningun otro lugar; debiendo abolirse todo privilengio sobre el particular. Los cadáveres debian ser inhumado sin caja, y sin mas vestido que una túnica ó sabana mortuoria, á fin tambien de que mas pronto quede completada la putrefaccion del cuerpo, y sea menor la masa de objetos que deben corromperse. Un cadáver sepultado á la profundidad de un metro queda reducido al estado de esqueleto en veinte meses poco mas ó menos: si se le sepulta con caja, tarda dos ó mas años, segun la naturaleza del terreno y la índole de la caja ó envoltorio. Las cajas ó los atahudes solo debieran permitirse á los que son inhumados en nicho ó en sepulturas par-

ticulares La inhumacion de cada cadáver se hará en una fosa ó sepultura de metro y medio de profundidad, ancho y largo convenientes, si la fosa es de mas profundidad se retarda entonces la putrefaccion, y si lo es menos hiede mucho é infecta la atmósfera. Depositado en la fosa el cadáver, se cubrirá con una capa de cal, y luego con tierra bien apisonada. Fuera de los casos de necesidad absoluta no se enterrará mas de un cadáver en cada fosa. Entre fosa y fosa se dejará un espacio siquiera de un metro.—Sobre exhumaciones deben tambien las juntas ó cuerpos de beneficencia acordar lo preciso y conveniente. Pero añadiremos: que en los cementerios debe hacerse cada un quinquenio una monda, trasladando al osário, ó á la fosa especial que debe haber en cada uno, los esqueletos ó huesos sueltos que se encuentren, sin profundizar mucho. Estas mondas se harán en invierno. y por la mañana, escogiendo dias serenos y despejados. Se emplearán asimismo en esta faena, el menor número posible de sepultureros.

XX.

A estas prevenciones generales sobre los cementerios, las inhumaciones y exhumaciones, diremos mas: que luego que fallezca un individuo, los interesados, sin tocar el cadáver de la cama ni de la posicion en que halla fallecido, deben hacer certificar la defuncion por el médico que visitaba al enfermo, ó en su defecto, por uno de los mèdicos delegados por la autoridad. En París se cuentan 35 médicos que desempeñan estas funciones en los diferentes barrios. En dicho certificado, sin el cual la autoridad no debiera dar permiso para la inhumacion, constarán to-

das las circunstancias individuales del finado, la hora del fallecimiento y la causa presunta ó averiguada de su muerte.—Los cadáveres deben ser trasladados en carros cerrados, y ni estos vehículos como ni la caja del difunto se permitirá enllavar. La traslacion se verificará al dia siguiente al de la defuncion, precisamente al amanecer, y directamente á la casa mortuoria, (ó depósito de los cementerios á falta de no haber aquella.)—*La casa mortuoria* debe ser un espacioso pabellon, depósito previsor y contiguo á la capilla del cementerio.—Estas casas ó depósitos fueron inventadas en Alemania por el ilustre higienísta Frank, y hoy son adoptadas en muchos países de la Europa como de la América. En estas casas pueden reunirse uno ó dos dias despues, los deudos y amigos del finado para el ceremonial fúnebre que se hará en la capilla ó iglesia del cementerio para ser luego sepultado. Con estos establecimientos velados con sumo interés por los panteoneros ó personas interesadas, se evitan las inhumaciones precipitadas; se evita el que persona alguna pueda ser enterrada viva, accidente horroroso, cuya posibilidad estremece, y que sin embargo ha ocurrido infinitas veces en todos los países. En Francia, donde todo se cuenta y se anota, no hace mucho tiempo que vió la luz pública una estadística oficial, de la cual aparece que desde 1,833 á 1,845 hubo 94 casos de entierros supervivénticos y que fueron frustrados por circunstancias fortuitas.

XXI.

En suma, todo lo hasta aquí expuesto, se reduce á un precepto general: y es que *á toda cos-*

ta se debe mantener tan puro cuanto sea posible el aire de las poblaciones, harto inficionado ya naturalmente por la misma reunion de habitantes.

XXII.

La higiene privada se ocupa de las habitaciones, y la higiene pública atiende mas especialmente á las poblaciones.—Si hubiésemos de formar una poblacion—modelo, escojeríamos una localidad templada, en la falda de una colina que mirase á Levante, con una lijera inclinacion al Mediodia, no léjos del mar ó de un rio, ni alejada de un bosque poco espeso, pero remota de todo volcan, y de todo pantano ó depósito de aguas estancandas.—La extension de las poblaciones ha de tener sus límites. Y en nuestro dictamen, las poblaciones debieran revestir la forma de caserios mas ó menos contigüos; pero ya que se quieren los caserios apiñados, hágase que los grupos de casas no pasen de una razonable extension; hágase siquiera con los hombres lo que se hace con las plantas, y no se pretenda hacer vivir 200,000 personas en un recinto en donde no puedan vegetar, ni ningun propietario querria hacer caber 200,000 árboles.—Cada habitante debe disfrutar á lo menos de 40 metros cuadrados de terreno; y por consiguiente las grandes capitales de que se envanece tanto la civilizacion moderna, son verdaderamente foco de insalubridad. Por esto se vive mas y mejor en los pueblos rurales que en las ciudades; por esto las enfermedades son doblemente funestas en las capitales que en el campo. La estadística ha demostradoen Inglaterra que la mortandad de los distritos rurales es á la de las ciudades como 100 és á 144;

y la vida media de esos dos órdenes de localidades como 55 á 38, lo cual dá una diferencia de 17 años en favor del campo.—Las poblaciones no deben estar acotadas ó circunscritas como una posesion particular, ni sus habitantes acorralados como ovejas. La ronda de las poblaciones no debiera consistir mas que en una espaciosa calle de árboles; y si alguna cerca ó vallado fuesen menester para los efectos económicos ó administrativos, será higiénicamente preferible aislar las poblaciones por medio de anchos fosos, de estacadas, de verjas ó de una simple barrera, mas bien que por medio de tapias ó murallas. Las calles han de ser anchas y rectas. La anchura de las calles ha de ser igual á la altura de las laterales ó un poco mas; y las que no tengan este ancho nunca serán mas que corredores ó callejones infectados y sujetos á trasmitirse las epídemias ó pestes de una acera á otra. Las calles deben estar bien sólidamente empedradas, y el empedrado tendrá la figura convecsa para dar curso á las aguas llovedizas, á fin de que estas no se detengan y embalsen, sino que pasen inmediatamente á las cantarillas ó acequias principales. Las plazas vienen á ser almacenes de aire respirables, y por lo tanto cada poblacion debe tenerlas espaciosas y en gran número. Y si hay algunas capitales que cuentan un número considerable de estas, pocas de ellas merecen este nombre. Londres tiene 75 squares; pero aquello sí que son plazas verdaderamente higiénicas.—Las casas particulares como los establecimientos públicos, han de estar construidos con solidéz y elegancia, y distribuidas en su interior de modo, que los habitantes y los empleados oficinistas puedan respirar cómoda y desahogadamente bajo la influencia del sol y de la luz.

XXIII.

Los caminos, puentes y canales, el cultivo de los terrenos, las construcciones rurales, la ganadería, las lagunas y pantanos, la caza y la pezcá, la destruccion de animales dañinos &. &., son otros tantos objetos que llaman la atencion del higienísta, y que debe la autoridad reglamentar en un buen código de *policía sanitaria rural.* Tambien cuidará la autoridad de que se forme la topografía estadística de cada poblacion, pues sin este elemento de salud y de buen gobierno, no es posible intentar reforma ni mejora alguna útil.

XXIV.

La policía médica comprende todo lo relativo á la enseñanza y al ejercicio del arte de curar á las enfermedades esporádicas, á las endémicas, epidémicas y contajios, no menos que á las epizootias ó epidemias entre los animales. Altos deberes tiene, pues, que cumplir la autoridad, ya local como central, á cerca de cada uno de esos preceptos; pero la brevedad del espacio, que harto lamentamos, no nos permite mas que puntualizarle estas somerísimas indicaciones &.

CAPITULO III.

COSMETOLOGIA.

I.

Despues que tanto hemos insistido á cerca de la importancia de la limpieza en el individuo, es-

cusado es decir ahora, que no menos importante se hace la *limpieza pública.* La comodidad, el ornato y la salud se interesan de consuno en el aseo de las poblaciones; y el primer majistrado que en París tuvo el encargo especial de cuidar de su policía urbana, el presidente del parlamento le manifestó los deberes de su magistratura con estas tres solas palabras: *¡Caridad! ¡Seguridad! ¡Limpieza!* Este cencillísimo programa deben pues aplicarse á cumplir y desenvolver todos los gobiernos centrales como las autoridades locales; alcaldes y regidores.

II.

Deben, por consiguiente, estos funcionarios disponer la ventilacion, desinfeccion y limpieza de los establecimientos públicos, procurando servir de modelo á los particulares. Dispondrán tambien que las calles y plazas, los paseos y mercados se aseen diariamente, y se rieguen durante las estaciones secas y calurosas. Como la limpieza pública es en parte el resultado del aseo y diligencia de los vecinos, dispondrá la autoridad que estos no echen á la calle basuras ni desperdicios de ninguna especie; que no sacudan esteras, que no extiendan ropa lavada en los balcones, ni en las plazoletas; que en la via pública no se hierren, sangren ó esquilen caballerias ó perros; que tampoco halla en ellas peluquerias ó barberias ambulantes; que los conductores de basuras, escombros, paja, cal, tierra y otros efectos sólidos ó líquidos, que puedan verterse ó derramarse, lleven sus cargas de modo que no ensucien las calles y molesten é importunen á los transeuntes &. &. Y aunque en muchas ciudades, es verdad, que está mandado por bandos y ordenanza mu-

nicipales el que se observen estos preceptos con imposicion de multas y penas aflíctivas, es verdad tambien de que no se cumple ó se cumple muy mal; porque: "*Sin secutores las leyes, maldita la pró que traen.*"

III.

Pero diremos, sin embargo, en abono de los desobedientes ó transgresores, que la estrechez de las calles de las muchas poblaciones que hemos visitado, la pésima distribucion de las casas, la falta casi absoluta de vastos patios interiores, la mezquindad de los mercados &. &., son circunstancias atenuantes de su desobediencia; y por lo mismo, mientras no se corrijan esos y otros defectos, será dfícil obtener resultados enteramente plausibles en materia de policía urbana.

IV.

Establéscance, pues, lavaderos públicos para las lavanderas que á falta de no contar en sus casas con la cantidad de agua suficiente para los primeros remojos, se diseminan para las tomamaderas de las acequias ó esteros que corren sin precipitarse por el centro de las poblaciones, inficcionando asi el agua que sirve para el uso general de las bebidas; y para la limpieza personal de los habitantes; que se disponga asi mismo, el plantel de los baños públicos gratuitos.—Poblaciones hay en Europa que teniendo siglos de existencia, sus gobiernos no han sabido dotarlas del agua necesaria para su consumo, ya de un modo natural, ó ya de un modo artificial, despreciando en todo las leyes de la hidrografía, y sometiendo á sus pobladores á la escaces mas penible de es-

te elemento principal. Y ¿qué diremos á cerca de este particular sobre muchas poblaciones de nuestra jóven América......? Todas tienen muchos empleados ingenieros, ocúpeseles, pues, en estos trabajos importantes ántes de ningunos otros, asi lo reclaman la limpieza en general, la necesidad de una agua tomable, pura y en abundancia, el riego de las calles, plazuelas y paseos, el regadío de los arbolados y jardines, los surtidores de las fuentes monumentales, los baños y lavaderos públicos de la clase proletaria y de la tropa del ejército &.

V.

Tambien dictará la autoridad local las reglas oportunas sobre el modo de vaciar, limpiar y desinfectar las letrinas, atendiendo á la salubridad de la poblacion, á la comodidad de los habitantes y á la salud de los mismos operarios.—En los establecimientos y edificios públicos adoptará ó hará adoptar las letrinas movibles, sin descuidarse de fomentar directa é indirectamente su adopcion en las casas particulares, inculcando sus ventajas sanitarias y económicas.—En los sitios oportunos de las poblaciones se establecerán decentes letrinas y meaderos públicos y gratuitos, movibles y mantenidos en el mas constante aseo &.

VI.

Reasumiendo entónces, todo lo dicho sobre la limpieza, tenemos que la hidrografía de una poblacion comprende: 1.° la importacion de las aguas limpias para el consumo y demas usos domésticos, higiénicos é industriales: 2.° la espor-

tacion de las aguas sucias, y demas inundicias. Para lo primero es indispensable reunir el caudal de agua suficiente, conducirlo y saberlo conservar segun las reglas del arte; y para lo segundo conviene adoptar un buen sistema de alcantarillas y cloacas en los lugares que convenga.

CAPITULO IV.

BROMATOLOGIA.

I.

Graves y trascedentales son tambien las obligaciones de la autoridad en materia de alimentos, condimentos y bebidas.—*Abundancia y baratura* deben ser las primeras miras de todo gobierno que comprenda su mision. Los alimentos han de abundar, y abundar para todo el mundo, estar bien distribuidos y hallarse al alcance de todas las fortunas. El *pan* y la *carne* sobre todo reclaman que se les descargue de todo impuesto odioso. A nadie se oculta lo mucho que interesa para la salud y el desarrollo de fuerzas de las clases laboriosas la abundancia del pan y el uso de la carne. Cuanto mas fastidiosos son los trabajos, mas reparadora debe ser la alimentacion: y ¿cómo llenarán esta indicacion higiénica los artezanos y jornaleros, si una viciosa organizacion en el tráfico de carnes y el gravámen de los derechos de consumo y de puertas se oponen á que los precios de venta al por menor se nivelen con el precio corriente de los mercados? ¿Hay impuesto mas desrazonable y desastroso que el qué, privando á las clases prolétarias de

los medios de restaurar sus fuerzas, amengua la potencia productora del país, acrece las cargas de la sociedad aumentando las eventualidades de enfermedad entre las clases mas numerosas, y disminuye el valor de la poblacion á causa de sucederse mas rapidamente las generaciones? Los gobiernos que ponen trabas á la abundante, fácil y libre circulacion de los alimentos de primera necesidad, se hallan en el caso del médico que pusiese trabas á la circulacion de la sangre en el individuo.—En Inglaterra, en los Estados-Unidos de América como en algunos que otros puntos, no pagan derechos de puertas los artículos alimenticios.

II.

No basta que los alimentos sean abundantes y baratos: es menester ademas que sean sanos y de buena calidad. El arte de adulterar los alimentos, condimentos y bebidas, no menos que el arte de defraudar en su peso ó medida, han llegado á una perfeccion tan escandalosa como punible. Entre las causas de degradacion como de enfermedad que pululan en las grandes poblaciones, no es la menor ese envenenamiento crónico que producen los alimentos averiados y falcificados. Tantas dolencias ocasionan, dice un autor, las alteraciones y adulteraciones de los alimentos y bebidas, como la impureza del aire y la irregularidad de las estaciones. Urge, por tanto, organizar la policía bromatológica; establecer los almotacenázgos y tribunales del reposo bajo un plan bien concebido; constituir en los mercados una especie de aduanas higiénicas que no consientan la introduccion de alimento alguno malsano, averiado ó adulterado; perseguir de

muerte á esa elase de individuos que toman por industria el emponzoñar lentamente al público; evocar á los *undinarum cibalium inspectores* de los romanos; restablecer aquellos ediles que hacian pedazos las pesas y medidas falsas, y que mandaban arrojar al Tíber las sustancias alimenticias averiadas. La policía de los mercados ha de ser severísima, inexorable y no fiarse esclusivamente á subalternos, sino á personas autorizadas, inteligentes é incorruptibles. Conocidos son de tiempo inmemorial los abusos; pero su remedio, si bien intentado, aun no se ha conseguido.

III.

La penuria del espacio solo nos permite decir, en punto á condimentos, que el interes de la mayoría de los consumidores y las mejores doctrinas económicas estan de acuerdo con la higiene en pedir el pronto destanco de ciertos artículos que son de imperiosísima necesidad para todas las clases en general.

IV.

Las bebidas sufren tambien mil sofísticaciones que importa desenmascarar y castigar severamente. El vino en particular, como bebida mas usual, casi siempre es adulterado. Las clases pobres mas bien compran veneno que vino, porque es con quien se especula mejor. A la autoridad, corresponde, pues, evitar todo abuso, toda defraudacion.

CAPITULO V.

GIMNASTICA.

I.

Algunos autores han propuesto mejorar ó regenerar la especie humana dirijiendo oportunamente la influencia de los alimentos y la influencia de los ejercicios. Mucho pueden esas influencias; pero si algun resultado útil deben dar, es preciso cambiar la direccion que en el dia llevan ó se les dá.—Concretándonos á la gimnástica, importa que el gobierno (sin que por eso sea nuestro ánimo resucitar los tiempos heróicos ó hercúleos) dé tanta importancia á la educacion física como á la instruccion; que haga de modo que las capacidades y las vocaciones esten rectamente aplicadas, es decir, que clasifique bien las profesiones; que cada profesion industrial tenga su cartilla higiénica, clara y metódica para cuidar su salud; que se lleve una estadística exacta, y que se estudie sin cesar la accion de las influencias específicas de cada profesion para combatir las nocivas y perfeccionar mas y mas las que sean beneficiosas.—Despues de instituir gimnásios para ambos sexos, y hacer obligatoria su concurrencia para la infancia y la juventud, conviene estudiar la higiene de cada profesion. Los labradores, los militares, los mineros, los marinos, los pintores, los operarios en las diferentes clases de fábricas y manufacturas, &, todos tienen derecho á que el gobierno, como padre y tutor de la sociedad, vele por su salud, avisándoles los peligros que corren, conjurando por sí los muchos que puede conjurar,

y dándoles todos aquellos consejos que valgan para dirigir atinadamente su conducta. En esto consiste principalmente la *gimnástica social* ó administrativa.

CAPITULO VI.

PERCEPTOLOGIA.

I.

Los pueblos, como los individuos, tienen una inteligencia que debe ser desarrollada, é instintos y pasiones que deben ser bien dirigidas. Al efecto, los individuos tienen padres y maestros: los pueblos tienen gobiernos. Estos se hallan obligados, pues, á establecer escuelas primarias de párvulos y adultos, colegios para los jóvenes, escuelas superiores ó profesionales para las varias carreras. Ademas de atender al régimen, disciplina y enseñanza, conviene fijar la atencion en el material y la distribucion interior de los edificios destinados á la instruccion pública, en los cuales deben reunirse todas las cualidades y condiciones higiénicas que demanda el arte.

II.

Felizmente, ya en algunos pueblos ó naciones se nota, en general, ese exquisito gusto por el saber. Los gobiernos tratan de proporcionar á las clases proletarias todos los medios que facilitan su instruccion. Se ve que las masas morigeran sus costumbres y las acercan al grado de perfectibilidad posible; pero, por desgracia, tam-

bien quedan otros pueblos que, no obstante de haber recibido ya ese bautismo de cultura y civilizacion, conservan aun ciertos instintos que tienen que moderar, sopena de llamárseles retrógrados en medio de su industria y bienandanza. Asi, haremos aqui una alusion acerca de las corridas de toros permitidas en esos pueblos (¡diversion de todo punto bárbara!) y que los gobiernos lejos de fomentar tal aficion, debieran extinguirla como un espectáculo justamente reprobado por cuantos poseen las nociones de moral, y las nociones de administracion y buen gobierno.—En vez de plazas de toros, para los pueblos que las tienen, lo que les conviene son gimnásios públicos para la juventud: y las poblaciones que levantan nuevos circos para regocijarse en la destreza y bravura de dos animales, el uno mas útil que el otro..., sería mejor que empleara su dinero en crear algunas cátedras de enseñanza, algunas colonias agrícolas, ó en mejorar el estado de una cárcel, hospital, hospicio, ó en socorrer á tantos de esos infelices que demandan compasion; &.

III.

Otro instinto, ó mas bien pasion, que importa tambien refrenar en algunos países, es la aficion á las rifas y loterias, pues que son medios astuciosos de estafa, defraudacion y sustraccion del trabajo segun como lo ha calificado un célebre financísta de nuestros tiempos.—Todo lo que incita á *ganar sin trabajar*, se constituye en manantial fecundo de todas las desdichas domésticas y sociales.—El hecho de tirar dinero con la estúpida esperanza de hacerse rico, solo sienta bien á seres que no calculan......! Cuanto mas

valdria, para esos pueblos que tienen tal manía, el fecundísimo plantel de las *cajas de ahorros* en donde la clase indigente como la especulativa, va á imponer un céntimo para sacar á ciencia cierta el doble, triple, cuadrúplo &, &.

IV.

¿Y qué diremos ahora de esas emboscadas, (permitásenos la expresion) que hemos visto en muchos países, en cuyas puertas se lee un rótulo que dice: *Casa de préstamo sobre prendas.* Que esas casas con sus patentes de corso, por decirlo así, y á título de remediar tal ó cual necesidad de las gentes sin cálculo, son unas taráscas que todo lo absorven.—Ora resbala allí el verdaderamente necesitado con sus alhajas y especies que tantos sudores y economías le costaron, ora se abarraja tambien el viciosò llevando las joyas de sus padres, de su mujer y de sus hijos...... En unos y otros, las circunstancias se agravan, la esperanza de redimir estas especies, se pierde; y entonces el prestamista gana indefinidamente. A muchos de éstos hemos visto en muy poco tiempo rellenar la bolsa con este comercio inmoral, que los gobiernos, bajo ningun sentido, debian permitirlo, como mucho menos permitir el tráfico de esos *prestamistas á diário*, de cuyos intereses que perciben el mejor calculista no encontrará su guarísmo, puesto que estos sanguijuelas de la humanidad, estas sombras del Avreno, lo hacen de todo punto incalculable.

V.

Parece habernos separado de nuestro propósito; sin embargo, no nos apartamos de la ana-

logia de los hechos. Hablaremos, pues, del *suicidio*, la *locura* y la *criminalidad* que son tres plagas que bastantes extragos causan en las sociedades que se dicen mas cultas. Revisando esas estadísticas, horror causa el ver las cifras que marcan esos datos. En Paris, en uno de estos pasados años, se contaron 551 suicidas. En Lóndres, 7,000 enagenados: y en esas ciudades, como en las demas metrópolis de la culta Europa se ve tambien un crecidísimo número de procesados. ¡En manos de los gobiernos está y lo estará siempre el remedio de estos males que aflijen á la humanidad!

VI.

En conclusion, diremos, que la raza humana, obedeciendo á su vocacion natural, ha llegado ya á adulta: sucesivamente, y á favor de una educacion lenta y penosa, se vá acercando al punto culminante de su perfectibilidad, que no es mas que el completo desarrollo de sus facultades físicas, intelectuales y morales. Asi como las plantas al nacer contienen ya el gérmen de las flores y los frutos que se desarrollan en el círculo de su vegetacion, asi tambien las leyes naturales del instinto que guiaban los pasos de las tribus salvages en su primitiva sencillez, contenian los tesoros de conocimientos mas depurados, mas morales, y el gérmen de las varias institucionos civiles y religiosas que han florecido y florecen en las naciones de la tierra. Esta cultura intelectual y física, cada dia mas avanzada, irá desarrollando los frutos de las mas altas verdades fisiológicas, filosóficas y políticas, para dicha y madurez de nuestra especie; pues vemos que los descubrimientos de las ciencias y de la

industria crecen y se multiplican asombrosamente al compás de los siglos. Este progreso de la especie humana es tan natural y necesario como la elavoracion sucesiva de las edades; pues pasando de la mocedad á la edad viril ó de madurez, desarrolla las fuerzas del cuerpo y los gérmenes de la razon en los individuos. Asi se desenvuelve progresivamente el género humano sobre el globo, bajo sus diversas faces é innumerables aspectos, siguiendo el plan trazado por la mano del Omnipotente. Los gobiernos tienen el alto debér de no separarse de este plan y de dirijir eficazmente aquel progreso. Para ello, no hay otro camino que poner en práctica, que los saludables preceptos de la higiene pública.



TERCERA PARTE

MAXIMAS O PENSAMIENTOS MORALES.

ACCIDENTE.

No hay accidente en la vida del cual no se pueda sacar partido: la cuestion solo es de tacto.

ACCION.

Toda accion loable deja en el corazon del que la practica una dulce satisfaccion, cosa opuesta al remordimiento que deja el mal proceder.

ALABANZA.

Si queremos evitar un sonrojo, rechacemos toda alabanza; y muy perdido vá quien con gusto la acepte.

ALTANERIA.

El altanero cae muchas veces al dia en la humillacion.

AMBICION.

Todo lo que se ambiciona, aparte del amor á la virtud, se evapora.

AMISTAD.

Se comete un gravísimo error llamando hoy amigo al conocido de ayer, por que la amistad exije muchas condiciones.

AMOR

Nadie diga que ama sino cuando no ame ilícitamente, por que entonces la caridad será su norte.

AMOR PROPIO.

Con justicia se llama nécio al hombre que se apropia cualidades que no posee; y con mas justicia se le llama cuerdo, cuando el amor de sí mismo lo basa en su propio conocimiento.

ANIMALES.

Siempre se debe mirar compasivamente á los animales, porque están, como nosotros, dotados de sensibilidad.

ARTE.

En el órden moral no se conoce otro mejor arte que la verdad: en el órden físico la elegancia, armonía y solidez.

ARREPENTIMIENTO.

Reincidir en el crímen, es alejar el arrepentimiento.

ASTUCIA.

En valde la astucia presenta un ejército de quimeras, porque no podrá cuadrarse ante la sinceridad.

AVARICIA.

No se busque nunca el oro en la bolsa del avaro, porque en ella solo se encontrará polilla.

BENEFICIO.

Si al hacer un beneficio no pusieramos en las plazas públicas un cartel de anuncio, no lo perderiamos todo.

BEODISMO.

El beodo es una cosa: y una cosa casi inútil.

BURLA.

Casi siempre se nos cambia en pesadumbre el placer que sentimos con la burla.

CAPRICHO.

El caprichoso no es mas que un pollino que nos sirve para los usos materiales.

CARACTER.

En la frente de aquel en quien leamos éstas hermosas palabras "capacidad, pasibilidad, amabilidad, benignidad, claridad, (por franqueza) probidad é incontrastabilidad," ese será un hombre de carácter.

CARIDAD.

El caritativo nunca se encontrará desprovisto: su casa será abundante; y al opulento si le falta la caridad le falta todo, porque no siendo estables los bienes de ésta vida, cuando descienda, no tendrá de quien recibir pues que no dió jamás. Aun en el cielo no encontrará misericordia.

CASAMIENTO.

El primer artículo que se debe poner en el pacto de ésta alianza, és:—"Identificarse para penar y gozar."

CELOS.

Celar, dicen que es amar. ¡Singular equívoco! Los celos son siempre parto de la duda ó la desconfianza que se tiene de la persona amada. Muchas veces tambien los forja el infierno en sus ratos de ócio para desequilibrar una union santa.

CLEMENCIA.

La clemencia, hija lejítima de la caridad, nos lleva á perdonar y socorrer hásta nuetros enemigos: no reconoce bandera.

COLERA.

Mientras que el hombre esté encolerizado no le hablemos; porque de hombre ha degenerado en bestia.

COMPLACENCIA.

La complacencia nos hace acreedor á muchas cosas; encubre muchos de nuestros defectos, y nos dá cierto grado de autoridad.

COMERCIO.

Un cámbio rápido suele hacer pronto una fortuna: uno paulatino la retarda mas, pero la asegura mejor.

CONCIENCIA.

La mejor conciencia es la que se apoya en el temor de Dios.

CONDUCTA.

La conducta del hombre es el termómetro de su corazon.

CONFIANZA.

Si quereis inspirar confianza, hablad siempre sin engaño; si quereis tenerla, proceded de buena fé, y si quereis darla, examinad primero al hombre.

CONSEJO.

El saludable consejo está en el seno de la experiencia; si lo buscamos en otra parte, encontraremos opiniones solamente.

CONVERSACION.

Tengamos presente que toda conversacion, exije: pureza de imágenes, pureza de corazon y pureza de lengua.

CORAZON.

Que nuestro corazon sea siempre una arca en la cual solo se guarden monedas de oro.

CORTE.

La mejor corte está en el sitio en donde reside la paz, y no hay falsías, ni quimeras.

CORTESIA.

Con los finos modales arrancamos simpatías, que nos niega la carencia de virtudes sociales, ó de un buen físico.

CRITICA.

Una buena crítica es como el buril que le dá lustre á la plata.

COSTUMBRES.

Si queremos que nuestras malas costumbres se morigeren, parémonos por un instante á meditar en sus consecuencias.

CUENTO.

Si queremos no volvernos de cuerdos en locos, cerremos siempre nuestros oidos al chismoso.

CULPA.

¿Quién no peca? todos pecamos, pero pecará ménos aquel que, conociendo su culpa la confiesa y se arrepiente.

CIUDADANO.

El mejor ciudadano es el que mejor cumple con la ley.

CHARLATANERIA.

Toda la sabiduría del charlatan consiste en disfrazar la palabra "ridículo" con la de "redículo," sin comprender que las dos le forman su nombre y apellido.

DEBER.

Siendo tan sencillos todos nuestros deberes, preguntamos todavía: ¿cuáles son ellos? Fútil pretexto de la negligencia que nunca se pondrá á cubierto de la responsabilidad.

DEBILIDAD.

Con el hombre débil no se puede tratar ni contratar, porque siempre anda dando un tras-pié ante el honor, y afirmándose en la falsía.

DEFECTOS.

¡No encontraríamos tantas imperfecciones en el prójimo, si nos preguntaramos cuáles son nuestras perfecciones! ¡Entónces seríamos mas indulgentes!....

DELATORES.

Muchos hay que tienen vergüenza de ponerse al frente de un taller; de vender públicamente tal ó cual mercancía: pero que no la tienen para ir con la bolsa por las calles y plazas á recibir los treinta dineros de la delacion. El nuevo Cristo será crucificado, y con mas razon por que es culpable; pero á esotro Júdas lo interrogará tambien la caridad . . . .

DEPENDENCIA.

Siendo en el hombre todo relativo, en valde procure aislarse: la misma reciprocidad de causas constituye la reciprocidad de efectos.

DESENGAÑO.

Si queremos evitar un desengaño, inculquemos antes en donde están las probabilidades del buen éxito de la cosa que acometemos.

DESEO.

Siempre andamos quejosos de no alcanzar lo que deseamos: queja de toda punto injusta, por que deseamos demasiado para nada conseguir. Que nuestros deseos sean moderados y se cumplirán.

DEUDAS.

El peor tirano es el acredor; persigue à todas horas; nunca tiene en cuenta el por qué no se le paga. Asi, si no quereis de libre llegar á ser es-

clavo, renunciad á las deudas que no podais pagar ó tengais duda de ello. La libertad es muy preciosa, y perderla por esto, no deja de ser infámia.

DILAPIDACION.

Hoy por un milésimo, mañana por un centésimo, pasado por un décimo, y despues por la unidad; son los cuatro dias que necesita el hombre para perder el fruto de todas sus fatigas, desvelos y penalidades. Regularmente, en donde se saca y no se echa dice el vulgo, ¿qué podrá quedar?

DIOS.

Para probar la existencia de Dios y sus atributos, no nos afanemos: solo sí para confesarle. Las obras de la Providencia están de manifiesto para el ateista, pero por no confesarlas, las entrega al acaso.

DISCRECION.

El corazon del discreto es una piscína en donde se guardan los fragmentos mas estimables de otro corazon.

DISIMULO.

El disimulo se vale primero del artificio para conseguir la entrada á nuestro corazon: cuando lo percibamos, cerrémosle la puerta para que no nos desgarre.

DISPUTA.

A no ganar nada, es una necedad llevar la disputa hasta el extremo: regularmente transige ménos el que menos razon tiene.

DOCILIDAD.

Quien quiera salir del fango en que se encuentre, alargue su mano al que se la tiende.

DUDA.

Aquel que ménos fé tiene es el que mas duda.

DULZURA.

La dulzura es un talisman: porque ¿quién será capaz de resistir á los armoniosos acentos de una dulce y apacible voz? El mismo leon rinde su fiereza.

DUREZA.

Si en el órden físico hay unos cuerpos atrayentes y otros repelentes, en el órden moral tambien los hay: la dureza todo lo repele.

ECOMOMIA.

No desperdiciemos los ochavos, por que con estos formamos pesos; ni desperdiciemos los segundos de tiempo por que tambien con ellos formamos los minutos, las horas y los dias.

EDAD.

¿El tiempo es que corre tras nosotros, ó nosotros corremos tras de él? El tiempo es inmutable! Somos nosotros los que corremos velozmente por que parece que se nos escapa; y así, apuramos nuestros placeres para hacer corta nuestra edad.

EDUCACION.

Los sentimientos y hábitos adquiridos en nuestra infancia los llevamos hasta el sepulcro: así ¡padres! sino quereis llorar á vuestra vejéz, dirijid desde temprano las tendencias de vuestro hijo; educad su corazon ántes que su inteligencia.

EGOISMO.

El egoismo lo quiere siempre refundir todo en beneficio propio.

ELOCUENCIA.

Nadie es mas elocuente que aquel que con su palabra expone la verdad al alcance de todas las inteligencias.

EMBRIAGUEZ.

Solo bebamos el vino para darle alegría á nuestro corazon, y nunca para llenar de gases nuestra cabeza; por que entónces serémos una cosa que se llama globo y nos irémos á regiones que no habita el hombre.

ENEMIGO.

Por la misma razon que tenemos tantos supuestos amigos, tenemos tantos enemigos. El extraño no tiene enemigos por que no se conoce lo que vale.

ENVIDIA.

No temamos á la envidia, porque es cual otro general sin fortuna para la guerra: ella hace sus

avanzadas, se retira, se pone en asecho, ataca, pero siempre tiene que capitular de un modo vergonzoso apesar de sus ardides. ¡No es fácil, pues, que puedan arrancarnos los laureles qué, ora nos diera el mérito, ora la suerte, si no los dejamos desprenderse por sí mismos de nuestras sienes! . . . .

ERROR.

¿Quién con mas frecuencia cae en el error? Aquel que se aleja mas de la luz de la verdad.

ESCLÁVITUD.

Palabra fatídica que debia borrarse de todos los diccionarios: bueno sería; pero la Academia es toda la sociedad, pues que, si bien quisiera no puede hacerlo . . . . Mas, hay otra clase de esclavitud . . . ¡aboguemos por ella los hombres liberales!

ESPERANZA.

Muchos deseos moderados aun no se me hán cumplido aqui en la tierra; pero no importa: yo espero satisfacerlos allá en el cielo!

EXPERIENCIA.

Todos argüimos experiencia, como si la experiencia fuera hija de la poca edad y del poco juicio. La experiencia no es una teoría, es la realidad con que se ha tocado en la escala de los hechos: asi, tendrá la latez rugoza, la cabeza cana y siempre la inteligencia que compara.

ESTILO.

Asi como las flores embellecen los campos, asi tambien la elegancia de estilo embellece los

pensamientos: pero el mas afamado pintor no ha podido nunca retratar con exactitud la naturaleza: así, á falta de ingénio, contentémonos con una retórica clara y bien concisa.

ESTUDIO.

Si quereis saber, ó saber un poco mas, estudiad con teson: y si quereis que vuestro saber os sea de mas provecho, estudiad, á la vez que el "*noce te ipssun*" de los antiguos, la pragmática de gentes.

ENTENDIMIENTO.

Si ésta presiosa facultad del alma se nos ha dado para el conocimiento de las cosas, claro es que hace al hombre responsable de todas sus acciones.

EXTRANGERO.

Abrásmole siempre los brazos al que llega á nuestro hogar: no le despreciemos; porque él, aunque nada traiga, nos contará siquiera lo que ha visto allá en lejanas tierras, y nos traera tambien su industria y sus conocimientos ¡Dar posada al peregrino!

FASTIDIO.

Si nuestra vida la lleváramos llena de quehaceres provechosos, nunca nos invadiría el fastidio.

FATUIDAD.

La fatuidad está de parte de aquel que no siendo hombre de mérito quiere serlo:—de éste gé-

nero de hombres encontramos á cada paso; y muchas veces los vemos de brazete con la impavidez, su prima–hermana.

FALTA.

Si balancearamos todos los dias nuestro diário, las faltas irían en disminucion.

FAVOR.

Hermoso es prodigár favores; pero mas hermoso es prodigarlos sin condiciones que los lleguen á afear.

FELICIDAD.

No hay quien no vaya en pós de la felicidad, pero de esa felicidad terrestre que dura como la vision del relámpago. La felicidad no está acá en la tierra, ni es una diosa que la mecen las nubes y la acarician los astros, sino que és algo mas supremo y que está mas elevado aun ¡Dios!...

FE.

La fé lo sostiene y lo sustenta todo. Quitad la fé, y lo destruireis todo.

FORTUNA.

Si á lo efímero llamamos fortuna, no la quiero: solo la quiero como un medio para conseguirme lo perdurable.

GUERRA.

Las guerras serán justas si llevan por norma la destruccion de un principio falso para entro-

nizar otro verdadero: fuera de esta ley, injustas serán siempre, porque, atacarán el derecho, y los principios.

GUSTO.

Si queremos hacer exquisito nuestro gusto, ya en la ciencia y artes, como en las distintas modificaciones de nuestro propio ser, templémoslo con el trabajo, que asi llegará á afinarse.

GRANDEZA.

El hombre se hace grande por su nobleza, su dignidad, su discreto modo de obrar como de pensar.

GRAVEDAD.

Las virtudes imprimen en el hombre el verdadero carácter de gravedad.

HABITO.

El órden y el desórden son sostenidos por el hábito; y solo existe una diferencia entre ambos: el primero, se ciñe á un uso constante, y el segundo, á usos muy variados, como su misma sigficacion lo indica.

HABLADOR.

Dos clases de habladores se conocen: unos que pertenecen á la vida privada, y otros á la pública; estos son una gacetilla de raras extravagancias, y aquellos, un arsenal de fragilidades é insustanciales palabras. Unos y otros importunan y quitan el eposo,

HERMANO.

Quien no lo es para el hermano, tampoco será para otro. Antes de poderse elejir un amigo, ya la naturaleza nos lo habia dado en el hermano: asi, si desconoccmos á éste, si rompemos los vínculos que nos ligan á él, ¿no se á quien querrámos?

HIJO.

El amor del hijo se funda en la correccion de sus defectos.

HIPOCRESIA.

La hipocresía es cual un diestrado militar que, para penetrar en una fortaleza, toma el ropaje de los que la defienden. Así, el hipócrita, finje tomar todos nuestros caracteres para dañarnos.

HONOR.

Todas las garantías domésticas y sociales del individuo son el honor; sin éste, será siempre el ludibrio, la befa y el escarnio de todos.

HUMANIDAD.

Despues de Dios, amo á la humanidad; en seguida, á mi patria; luego, á mi familia; y por último, á mí mismo: cinco deberes que reasumen el deber y el derecho.

HUMILDAD.

Preciosa cualidad que ensalza al hombre sobre todos los demás.

HUMILLACION.

Sinónimo de servilísmo. La lleva aquel que queriendo llegar á la altura en que otro se encuentra colocado, careciendo de mérito, se arrastra por sus gradas cual un vil insecto.

IDEAS.

Nuestra cabeza es una perenne elaboracion de ideas: es un taller, por decirlo así, en que se confecciona toda clase de artefactos; pero que siendo nosotros los dueños de esa oficina, estamos en la obligacion de rechazar á los malos trabajadores para que no se construyan piezas inservibles y peligrosas.

IGNORANCIA.

¿Quién mas ignorante que aquel que no quiere aprender para llegar á comprender? Verdad es que venimos al mundo envueltos en una tosca masa, pero verdad es tambien que traemos con nosotros mismos un precioso don, gérmen de sabiduría: así, cultivémoslo. El lapidario hace de una piedra opaca una reluciente, por los diferentes cortes con que la anima.

ILUSION.

Todos los siglos ha venido el hombre reconorriéndolos con sus ilusiones: y los siglos se sucederán siempre y él se alimentará de estas, en tanto no tenga la suficiente experiencia. Y ¿qué son las ilusiones? Son las falsas ideas que nos formamos de una realidad qne no existe ó no puede

existir ;por consiguiente, tienen que extinguirse pronto: y cuando mucho duran, son como las hojas del árbol que nacen en la primavera y declinan en el otoño; aunque siempre son como la flor del heno, que se ostenta á la mañana y muere por la tarde.

INPORTUNIDAD.

Nécio! nécio! grita todo el mundo; y este mundo bastante nos importuna.... Seamos mas cautos, que menos importunaremos.

INDEPENDENCIA.

¡Soy independiente! dice el hombre cuando quiere que sus pasiones triunfen de la razon. La verdera independencia está en la dependencia misma circunscrita en el derecho y la ley.

INDULGENCIA.

Toleremos los defectos agenos: suplamos asimismo toda falta que veamos en el prójimo; consolémonos y ayudémonos mutuamente, que esto es lo que se llama obrar con indulgencia.

INGENIO.

No puede llamarse ingénio la sutileza que explota. Crear una idea ó inventar una cosa, como darles originalidad á otras, ya analizándolas ó ya sintetizándolas, constituye el ingénio: y pocos son los favorecidos con esta especie de don.

INGRATITUD.

El ingrato desconoce los beneficios de Dios, por la misma razon que desconoce los del hom-

bre. De aquel ser Supremo los recibe de un modo invisible, y los del hombre, los ve, los palpa, &.........Y ¡cosa singular! La sociedad se queja, hoy mas que nunca, de que la caridad toca su retirada y el egoismo váse entronizando en todos los corazones, sin comprender aun que ella es la culpable.... No obstante, dejemos, pues, al ingrato, y busquemos al hombre para socorrerle en el infortunio, que asi nos lo enseña ese Dios de amor y de clemencia.

INJURIAS.

Las injurias dañan, pero con mas razon dañan cuando no se toleran; en el primer caso, el pleito es dudoso; pero nó en el segundo, en que siempre es seguro, y muchas veces de consecuencias funestas.

INJUSTICIA.

Decimos: "todos los hombres son injustos," pero no decimos, "somos," emanando de nosotros mismo la injusticia, pues que, á no obrar con rectitud, siempre nos vá guiando un falso interés.

INFORTUNIO.

El hombre educado en la escuela del infortunio resiste fácilmente las adversidades de la vida; aquel que no lo ha sido, doblega pronto su cerviz al fragor de la tormenta.

INTERES.

Si no dejaramos sitiar nuestro corazon por los vivanderos, no sufririamos en la vida tantas es-

torciones. El interés es, pues, un mercader mudo pero que seduce. ¡Mejor será que nos seduzcan siempre el honor y la justicia!

JUEZ.

El mejor juez es el que mayor probidad tiene.

JUEGO.

Tan abominable me es ésta palabra, que ignoro como me se vino á la memoria. ¡No quiero ocuparme de ella!—No sé lo que es el juego, pero he visto sus fatales consecuencias ...... ¡Compasion eterna para el jugador!

JUICIO.

El talento nos lleva al conocimiento de las cosas, y el juicio á su ordenacion: así, miéntras mas juicio tenga el hombre, mas responsable es de sus acciones.

JUSTICIA.

La justicia, para ser bien admistrada, debe estar en razon directa de la culpa é indirecta del culpable, porque asi la ley tendrá su verdadera aplicacion.

LEY.

Toda ley es buena en su esencia, pero puede ser mala si no reconoce la igualdad. El principio mas equitativo es: ¡Justicia para todos!

LIBERALIDAD.

La liberalidad consiste en aplicar pronto el remedio á la desgracia que nos conmueve.

LIBERTAD.

La libertad está en el cumplimiento del deber.

LIBERTINAJE.

El ateo niega á Dios: el libertino le confiesa pero le insulta. ¿Cuál de los dos males es el mayor?..........

LIBRO.

En el rótulo de un libro está su contenido; si éste es bueno, registrad sus páginas una á una y por muchas veces; pero si es malo, no os toméis la molestia ni de tocarlo aun porque puede emponzoñaros. ¡Maldita la sabiduría que extraviára al corazon!

LIMPIEZA.

Debe ser preferible la limpieza de la casa á la del vestido que llevamos, como la del corazon á la de todas las exteriodidades.

LISONJA.

La lisonja no es mas que una moneda falsa que se nos hecha á nuestro porta-moneda y que la vanidad hace poner en circulacion.

LUJO.

Tarde ó temprano empobrece la persona que siempre está echándose encima las chucherias de los almacenes, y aun suele quedar tambien sin honor.

LUJURIA.

Si quereis que la lámpara de la vida dure un poco mas, cuidad de su aceite: de otro lado, si quereis que la flor que os encomendó natura no pierda tan temprano su fragancia y lozanía, no disminuyais sus jugos sino cuando convenga.

MADRE.

¡Mil y mil veces feliz el hijo que ama á su madre! Y solo una vèz desgraciado el hijo que no la quiere. *¡Madre mia!* ¡que palabras tan enfáticas! En la autopsía de todos los afectos sensibles, entre todas las exclamaciones é intergecciones del amor ó del dolor, no hay otras ni mas simpáticas ni mas vehementes.....................

MAL.

El mal que el hombre se procura asimismo, es el mas grande y temible de todos los demas que sin su conocimiento le vinieren.

MALDICIENTE.

¿Quién es aquel que maldice? el temerario; porque no vé inmediato el bien ó lo ha apartado de sí.

MALEDICENCIA.

La maledicencia es el dardo venenoso que arroja al acaso el corazon perverso: hiere indistintamente y á veces se suicida con él mismo.

MALVADO.

El malvado vive intranquilo siempre: jámas tiene reposo doquiera que ande: sus pasos mis-

mos le hacen un ruido que lo abruman; y no sosegará en tanto no cambie de conducta y expíe por sí propio su pasada vida.

MARIDO

¡Siempre el marido quejoso!.......Pero, la mujer es muchas veces lo que quiere que sea el hombre............................

MATRIMONIO.

Los esposos llevan una consigna que es la fidelidad: si ésta se quebranta, de seguro que peligra esa mútua union, aunque casi siempre termina por extinguirse totalmente: ¡Soldados! mas lealtad en el deber..........................

MEMORIA.

Es la memoria lo que un terreno que se cultiva, que no dará sazonados frutos, si el sol, que es el talento no la fecundiza.

MENTIRA.

La mentira es una moneda féble con que, por desgracia, procuran muchos hacer las transacciones de la vida; pero que, una vez conocida, es rechazada del mercado y entregado su tenedor á la degradacion mas vil.

MERITO.

El mérito de alguna cosa ó persona está en la buena cualidad que la distingue de las demas: así, una persona será de mérito por lo que no

tenga de comnn con otras; como será la cosa por la misma circunstancia. Muchos son los metales y las piedras preciosas, pero el oro y el diamante se sobreponen á todas; como de otro lado: muchas son las acciones buenas, unas tienen mas valor que otras por los sacrificios que se hayan arrostrado para llevarlas á cabo.

MIEDO.

El miedo es hijo de la ignorancia, y, á veces de cierto candor de la persona.

MODA.

La moda es una ingeniosa invencion con que el arte hace de la especie humana un juguete: al mas cuerdo lo vuelve fátuo, al mas rico un pobreton y al mas honrado un pilluelo.

MODESTIA.

La verdadera modestia en una persona de méritoes, lo que la luna llena respecto á la noche, que todo lo engrandece. Y la aparente, que se toma con estudio, lo que los rayos solares para las crisólitas.

MORAL.

Toda la moral está reasumida en los diez preceptos del decálogo, y los cuales quedan circunscritos á estos dos solamente: "amar á Dios, y al prójimo como á nosotros mismos"

MUERTE.

Amarga ó dulce será la jornada segun de lo que el viajero se halla provisto: asi nos lo enseñan la fé y la razon.

MUNDO.

Insondable é ilimitado abismo en que el mas práctico en nadar, una vez sumergido, tiene que perecer irremisiblemente.

MUSICA.

Bálsamo para las heridas del corazon, y expresion elocuente del sentimiento. La música es el termómetro para medir los grados de cultura y sensibilidad de un pueblo.

NACION.

Si al lugar en que se nace se ama, tambien se debe amar al en que se reside.

NACIONALIDAD.

No neguemos nuestra nacionalidad por muchos que sean los intereses y circunstancias que nos obliguen á ello. El decir soy francés, no quiere decir hijo de la Francia, porque nuestro porte y lengua serian siempre los de la nacion á que pertenezcamos. La naturaleza nos colocó aquí, y nada importa que nos criemos ó nos vamos allá. No le hagamos ese ultraje tan gratuito.

NACIMIENTO.

Nace el hombre y nace para ser feliz; y téngase presente que toda infelicidad depende de nosotros mismos para no llegar á murmurar de la sabiduria y bondad de Dios.

NECEDAD.

La necedad tiene por abuelos el idiotismo y la presuncion: por padres, al quijotismo y la vanagloria, y por parientes, la ridiculez, la ciega confianza &...............................

NATURALEZA.

Nada mas sabio que la naturaleza; no puede el hombre circunscribirla á su voluntad si no es con sus mismos preceptos.

NATURALIDAD.

Si todos nuestros actos llevaran el sello de la naturalidad, apareceriamos menos ficciosos y mas recomendables.

NEOLOGISMO.

Muchas veces de la manía de idear ó de inventar cosas nuevas salen fenómenos que bien sientan entre los descubrimientos útiles; pero tratar de inventar ó descubrir en el corazon humano algo de nuevo, no es ya una manía, sino pura locura.

NOBLEZA.

La nobleza todo lo aquilata, todo lo sabe justipreciar y nada la amengua.

NOMBRADIA.

Rara vez atinamos á dar la fama á quien se la merece: nos alucinamos; y por esto, caemos en

ese error. No obstante; llévensela quienes quieran, que yo admiraré solo al que mejor uso haga de ella.

NOMBRE.

El nombre lo lleva siempre la cosa, y el renombre el autor de ella, si acaso fuere buena.

OCIOSIDAD.

La ociosidad abre su puerta á la soberbia, á la avaricia, á la lujuria, á la ira, á la gula y á la envidia; y la cierra á la humildad, á la largueza, á la castidad, á la paciencia, á la templanza, á la caridad y á la diligencia; y por esto se ha dicho siempre que es la madre de los vicios, y la madrastra de las virtudes.

ODIO.

El que se reconcentra en sí mismo no tendrá á quien odiar ni será odiado; y llegará á amar lo que odie alguna vez.

OFENSA.

Son las ofensas para una alma noble lo que las manchas para una tela nacarada, mas del hombre ruin son sus harapos.

OFICIO.

"Quiero casar á mi hija con un hombre de industria y no con un industrioso, pues que á menos incidentes estará sujeta en la vida." Asi decia un antiguo plebeyo, y con fundada razon;

porque, siguiendo su mente, siempre se ha dicho qué "quien tiene oficio tiene beneficio."

OFICIOSIDAD.

La oficiosidad es una llave ganzúa con la cual abrimos hasta la puerta del corazon mas díscolo.

OPINION.

Cuesta menos el captarse una buena opinion que el sostenerla: pero lo uno y lo otro nos demandan sumos cuidados.

OPRESION.

Enemiga acérrima de la libertad, no debemos transigir con ella; estamos obligados á ello porque Dios no quiere seres envilecidos. Asi, ¡abajo el tirano doquiera se presente!

ORGULLO.

Muchos pueden ser los lauros que nos dieran la adquisicion de una cosa ó la victoria, pero esto no debe bastar para enorgullecernos, porque el orgullo los desgajaría de nuestra cabeza, como desgaja el granizo las hojas del corpulento árbol. Solo una clase de orgullo hay que todo lo ennoblece, y es el del corazon!......................

OSTENTACION.

Siempre se me ha figurado la ostentacion de una persona, al boato de una casa que está por desmoronarse; como la de la casa misma, á la del cojo que con artimaña oculta su cojera.

PACIENCIA.

Ganamos con la paciencia lo que perdemos con la violencia y la desesperacion: se frustran muchas veces nuestros proyectos porque no le damos lugar al tiempo; y los males se nos hacen menos llevaderos, porque no esperamos que ellos pasen de por sí, siendo evidente que, acá todo es subsiguiente y todo finito.

PASION.

Nombre que, presidido de una preposicion, dice lo que inspira el alma que la lleva.

PATRIA.

No he encontrado anología entre mi patria y los lugares donde he estado: hoy vengo á conocerlo cuando vuelvo á ella.—Los cielos, los mares, los llanos, los volcanes, los rios, las selvas, las brisas, los trinos de los pájaros, el balar de los animales, las ciudades con sus poblaciones, sus usos, sus idiomas, religiones y sus leyes, no era lo que hoy hechiza mis sentidos, halaga mi corazon y diviniza mi alma. *¡Patria!* ¡que palabra tan encantadora y cuyo amor despierta simpatías tantas! ¿Habrá quien no te quiera?....

PARTIDO.

Un partido será tanto mejor cuanto mejores sean los medios que se empleen para hacerlo triunfar.

PEDANTISMO.

El pedantismo anda siempre á trueque de cambiar cosas insignificantes por valores reales.

El pedante se engaña asi propio conla misma fé con que el charlatan procura engañar á otros tan candorosamente. Ambos tienen su grado de parentesco.

PENA.

Si la pena es el sentimiento de la pérdida de una cosa, ó el sentimiento que nace por la carencia de otra, pensemos entonces, para mitigarla un tanto, que todas las cosas no son exclusivamente nuestras.

PENSAMIENTO.

Si de la facultad de pensar nace lo bueno y lo malo, necesario es que nuestros pensamientos los dirijamos á lo bueno y á lo útil: para ésto se nos ha dado la razon.

PERDON.

Perdonar es engrandecerse: pero el hombre se hace mas grande cuando menos retarda el perdon. Es preciso tambien perdonar para ser perdonado.

PEREZA.

Las familias y los estados seran mas felices á par que todos sus miembros sean mas laboriosos La pereza mata la vida física y moral.

PERSUACION.

Si se persuade con el arte y no con la ciencia, será entonces un engaño.

PIEDAD.

El alma se disipa cuando le falta la piedad.

PLACER.

El placer es el aroma de la vida; pero todo aroma tiene el inconveniente de relajar nuestro gusto, como lo tienen todas las demas cosas tomadas con exceso.

POBREZA.

La verdadera pobreza está de parte de aquellas personas que no se resignan con ella. Que no hayamos nacido de padres opulentos, no es culpa nuestra; como no lo es tampoco el que, siendo pobres, no podamos ser ricos apesar de las solicitudes que empléaramos para ello. Dios que rije los destinos humanos, sabe bien distribuir los dones; y maldita la riqueza que no fuera en provecho de la humanidad doliente.

PROBIDAD.

Tres requisitos exije la probidad no hacer mal, no hacerlo por temor á la pena; y hacer el bien por solo ser un bien.

PROJIMO.

El principio y fin de toda ley está en hacer con el prógimo lo que quisieramos que se hiciera con nosotros mismos.

PROMESA.

Cumplir pronto, y no prometer lo que no se

pueda cumplir, son los dos medios con que infaliblemente se satisface toda promesa.

PUEBLO.

La clase alta está siempre en pugna con la clase baja, y viceversa; de donde resulta la inconexion de los intereses que deberian obrar mancomunados en bien de la patria. Asi, pues, un pueblo es tanto mas feliz, cuanto mayor sea el conocimiento recíproco de sus derechos, porque esto es lo que constituye su solidaridad.

RAZON.

Menos tendremos de que quejarnos si mejor uso hacemos de nuestra razon.

RECONOCIMIENTO.

No hay cosa que haga mas digno al hombre que el reconocimiento; lo eleva mas que el beneficio al benefactor.

REFORMA.

¿Son las buenas inspiraciones que vienen á el alma lo que son los últimos destellos de luz que preceden á la noche, ó son como los crepúsculos matutinos que anuncian la llegada de la aurora? Si es lo segundo ¿por qué entónces hemos de seguir durmiendo? El hombre que dilata su enmienda asegura su perdicion: esto es, su sueño eterno......

REPUTACION.

¿Qué mejor reputacion que aquella que nos dán las buenas obras? y ¿cuál mas mala que las

que nos dán nuestros extravios? Con la primera vivimos, con la segunda morimos, y morimos para siempre.

RESERVA.

¡Cualidad que escuda al hombre! Guardarse algo para sí, ó guardar para mejor ocasion, es encontrarse nunca desprovisto; y es, asimismo, asemejarse al soldado vigilante del santo que llevára, y, á otro que, con tino y avaricia usára de su cartuchera en el ataque que empeñase.

RESIGNACION.

De no resignarse con los males que ya remedio no tienen ¿se saca algun partido? Que me conteste el que padece. Si nó sucede así, es una necedad, por cierto, querer vivir muriendo.

RIDICULO.

Muchas veces al dia se cae en el ridículo en fuerza de nuestra presuncion. Si fuéramos menos presuntuosos, menos necios llegaríamos á ser.

RELIGION.

De todas las religiones que conozco no encuentro otra mas verdadera que la del Crucificado, porque se funda en la unidad. Todas las demas no son sino ardides y extravios de los hombres.

RIQUEZA.

Si nadie es feliz hasta su postrer aliento, el ser rico no es entónces ser feliz. Y con verdad;

la mejor riqueza es la paz del corazon, porque con ella no exhalamos tantísimos suspiros......

SABER.

Nadie alcanza á saber mas que aquel que sin una estudiada modestia dice: "Sé que nada sé" porque ese, mejor que otros, conoce lo que le falta para llegar á saber.

SABIDURIA.

¿Quién mas sabio que aquel que procura el bien de todos y el de sí mismo?

SEGURIDAD.

La seguridad está en el medio y no en el fin.

SENSIBILIDAD.

La sensibilidad es como el rocío de la mañana que todo lo humedece y aun lo vivifica. Un corazon sensible todo lo dispone en provecho de los demas, y sus goces son mas consoladores.

SENTIMIENTO.

Es el sentimiento para el alma, lo que el perfume para las flores. Con las alas del entusiasmo, emanacion del sentimiento, el hombre se transporta hasta regiones inaccesibles. El sentimiento todo lo anima, á todo le dá vida.

SERVICIO.

Servir, es ayudar; pero ayúdese siempre á tiempo para servir bien.

SILENCIO.

El silencio es lo mejor en determinados casos; porque, si se calla ignorando, se aparece entendido; y si se calla entendiendo, se aparece ignorando.

SOBRIEDAD.

Guardemos la frugalidad, que asi podemos estrellarnos contra una roca.

SOCIEDAD.

Se dice que la sociedad se encuentra hoy muy corrompida, y queremos quizás apartarnos á los montes, siendo esto imposible. Pero ¿quién es la sociedad? ¿No se compone de hombres? Y ¿dónde está el hombre no está el vicio y la virtud?

SUFICIENCIA.

Todos nos creemos muy suficientes para todo, y casi todo lo ignoramos. No puede haber suficiencia donde hay contrariedad de concepto. Regularmente, el ciego amor propio nos dice que todo lo sabemos.

SUICIDIO.

La falta de fé, como de una idea religiosa, lleva al hombre al suicidio.

SUPERSTICION.

Quitad primero la supersticion y entónces entrarán las ideas progresistas. Las supersticio-

nes de los pueblos son como los tupidos ramajes de los árboles, que no dejan penetrar un solo rayo de luz.

TALENTO.

Precioso don que Dios dá al hombre: y es cual planta que con cultivo y sin él produce siempre sus frutos.

TEMERIDAD.

Nunca llegaríamos á ser temerarios, si no hiciéramos lo opuesto á la razon.

TENTACION.

Las tentaciones se vienen á nosotros por dos causas: la primera, porque las buscamos; y la segunda, porque no les cerramos todas las puertas cuando se divisan.

TERQUEDAD.

Se consigue menos con la terquedad que lo que presumimos conseguir.

TIEMPO.

El mejor filósofo, el mejor matemático, el mejor médico, el mejor jurisconsulto, &, es el tiempo: él soluciona todas las cuestiones de la vida dándole á cada cual lo que le pertenece. Dejad, pues, al tiempo lo que le corresponda; pero quitadle tambien al tiempo lo que del momento és, porque el tiempo suele robar el tiempo.

TRABAJO.

Es necesario trabajar para curarse: no solo las enfermedades son las que se curan; hay necesi-

dades mil. El que trabaja no muere (dispénsesenos la metáfora) porque del fruto de su sudor comerán muchos que le recordarán con placer y bendecirán su nombre.

TRISTEZA.

La tristeza puede ser un signo de sufrimiento y tambien de pesadumbre, pero, comunmente es mas bien de maledicencia. Muchos honores se le han dado á la tristeza; se la ha colocado hasta en los palacios mismos, pero siempre será baja, cobarde y dañosa para quien la lleve.

VALOR.

Sin esta cualidad, puede decirse que el hombre es un autómata. "*In statu quo:*" siempre en pura inercia ó en el mismo estado: nada acomete porque le falta el valor . . . . Pero el valor no debe ser la fuerza motriz que nos impela al mal, sino la que nos lleve al bien. ¡Valor para la virtud! ¡Cobardía para el vicio!

VANIDAD.

La vanidad es el arma que nos mata sin detonacion.

VEJEZ.

La vejez nos viene siempre legando el precioso tesoro de la experiencia que una juventud disipada nunca sabe aprovechar. ¡Vejez! Veneranda edad en que marchitas ya las pasiones del corazon, se enseñorea el juicio. ¡Mucho te debemos! . . . .

VENTURA.

¿Quién mas venturoso que aquel que se sobrepone á los males de la vida, y mira la calma siempre como el preludio de la tormenta?

VERDAD.

La verdad es la realidad: todo lo aparente no es real; luego la realidad es la verdad misma. Y ¿quién no te estima, respetable señora? ¡Hasta el vicio mismo!

VENGANZA.

Solo el alma vil vá en pos de la venganza.

VERGUENZA.

Tengámosla solo para lo malo y nunca para lo bueno.

VICIO.

Los vicios enervan todas nuestras facultades y nos llevan á una degradacion que rebajaríamos á las bestias si nos comparásemos con ellas.

VIRTUD.

Todo grandeza! todo belleza! y todo sublimidad! son los tres epítetos que yó te puedo dar á no encontrar con que compararte!

VOLUNTAD.

Pocas veces llegamos al fin porque nos falta la voluntad: nos quedamos en el medio con la negligencia; y llamamos imposible á lo que es bien posible. No obstante, que guie bien el juicio la ciega voluntad.



INDICE DE MATERIAS.




THE LIBRARY OF CONGRESS


JULY 75
N. MANCHESTER,
INDIANA